MIGUEL HIDALGO
¡EL HOMBRE!
SALVADOR RANGEL ABUD

MIGUEL HIDALGO.

¡EL HOMBRE!

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Dos siglos después de la madrugada de Dolores, la estatua de bronce que México venera cada 15 de septiembre poco tiene que ver con el hombre real que la sostiene. Esta novela reconstruye la vida completa de Miguel Hidalgo desde su infancia en la hacienda de Corralejo, donde un niño otomí llamado Refugio Tepox le enseña las primeras palabras de una lengua y de una amistad que habrá de acompañarlo hasta el último amanecer de su vida, pasando por su formación en San Nicolás, su paso por la Inquisición, la conjura de Querétaro, el Grito de Dolores, la toma sangrienta de la Alhóndiga de Granaditas, la retirada del Monte de las Cruces, los decretos contra la esclavitud y el tributo indígena, la vanidad del título de Alteza Serenísima en Guadalajara, la derrota de Puente de Calderón, la traición de Elizondo en Acatita de Baján y el doble proceso, militar y eclesiástico, que termina frente al paredón del Hospital Real de Chihuahua. A través de la mirada fiel y honesta de Refugio, testigo de cada triunfo y de cada error, el libro devuelve a Hidalgo su condición de hombre: capaz de encender la libertad de un país y, al mismo tiempo, de consentir ejecuciones sin proceso; capaz de renunciar a un título con la misma sinceridad con que alguna vez lo reclamó.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela histórica contiene descripciones de violencia bélica, ejecuciones sumarias, un fusilamiento y una ceremonia de degradación eclesiástica, presentadas con fines narrativos e históricos y sin intención de glorificar la violencia. Se recomienda discreción a lectores sensibles a estos temas.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas cincuenta novelas publicadas, con un interés particular por la historia de México, España y el mundo, explorada siempre desde la ficción plausible y los datos REALES.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Miguel Hidalgo. ¡El Hombre!

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica

Estructura: Prólogo, veintiún capítulos y epílogo

Extensión aproximada: 95,000 palabras

Idioma: Español

NOTA DEL AUTOR

Esta novela no pretende sustituir la imagen oficial de Miguel Hidalgo por otra igualmente simplificada, ni convertir al hombre bajo el bronce en un villano donde antes hubo un santo. Cada episodio histórico mayor —el Grito, la Alhóndiga, los decretos de abolición, la derrota de Calderón, la traición de Elizondo, el proceso de Chihuahua— respeta los hechos documentados; los diálogos y el personaje de Refugio Tepox son recursos de ficción destinados a iluminar, desde la cercanía, la complejidad de un hombre que la memoria oficial ha preferido siempre simplificar.

LICENCIA

CC BY-NC-ND 4.0

PALABRAS CLAVE

Miguel Hidalgo, independencia de México, insurgencia, Guerra de Independencia, Dolores, Guanajuato, Guadalajara, Chihuahua, novela histórica, Refugio Tepox, Ignacio Allende, José María Morelos.

TEMAS PRINCIPALES

La distancia entre el hombre real y el mito oficial; la amistad como testigo de la verdad; el peso moral de las decisiones de guerra; la vanidad del poder frente a la sencillez del origen; la libertad y la justicia social como motor y como costo humano; la memoria histórica y quién tiene el derecho de contarla.

CITAS DESTACADAS

«Un hombre a medias contar no es contar nada, hijo.»

«Un cuadro sabe qué hacer cuando arde una carreta de pólvora. Una multitud solo sabe correr.»

«Cuenta la verdad, cuando tengas oportunidad de contarla.»

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su prosa cuidada, su equilibrio entre diálogo y narración, y su interés por reconstruir figuras históricas desde la intimidad y la contradicción, esta

novela dialoga con la tradición narrativa de Mario Vargas Llosa y con la precisión histórica y el ritmo de Arturo Pérez-Reverte.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Hasta qué punto puede juzgarse a un líder histórico por las decisiones que tomó bajo la presión de una guerra que él mismo no supo prever? ¿Qué papel cumple un testigo cercano, sin poder ni fama propia, en la preservación de la verdad histórica frente al mito oficial? ¿Es posible honrar a una figura histórica sin renunciar a contar también sus errores?

CÓMO CITAR

APA 7: Rangel Abud, S. (2026). *Miguel Hidalgo. ¡El hombre!* Xalapa, México: Autor.

Chicago (autor-fecha): Rangel Abud, Salvador. 2026. *Miguel Hidalgo. ¡El hombre!* Xalapa, México: Autor.

Chicago (notas-bibliografía): Salvador Rangel Abud, *Miguel Hidalgo. ¡El hombre!* (Xalapa, México: Autor, 2026).

MLA 9: Rangel Abud, Salvador. *Miguel Hidalgo. ¡El hombre!* Autor, 2026.

OTRAS OBRAS

El Último Rojo del Soviet; Una España Siempre en Llamas; Las Voces de la Razón; La Sangre del Norte; La República que Pudo Haberse Sembrado; Esto es lo que Hicimos de México; Aquiles, el Señor de los Barcos Negros; Las Dictaduras; Francisco I. Madero: El Elegido del Más Allá; Gonzalo y la Voz del Corazón; La Raíz del Tiempo y el Destino.

MENSAJE FINAL

Gracias por acompañar a Miguel Hidalgo desde el arroyo de Corralejo hasta el patio del Hospital Real de Chihuahua. Si este libro logró devolverle, aunque sea por unas páginas, la complejidad que el bronce le arrebató, la causa fue la misma que sostuvo a Refugio Tepox durante toda su vida: que un hombre a medias contar no es contar nada.

ÍNDICE

Prólogo:	**El hombre bajo el bronce**
Capítulo 1:	**Corralejo, la tierra y la lengua otomí**
Capítulo 2:	**San Nicolás y el nacimiento de El Zorro**
Capítulo 3:	**El Rector y las cuentas rotas**
Capítulo 4:	**Colima, el destierro que enseña**
Capítulo 5:	**La Francia Chiquita**
Capítulo 6:	**El expediente del Santo Oficio**
Capítulo 7:	**Un rey preso y un virreinato sin dueño**
Capítulo 8:	**La Corregidora y la conjura de Querétaro**
Capítulo 9:	**La noche de la delación**
Capítulo 10:	**El Grito y la madrugada de Dolores**
Capítulo 11:	**San Miguel, Celaya y el Generalísimo improvisado**
Capítulo 12:	**La Alhóndiga de Granaditas**
Capítulo 13:	**Guanajuato bajo el mando del cura**
Capítulo 14:	**El Monte de las Cruces y la retirada que nadie entendió**
Capítulo 15:	**Aculco y la fractura del mando**
Capítulo 16:	**Valladolid, el primer decreto contra la esclavitud**
Capítulo 17:	**Guadalajara, la Alteza Serenísima y el veneno que no se sirvió**
Capítulo 18:	**Puente de Calderón**
Capítulo 19:	**Acatita de Baján, la trampa de Elizondo**

Capítulo 20: Chihuahua, el proceso y la Abjuración
Capítulo 21: El paredón del Hospital Real
Epílogo: Morelos, Iturbide y el secuestro de una memoria

MIGUEL HIDALGO

¡EL HOMBRE!

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El hombre bajo el bronce

México, dos siglos después

Todos los años, la noche del 15 de septiembre, un funcionario sale a un balcón, agita una campana y grita cinco o seis nombres seguidos de un ¡viva! Entre esos nombres hay uno que se repite con una reverencia especial, casi litúrgica: Miguel Hidalgo.

Millones de personas lo escuchan sin preguntarse quién fue en realidad ese hombre, porque la escuela ya les entregó la respuesta hace mucho: un anciano bondadoso, de sotana pulcra, que una madrugada tocó una campana y encendió con su sola voluntad la libertad de un país.

Es una imagen conmovedora. También es, en casi todos sus detalles verificables, falsa, y vale la pena detenerse un momento en cada una de esas falsedades antes de continuar, porque cada una de ellas esconde, en realidad, una historia más rica que la que sustituye.

No tocó la campana —lo hizo el campanero José Galván, un hombre cuyo nombre la tradición oral rara vez menciona—.

No era anciano cuando comenzó la insurgencia —tenía cincuenta y siete años, una edad avanzada para la esperanza de vida de 1810, pero muy lejos de la imagen del abuelo frágil que las estampas del siglo diecinueve prefirieron dibujar—.

No gritó "Viva México", porque México, como nación independiente, todavía no existía en su cabeza ni en la de nadie esa noche. Conviene ser precisos aquí, porque tampoco existe una versión única y verificada de lo que sí gritó: nadie llevó una grabadora ni tomó taquigrafía esa madrugada, y las reconstrucciones posteriores provienen de testimonios recogidos años

después, durante su propio proceso militar en Chihuahua y en las memorias de sus seguidores.

Lo que esos testimonios coinciden en registrar, con variaciones menores de orden y de palabra exacta, es una arenga de tres partes: viva la religión católica, viva Fernando VII —el rey cautivo, a quien la conspiración entera decía defender— y muera el mal gobierno, es decir, los peninsulares que administraban la Nueva España en su nombre. Alguna versión añade "viva la América" o "viva la Virgen de Guadalupe"; ninguna versión confiable incluye "viva México" ni "viva la independencia", conceptos que en ese momento, para la inmensa mayoría de quienes escuchaban a Hidalgo esa madrugada, todavía no significaban nada concreto.

El capítulo 10 de este libro reconstruye la escena completa con el detalle que el prólogo no permite, incluyendo la frase que sí está documentada casi en los mismos términos por varias fuentes independientes, dirigida a Allende la noche anterior: que ya no había más remedio que ir a coger gachupines. Y no era, sobre todo, el hombre sereno y sin mácula que la iconografía oficial necesitó inventar para darle a un país nuevo un padre fundador sin manchas, porque los países nuevos, igual que las familias nuevas, prefieren fotografías retocadas a retratos honestos.

Este libro parte de una convicción sencilla, la misma que sostiene cualquier trabajo histórico honesto: los documentos no mienten con la misma facilidad con la que miente la memoria colectiva. Conviene explicar, antes de avanzar, en qué consisten exactamente esos documentos, porque no son abstracciones ni referencias vagas a "los archivos": son papeles concretos, fechados, firmados, que cualquier investigador puede consultar hoy en el Archivo General de la Nación o en las ediciones críticas que los historiadores han publicado desde hace más de un siglo.

Las actas del proceso inquisitorial contra Hidalgo, abierto en 1800 y reactivado en 1809, detallan con un lenguaje burocrático casi notarial las acusaciones de sus propios vecinos: que negaba la virginidad perpetua de la Virgen María, que llamaba tiranos a los papas, que dudaba en voz alta de la existencia de un infierno físico, que guardaba en su biblioteca obras del Índice prohibidas por Roma, que vivía en concubinato estable con más de una mujer.

Los libros de contabilidad del Colegio de San Nicolás Obispo, correspondientes a los años de su rectorado, muestran un déficit que ningún rector anterior había alcanzado, producto no de un fraude calculado sino de una negligencia crónica hacia el dinero que contrasta violentamente con su disciplina intelectual.

Las partidas de bautismo de Guanajuato y Dolores registran a Agustina, a Josefa y a Lino Mariano, hijos de un párroco que había hecho voto de celibato.

Y la orden de ejecutar sin juicio previo a más de cuatrocientos prisioneros españoles, repartida entre las faldas del cerro del Batán en Valladolid y las

barrancas de Oblatos en Guadalajara, existe, está firmada con su nombre, y puede leerse hoy sin ningún tipo de reserva especial en los archivos militares del periodo.

Ninguno de estos documentos aparece en los libros de texto que millones de niños mexicanos memorizan cada septiembre, no porque los historiadores los ignoren —los conocen desde hace más de un siglo, desde que Lucas Alamán, testigo directo de aquellos años y después su primer gran cronista crítico, los mencionó sin rodeos en su Historia de Méjico—, sino porque el Estado que nació después de la independencia necesitaba un mito, y los mitos, a diferencia de los hombres, no pueden tener deudas, ni hijos fuera del matrimonio, ni sangre en las manos.

Conviene detenerse también, aunque sea brevemente, en el mundo que produjo a este hombre, porque ninguna biografía tiene sentido fuera de su contexto, y el contexto novohispano de mediados del siglo dieciocho es más singular de lo que suele suponerse.

El Bajío donde nace Hidalgo en 1753 es, simultáneamente, una de las regiones más ricas y una de las más desiguales del imperio español entero: la plata de Guanajuato financia buena parte de la corona, mientras la mayoría de la población indígena y mestiza vive bajo un sistema de castas que determina, desde el nacimiento, quién puede estudiar, quién puede poseer tierra y quién está condenado a trabajarla para otros.

Las reformas borbónicas de la segunda mitad del siglo, pensadas en Madrid para modernizar y centralizar el control sobre las colonias, terminan por indignar tanto a los criollos ilustrados —que ven bloqueado su acceso a los puestos administrativos más altos, reservados cada vez con mayor rigor a peninsulares— como a los indígenas y castas, sobre quienes recae el peso creciente de nuevos impuestos y monopolios. Hidalgo nace, crece y se educa exactamente en el centro de esta contradicción, y buena parte de lo que este libro narra no es otra cosa que la biografía de un hombre atravesado, sin saberlo del todo, por las fuerzas económicas y políticas de su tiempo.

El elenco que acompañará a Hidalgo a lo largo de estas páginas es, salvo una única excepción que se explicará más adelante, enteramente real, y conviene presentarlo aquí con algo más de detalle del que suele ofrecer el resumen escolar, porque cada uno de estos personajes aporta una perspectiva que Hidalgo mismo no podía tener.

Ignacio Allende, capitán del regimiento de Dragones de la Reina, nacido en San Miguel el Grande en el seno de una familia de comerciantes acomodados, aporta la disciplina militar que Hidalgo nunca tuvo y la desconfianza creciente que terminará por costarle a ambos, primero el mando compartido y después la vida; los documentos que sobreviven de su correspondencia privada revelan a un hombre pragmático, cada vez más horrorizado por los métodos de un aliado que él mismo había reclutado como figura decorativa.

Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del corregidor de Querétaro, hace algo que ningún manual escolar explica con el detalle que merece: encerrada por su propio marido para impedir que avisara a los conjurados descubiertos, logra igualmente que un mensaje cruce, de casa en casa y a caballo, la distancia entre Querétaro y Dolores en una sola noche, y sin ese mensaje la insurgencia probablemente habría muerto antes de nacer, ahogada en una celda junto con el resto de los conspiradores.

Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato y antiguo compañero de estudios de Hidalgo en los años dorados de Valladolid, confía en una vieja amistad hasta el último minuto de su vida, y esa confianza mal calculada cuesta miles de vidas en la Alhóndiga de Granaditas, en uno de los episodios más brutales y menos digeribles de toda la guerra.

Félix María Calleja, militar de carrera formado en la disciplina castrense más rígida de la época, demuestra que la superioridad numérica insurgente —a veces diez o quince veces mayor que sus propias tropas— nada puede contra un ejército organizado cuando el otro bando carece de mando unificado.

José María Morelos, antiguo alumno de Hidalgo en San Nicolás y párroco de Carácuaro al momento de sumarse a la causa, resultará ser, como este libro documentará en su epílogo, un estratega y un estadista muy superior a su maestro, capaz de dotar al movimiento insurgente de algo que Hidalgo jamás alcanzó a construir: un proyecto constitucional coherente.

Agustín de Iturbide, oficial realista que combate ferozmente a los insurgentes durante una década entera, terminará firmando la independencia en 1821 por razones que tienen mucho menos que ver con los ideales de Hidalgo que con la defensa de los privilegios de su propia clase.

E Ignacio Elizondo, capitán que finge unirse a la causa insurgente para tenderle una emboscada perfecta a sus antiguos líderes, recuerda al lector que ninguna guerra civil, por justa que parezca en retrospectiva, está libre de traiciones cometidas por conveniencia y no por convicción.

Queda, por último, una advertencia necesaria sobre el único elemento de esta novela que no proviene directamente del archivo. A lo largo de estas páginas aparece, en unos pocos capítulos, un muchacho llamado Refugio Tepox, criado en la hacienda de Corralejo y más tarde empleado en los talleres de Dolores. Refugio no existió, o al menos no hay registro documental de que existiera con ese nombre ni con esa biografía exacta.

Se le incluye por una razón que cualquier historiador social reconocerá de inmediato: la documentación del Bajío de 1810, por su propia naturaleza burocrática, registra con nombre, apellido, fecha y firma a los oficiales, a los intendentes, a los curas, a los abogados y a los comerciantes, pero rara vez conserva el nombre de los veinte, cuarenta o hasta ochenta mil campesinos, mineros, sirvientes y jornaleros que integraron el grueso real del ejército insurgente en sus distintas etapas y que murieron, en su

inmensa mayoría, sin dejar una sola línea escrita sobre quiénes fueron, de dónde venían o qué esperaban de aquella guerra.

Refugio no sustituye a esas personas ni pretende hablar en su nombre con una autoridad que no le corresponde; simplemente les presta, durante unas cuantas páginas y de manera deliberadamente moderada, un rostro y un nombre, para que el lector no olvide que detrás de la cifra "veinte mil hombres armados con lanzas y machetes" hay veinte mil historias completas que ningún archivo tuvo la costumbre ni el interés de conservar.

La estructura misma de este libro sigue, sin ocultarlo, un arco dramático en tres movimientos que corresponde también a tres etapas verificables en la biografía de Hidalgo. El primero, que ocupa los capítulos dedicados a Corralejo, Valladolid, Colima y Dolores, es el retrato de un hombre formado por la Ilustración europea dentro de los límites estrechos de un seminario colonial: un intelectual brillante, financieramente desastroso, moralmente heterodoxo, que pasa cincuenta años enteros sin sospechar que terminará su vida al frente de un ejército.

El segundo movimiento, que abarca desde la conjura de Querétaro hasta la derrota de Puente de Calderón, es la crónica de una transformación acelerada y violenta: en menos de cinco meses, el párroco erudito se convierte en Generalísimo de un movimiento que crece más rápido de lo que cualquiera de sus líderes, empezando por él mismo, puede controlar.

El tercer movimiento, desde la fuga hacia el norte hasta el fusilamiento en Chihuahua, es el descenso de ese mismo hombre desde la cúspide del poder improvisado hasta la humillación de un juicio y una ejecución, seguido en el epílogo por la ironía final de una independencia que se consuma diez años después, no por el triunfo de sus ideas, sino por un pacto entre las mismas élites que lo combatieron.

Queda, finalmente, una advertencia sobre el tono general de la obra. Este libro no juzga a Hidalgo desde la comodidad de dos siglos de distancia, ni pretende que un lector del siglo veintiuno decida, al cerrar la última página, si el cura de Dolores fue, en balance final, un héroe o un criminal de guerra, porque esa pregunta, planteada en esos términos, es más una trampa retórica que una pregunta histórica genuina. Lo que este libro sí puede ofrecer, con la mayor precisión documental que permite el material disponible, es la secuencia completa de decisiones que un hombre concreto tomó bajo una presión que muy pocos seres humanos han enfrentado jamás: la de convertirse, de la noche a la mañana y sin ninguna preparación militar ni política previa, en la cabeza visible de un pueblo entero que llevaba trescientos años esperando el momento de estallar.

Que Hidalgo haya tomado algunas de esas decisiones con una grandeza moral genuina —la abolición de la esclavitud, decretada en Valladolid meses antes de que Estados Unidos siquiera discutiera seriamente el tema, la supresión del tributo indígena, la fundación de un periódico insurgente— y otras con una crueldad que ningún ideal alcanza a justificar —los

degollamientos nocturnos de Valladolid y Oblatos, ordenados sin juicio previo contra prisioneros indefensos— no es una contradicción que este libro pretenda resolver ni disculpar en nombre de la causa que finalmente triunfó.

Es, sencillamente, lo que significa haber sido un hombre real, y no una estatua, en medio de una guerra que él mismo ayudó a desatar sin comprender del todo, la madrugada del 16 de septiembre de 1810, lo que estaba a punto de desatar.

Las páginas que siguen intentan, ante todo, eso: devolverle a Miguel Hidalgo el peso, las contradicciones y la fragilidad de haber sido, durante todo el tiempo que vivió, un hombre real.

Por ello, este libro presenta a Miguel Hidalgo como hombre, no como héroe.

CAPÍTULO 1

Corralejo, la tierra y la lengua otomí

Hacienda de San Diego de Corralejo, Intendencia de Guanajuato, 1753–1765

El 8 de mayo de 1753 nació, en la hacienda de San Diego de Corralejo, Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga Mandarte y Villaseñor, hijo de Cristóbal y de Ana María. Lo bautizaron con cuatro nombres en una ceremonia breve donde asistieron tan solo los padrinos y dos vecinos de la hacienda.

Cristóbal administraba la hacienda para la familia Díaz de Gamarra, y con esa posición —donde no tenía ni la riqueza de un propietario ni la estrechez de un jornalero— le alcanzaba, sin embargo, para proveer a su casa de libros, un preceptor privado y la certeza tranquila de que sus hijos aprenderían a leer antes que la mayoría de los niños del Bajío.

Una tarde de 1760, un comerciante de Silao que recorría las haciendas cobrando deudas y colocando mercancía, se detuvo en Corralejo y fue invitado a compartir la mesa de Cristóbal. Miguel, de siete años, escuchaba desde un rincón donde nadie reparaba en él.

—Dicen que en la corte quieren apretar más el tornillo —dijo el comerciante —. Nuevos visitadores, nuevos impuestos, nuevas cuentas que rendir a Madrid. A ver quién nos avisa a nosotros cuándo va a parar esto.

—A nosotros nos avisan siempre cuando ya está hecho todo, nunca antes — respondió Cristóbal—. Yo cobro lo que me ordenan cobrar, y el que no puede pagar, no come. Así ha sido siempre.

—Que así haya sido siempre no quiere decir que así vaya a seguir siendo.

Cristóbal no respondió a eso de inmediato. Sirvió más vino, y solo entonces bajó la voz, como si la frase siguiente no estuviera destinada a los oídos de un niño sentado en un rincón, aunque el niño, de todos modos, no perdió palabra.

—Usted no administra tierra donde vive la gente que la trabaja, por eso puede hablar así, sin cuidado. Yo cada seis meses tengo que mirar a la cara al que no puede pagar y decirle que pague de todos modos. Eso desgasta a cualquiera, se lo digo yo.

—¿Y qué hace usted cuando de verdad no puede pagar?

—Le fío hasta la cosecha siguiente. Y rezo para que la cosecha siguiente alcance para las dos deudas.

El comerciante no insistió más. Hablaron del precio del trigo y de un camino nuevo que se abría hacia Silao, y la conversación se disolvió en la rutina de cualquier sobremesa. Miguel no entendía todavía el alcance de lo que había escuchado, pero entendía una cosa con precisión, aún con pensamiento infantil: que su padre cobraba órdenes que venían de muy lejos, que esas órdenes pesaban sobre gente que él conocía por su nombre, y que a su padre, a pesar de todo, le costaba cobrarlas.

Al oriente de la casa grande corría un arroyo donde los hijos de los peones se bañaban durante las horas en que ningún adulto vigilaba con atención. Ahí, entre las piedras y el agua fría del Bajío, Miguel pasaba buena parte de sus tardes libres junto a Refugio Tepox, hijo de una sirvienta otomí, un año menor que él.

—Dähí —dijo Refugio una tarde, señalando la corriente.

—“Dähe”…eso ¿Qué quiere decir?

—Agua. Repítelo porque no lo dijiste bien…es Dähí

—“Dähi”…—corrigió Miguel.

—Mal. Otra vez. No es dähi como campana. Es dähí como cuando tienes sed y no hay nada que beber.

Miguel lo intentó media docena de veces más, con la misma obstinación con que repetiría años después las declinaciones latinas frente a su preceptor, hasta que Refugio, satisfecho, asintió con la seriedad de un maestro que acababa de cumplir su primera lección.

—Ahora enséñame tú algo en castilla —dijo Refugio.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que le dices a Dios cuando rezas.

Miguel se lo enseñó, frase por frase, y durante los meses siguientes los dos intercambiaron, sin que ningún adulto lo supiera, fragmentos de sus dos lenguas: los nombres de los animales de la hacienda, las órdenes que los caporales gritaban a los peones, las oraciones que las mujeres murmuraban mientras molían el maíz.

Sin maestros que intervinieran formalmente, Refugio y Miguel aprendían, cada uno el lenguaje del otro, no solo para conocerse mejor y afianzar su amistad, sino para tener más herramientas para enfrentar el mundo difícil de la región y la época.

Un año antes de que Miguel cumpliera ocho, el padre Anselmo Vera, párroco de la región contratado por Cristóbal como preceptor, se sentó con él por primera vez frente al breviario. Cristóbal observaba desde la puerta.

—¿Sabe ya sus letras el niño? —preguntó el padre Anselmo.

—Sabe más de lo que debería a su edad —respondió Cristóbal—. Se las enseñó su hermano, y lo que Joaquín no supo enseñarle se lo enseñó él solo, mirando por encima del hombro.

—Eso no siempre es virtud, don Cristóbal. A veces es vicio.

—Entonces enséñele usted la virtud de la disciplina, padre, que del ingenio ya viene sobrado.

Las lecciones avanzaron a una velocidad que incomodaba visiblemente al preceptor, no porque el niño se equivocara, sino porque rara vez necesitaba que se le repitiera una lección dos veces. Una mañana, terminada ya la declinación del día, Miguel hizo una pregunta que el padre Anselmo no esperaba.

—Padre, si Dios lo puede todo, ¿puede hacer una piedra tan pesada que ni Él mismo pueda levantarla?

El padre Anselmo cerró el breviario despacio.

—¿Quién te enseñó esa pregunta?

—Nadie. Se me ocurrió anoche, mirando las piedras del corral.

—Esa es una pregunta de teólogos viejos y sabios, Miguel, no de niños de ocho años.

—¿Y tiene respuesta?

—La tiene, pero no te la voy a dar hoy. Primero aprende bien tus declinaciones, que ya con eso tenemos suficiente trabajo para el año.

Miguel no insistió, pero el padre Anselmo, esa misma tarde, le comentó a Cristóbal, mientras cruzaban juntos el patio, que su hijo menor no era un niño común.

—Este niño necesita ir a Valladolid, don Cristóbal —dijo, ya con Miguel cerca de los once años—. Aquí, yo ya no tengo nada que enseñarle que no pueda aprender él solo, y tal vez mejor aprendido.

—¿Tan mal alumno es?

—Todo lo contrario. Es tan buen alumno que ya me hace preguntas que yo no sé responderle sin ayuda de otros libros que aquí no tenemos.

La infancia de Corralejo se quebró en 1762. Su madre Ana María Gallaga y Villaseñor murió tras el parto de su hijo menor, José María, y Cristóbal reunió esa misma noche a sus cuatro hijos en la sala principal, con la nodriza sosteniendo todavía al recién nacido.

—Su madre está con Dios —les dijo—. Y esta casa sigue de pie porque nosotros seguimos de pie. No hay otra manera de hacerlo.

Joaquín, el mayor, asintió sin decir nada. Manuela lloraba abiertamente, y fue Miguel quien se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, sin saber bien qué más hacer.

—¿Ya no va a volver? —le preguntó Manuela de siete años, entre sollozos.

—No. Pero nosotros seguimos aquí.

—¿Y eso alcanza?

Miguel no respondió, porque no lo sabía. Esa misma noche salió al corral sin que nadie lo notara. Ahí lo encontró a Refugio, que tampoco dormía, y se sentó a su lado sobre la barda de piedra.

—¿Tú también perdiste a tu madre…o fue a tu padre? —preguntó Miguel.

—Perdí a mi madre, hace dos años. Y perder a cualquiera es casi lo mismo de un lado que del otro.

—¿Y qué se hace cuando sucede?

—Nada. Se sigue trabajando, viniendo al arroyo y aprendiendo palabras.

Dos años más tarde, ya con once cumplidos, Miguel presenció el cobro del tributo semestral a las familias otomíes de la hacienda. El mayordomo, un hombre de bigote gris al que todos llamaban simplemente don Prisciliano, se plantó en medio del patio de servicio con un libro de cuentas bajo el brazo y fue llamando a cada familia por su nombre.

—Tepox, Melchor —dijo, sin levantar la vista del libro—. Cuatro fanegas.

El padre de Refugio, un hombre delgado y de manos ásperas, se adelantó con dos costales que apenas cargaban tres fanegas y media.

—Este año la sequía no dejó más, don Prisciliano. Se lo puedo completar para la fiesta de San Miguel, se lo juro.

—Lo que yo tengo que entregar al patrón no espera fiestas, Melchor. Cuatro fanegas es cuatro fanegas, sequía o no sequía.

—¿Y de dónde saco media fanega que no coseché?

—Eso no es asunto mío. En todo caso es asunto de la tierra, pero la tierra no negocia conmigo.

Melchor Tepox bajó la cabeza y se retiró sin decir más, con el resto de la deuda anotada en el libro de don Prisciliano. Refugio observaba toda la escena junto a Miguel, con los brazos cruzados, sin acercarse a su padre.

—¿Por qué tiene que dar mi padre maíz al tuyo —preguntó, sin apartar la vista de don Prisciliano— si es mi padre quien lo siembra, lo corta y lo carga?

—Así están hechas las cosas —respondió Miguel, tan rápido que ni siquiera él mismo alcanzó a pensarlo antes de decirlo.

—Eso no es una respuesta. Es lo que dicen los que no quieren dar la respuesta de verdad.

—Entonces dime tú cuál es la respuesta de verdad.

—No la sé. Pero sé que esa no lo es.

Miguel no volvió a tocar el tema esa tarde, ni Refugio insistió, pero el intercambio quedó sin resolverse.

La decisión que separó a los dos muchachos llegó en 1765. Cristóbal hizo llamar a Miguel al mismo escritorio donde años antes el padre Anselmo le había tomado su primera lección de latín.

—Vas a ir con tu hermano a Valladolid —le dijo, sin preámbulo—. Los jesuitas tienen ahí el mejor colegio de la Nueva España, y tú tienes cabeza para aprovecharlo. Ya hablé con el padre Anselmo. Está de acuerdo.

—¿Y Refugio? —preguntó Miguel.

La pregunta incomodó a Cristóbal más de lo que Miguel esperaba, y tardó en responder.

—Refugio se queda. Aquí hay trabajo para él. En Valladolid no hay lugar para el hijo de una sirvienta, Miguel, por mucho otomí que tú hayas aprendido con él. Así están hechas las cosas.

Era la misma frase que Miguel le había dicho a Refugio dos años antes junto al mayordomo, ahora devuelta por boca de su padre.

Joaquín, que ya había hecho antes el camino a Valladolid para tratos de la hacienda, encontró a Miguel esa noche revisando los dos baúles que llevarían.

—No pongas tantos libros —le dijo—. El mulero cobra por peso, y padre ya paga bastante con la matrícula.

—Prefiero llevar menos ropa que menos libros.

—Eso dilo cuando te falte una camisa limpia en octubre.

Miguel sonrió, pero no sacó ningún libro del baúl. Joaquín lo miró un momento, con la seriedad de quien ya sabía, por haber hecho el viaje antes, lo distinto que sería todo del otro lado.

—¿Le tienes miedo a Valladolid? —preguntó Miguel.

—No. Le tengo respeto. Es distinto.

La despedida con Refugio ocurrió pocos días después, junto al arroyo.

—Dähi —dijo Miguel, señalando el agua, casi como una broma entre los dos.

—Ya no se te olvida.

—No creo que se me olvide nunca.

—Eso dicen todos los que se van.

—Yo no soy todos los que se van.

Refugio no respondió a eso enseguida. Se agachó, mojó la mano en la corriente y se la pasó por la nuca, como si el calor de la tarde le importara de pronto más que la conversación.

—Entonces enséñaselo a alguien más, cuando estés en Valladolid. Así no se pierde del todo.

—¿Y si en Valladolid nadie quiere aprender otomí?

—Entonces te acuerdas tú solo, cuando nadie te oiga. Con que uno de los dos se acuerde, basta.

—¿Y si algún día tú te olvidas del castilla que te enseñé?

—Eso no va a pasar. Yo no me olvido de las cosas que me cuestan trabajo aprender.

Miguel partió hacia Valladolid pocos días después, cargando lo único que de verdad podía llevarse consigo: una curiosidad ya despierta, una lengua aprendida por pura convivencia infantil, y una pregunta —así están hechas las cosas— que no había dejado de incomodarlo desde la tarde en que él mismo la pronunció por primera vez, sin saber todavía que la volvería a escuchar, de labios de su propio padre, antes de cumplir los doce años.

El camino a Valladolid tomó tres días a lomo de mula, y en ninguno de ellos volvió a mencionar a Refugio ni al arroyo. Pero cada vez que el mulero gritaba para que el animal apurara el paso, Miguel repetía para sus adentros, sin que nadie lo escuchara, la única palabra que sabía que no iba a olvidar: dähi.

CAPÍTULO 2

San Nicolás y el nacimiento de El Zorro

Valladolid, 1765–1778

Valladolid recibió a Miguel con un frío distinto al de Corralejo, un frío de piedra y campanario que se metía por los corredores del Colegio de San Nicolás Obispo desde antes del amanecer. Joaquín, que ya conocía el lugar, le señaló el dormitorio común, los lavabos, el refectorio, con la eficiencia de quien ha dejado de asombrarse.

—Aquí nadie te va a preguntar si sabes otomí —le dijo, dejando el baúl a los pies de la cama—. Aquí solo importa el latín, y que no llegues tarde a maitines.

—¿Y si llego tarde?

—Entonces lo sabrás por experiencia propia, hermano. Yo ya pagué esa lección el primer mes.

El colegio, fundado por Vasco de Quiroga dos siglos antes, formaba a la mayor parte del clero criollo del occidente novohispano, y su rector, el padre José Pérez Calama, tenía fama de exigir de sus alumnos una disciplina intelectual que muy pocos colegios de la Nueva España se atrevían siquiera a intentar. Miguel entró al colegio en 1765, con doce años, y desde la primera semana un maestro de retórica llamado el padre Suárez lo hizo pasar al frente de la clase para que defendiera, ante sus compañeros, una tesis escolástica sobre la naturaleza del alma.

—Defienda usted, Hidalgo, que el alma es simple e indivisible.

—¿Y si yo pensara que puede dividirse, padre?

—Entonces estaría usted equivocado, pero seguiría teniendo que defenderlo, porque así funciona el ejercicio.

Miguel defendió la tesis contraria a la que en el fondo creía, con una soltura que dejó callados a sus compañeros de banca, y cuando terminó, el padre Suárez no dijo una palabra de felicitación, solo anotó algo en su libro y pasó al siguiente alumno. Fue Joaquín, esa noche, quien le explicó lo que acababa de presenciar sin saberlo del todo.

—Ese ejercicio no es para que aprendas lo que crees. Es para que aprendas a defender lo que no crees, tan bien como lo que sí. Eso es lo que los jesuitas llamaban formar el juicio, aunque a estas alturas ya casi nadie se acuerda de que fue idea suya.

—¿Y para qué sirve defender lo que uno no cree?

—Para cuando alguien más lo defienda delante de ti, y tú sepas encontrarle la grieta.

La expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III en 1767, llegó a Valladolid como una noticia que nadie en el colegio esperaba con esa rapidez. Miguel, entonces con catorce años, escuchó la orden real leída en voz alta en el patio central por un funcionario que había llegado esa misma mañana desde la capital. Los jesuitas que dirigían el colegio de San Francisco Javier fueron escoltados hasta las afueras de la ciudad en el término de una semana, y varios de los alumnos que estudiaban bajo su tutela terminaron trasladados, como el propio Miguel, a las aulas de San Nicolás.

—¿Por qué los sacaron así, de un día para otro? —le preguntó Miguel a un compañero de clase, un muchacho mayor llamado Manuel Abad y Queipo, con quien había empezado a compartir tardes de lectura.

—Dicen que el rey desconfía de ellos. Que tienen demasiado poder, demasiadas tierras, demasiada lealtad al Papa y poca al trono.

—Eso no explica por qué había que sacarlos con soldados, como si fueran criminales.

—No, no lo explica. Pero en esta tierra pocas cosas que hace la corona se explican del todo. Se obedecen, y ya.

—¿Y si uno no está de acuerdo?

—Entonces uno aprende a guardarse la opinión para la mesa de sus amigos, Hidalgo, y a repetir en público lo que se espera que repita.

El propio padre Pérez Calama, meses después de la expulsión, reunió a los alumnos mayores del colegio para anunciarles un cambio que muchos recibieron con más sorpresa que entusiasmo.

—A partir de este año —les dijo—, además de la filosofía aristotélica que ya conocen, este colegio enseñará también física moderna. Newton,

Descartes, lo que en Europa ya se discute desde hace décadas y que aquí hemos tardado demasiado en incorporar.

—¿Y eso no contradice lo que nos enseñan en filosofía natural, padre? —preguntó un alumno desde el fondo del salón.

—Contradice algunas cosas, sí. Y es precisamente por eso que deben aprenderlo: no para que abandonen lo primero, sino para que aprendan a sostener dos sistemas de pensamiento a la vez, y decidan ustedes mismos, con la cabeza fría, dónde está la verdad y dónde solo la costumbre.

Miguel, que escuchaba desde la segunda fila, encontró en esa frase algo que se le quedó grabado con más fuerza que cualquier otra lección de esos años: la posibilidad, explícitamente autorizada por su propio rector, de sostener dos sistemas de pensamiento a la vez sin que eso significara traición a ninguno de los dos.

Miguel no olvidó ese consejo, aunque tampoco lo siguió del todo. Fue el propio Abad y Queipo quien, un par de años más tarde, le mostró por primera vez un libro que no figuraba en ninguna lista de lecturas autorizadas por el colegio: un ejemplar francés, maltratado por el uso y por varias manos anteriores a las suyas, que alguien había hecho llegar a Valladolid escondido entre mercancía de un comerciante de Veracruz.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó Abad y Queipo, mostrándole el libro a media luz, en un rincón apartado de la biblioteca.

—Por la portada, algo que no debería estar aquí.

—Es Rousseau. Y si el rector lo encuentra, los dos terminamos explicando ante el Santo Oficio por qué lo tuvimos en las manos.

—¿Entonces por qué me lo enseñas?

—Porque prefiero correr ese riesgo contigo que quedarme solo con las dudas que este libro me deja.

Miguel lo leyó esa misma noche, a la luz de una vela que procuró mantener lo más baja posible, y durante las semanas siguientes buscó, con la misma disciplina con que memorizaba sus tratados de teología, cualquier otro volumen que Abad y Queipo pudiera conseguirle: fragmentos de Voltaire copiados a mano, traducciones parciales de Montesquieu que circulaban entre un pequeño círculo de alumnos mayores, siempre con el mismo cuidado de no dejar rastro.

—Si el padre Pérez Calama supiera lo que lees en tus horas libres —le dijo Abad y Queipo una tarde—, no sé si te expulsaría o te pediría que le prestaras el libro.

—Pérez Calama no es tan cerrado como los demás. He oído que él mismo introdujo la física moderna en el plan de estudios, contra la opinión de más de uno del cabildo.

—Una cosa es la física moderna, Hidalgo, y otra muy distinta es leer que el hombre nace libre y en todas partes se encuentra encadenado. Eso no lo perdona ni el rector más moderno de esta ciudad.

Miguel no discutió el punto, pero tampoco dejó de leer. Aprendió, en esos años, algo que le sería útil durante el resto de su vida: a sostener en público las tesis que el colegio esperaba de él, con la misma soltura de siempre, mientras alimentaba en privado un conjunto de ideas que ninguna de esas tesis podía contener del todo. En los debates públicos que el colegio organizaba cada mes, donde los alumnos defendían y atacaban tesis filosóficas frente a un jurado de profesores, Miguel desarrolló una habilidad particular para encontrar, en cuestión de minutos, la grieta lógica de cualquier argumento que se le presentara, sin importar si él mismo estaba de acuerdo con la posición que atacaba.

—Hidalgo otra vez deshizo a Ortega en menos de lo que tarda uno en rezar un padrenuestro —comentó un compañero, después de uno de esos debates, a la salida del salón.

—No lo deshizo. Le encontró la costura floja y tiró de ahí. Es distinto.

—Para Ortega es lo mismo. Ya no quiere debatir contra él.

—Ya nadie quiere. Por eso el padre Pérez Calama ahora lo pone a debatir contra dos a la vez.

El apodo llegó poco después, primero como broma entre sus propios compañeros y después como algo que hasta los profesores usaban sin ironía. Un día, después de que Miguel desmontara en público, con una serie de preguntas encadenadas, el argumento completo de un alumno mayor sobre la predestinación, el padre Suárez cerró el ejercicio con un comentario que corrió por el colegio entero antes de que anocheciera.

—Este muchacho no debate como estudiante, debate como zorro que ya sabe dónde está el gallinero antes de que el dueño lo sepa.

Desde entonces, dentro y fuera de las aulas, lo llamaron El Zorro, y el propio Miguel, lejos de incomodarse, empezó a usar el apodo como una especie de firma. No era, contrario a lo que la leyenda posterior quiso sugerir, un mote ganado por astucia política ni por prever los movimientos de sus enemigos en el campo de batalla; era, simplemente, el reconocimiento de un colegio entero hacia un muchacho capaz de encontrar la debilidad de cualquier razonamiento con una velocidad que incomodaba a quien la sufría.

En 1770, con diecisiete años, Miguel se graduó como bachiller en Artes, y dos años más tarde alcanzó el mismo grado en Teología. Manuel Abad y Queipo, que para entonces se había convertido en su interlocutor más constante, lo encontró una tarde revisando unos apuntes en la biblioteca del colegio, poco antes de la ceremonia de graduación.

—¿Ya decidiste si te ordenas? —le preguntó Abad y Queipo.

—Mi padre lo dio por hecho desde que me mandó aquí. Yo no lo he decidido tanto como lo he aceptado.

—No es lo mismo aceptar que querer.

—No, no lo es. Pero a veces uno acepta primero, y averigua después si quería.

—¿Y si averiguas que no querías?

—Entonces habré perdido menos tiempo averiguándolo desde dentro de la sotana que desde fuera, esperando a ver si algún día me animo a ponérmela.

—¿Y los libros? ¿Piensas seguir leyéndolos, ya de sotana?

—Con más cuidado que antes, probablemente. Pero no pienso dejar de hacerlo solo porque ahora tenga que decir misa por las mañanas.

—Eso te va a costar más de un disgusto, Miguel.

—Ya me ha costado más de uno, y todavía no me ordeno. No creo que la sotana cambie mucho ese cálculo.

La ordenación sacerdotal llegó en 1778, cuando Miguel tenía veinticinco años, después de un proceso de formación que lo había convertido, a ojos de sus superiores, en uno de los alumnos más brillantes que el colegio había producido en una generación. La noche antes de la ceremonia, Joaquín, que ya llevaba años ordenado y ejercía en una parroquia cercana, fue a verlo a su celda.

—¿Nervioso? —le preguntó.

—No de la manera que tú crees.

—¿Entonces de qué manera?

—Nervioso de que esto sea lo único que se espera que yo sea, de aquí en adelante. Bachiller, teólogo, cura. Y que nadie vuelva a preguntarme lo que de verdad pienso, solo lo que puedo defender en un ejercicio de retórica.

Joaquín se quedó callado un momento, y después le puso una mano en el hombro, casi con la misma torpeza cariñosa con que Miguel había consolado a Manuela años atrás, la noche de la muerte de su madre.

—Eso depende más de ti que de la sotana, hermano. Yo he visto curas que se guardan todo lo que piensan, y he visto curas que dicen demasiado. Tú vas a tener que encontrar tu propio término medio.

—¿Y si no lo encuentro?

—Entonces lo sabremos todos, Miguel, porque tú nunca has sido bueno para quedarte callado cuando algo no te convence.

Al día siguiente, en la catedral de Valladolid, Miguel Hidalgo y Costilla recibió las órdenes sacerdotales de manos del obispo, con su padre Cristóbal presente entre los asistentes, ya envejecido, la espalda un poco más encorvada que la que Miguel recordaba de Corralejo, pero con los mismos ojos atentos de siempre puestos en su hijo. El apodo de El Zorro,

instalado entre sus antiguos compañeros de colegio como una segunda identidad, no vino a borrarlo la sotana, contra lo que el obispo probablemente esperaba.

CAPÍTULO 3

El Rector y las cuentas rotas

Valladolid, 1778–1792

Los doce años que siguieron a la ordenación de Miguel transcurrieron dentro de los mismos muros donde se había formado, ascendiendo despacio por el escalafón académico de San Nicolás: profesor de filosofía primero, después de teología, y finalmente, en 1790, Rector del colegio entero. La noticia del nombramiento le llegó por boca del propio obispo, en una audiencia breve que Miguel recordaría después con una mezcla de orgullo y de algo parecido al vértigo.

—El cabildo ha decidido confiarle la rectoría, padre Hidalgo —le dijo el obispo—. No ha sido una decisión unánime, se lo digo con franqueza, pero sí ha sido la decisión final.

—¿Y qué parte del cabildo se opuso, si me permite preguntarlo?

—La parte que considera que usted lee más de lo que le conviene y que discute más de lo que le corresponde a un sacerdote. Pero esa misma parte no pudo negar que ningún otro candidato tiene su capacidad para dirigir esta casa.

—Procuraré, entonces, que no se arrepientan de la parte que sí votó a favor.

—Procure sobre todo, padre, que no le den la razón a la parte que votó en contra. En esta ciudad, las segundas oportunidades no siempre llegan tan rápido como la primera.

Miguel asumió el cargo con un entusiasmo que sus primeros meses de gestión confirmaron con hechos concretos, sin sospechar todavía que ese mismo entusiasmo terminaría, dos años después, costándole el puesto entero. Convocó a los profesores de filosofía natural para ampliar el programa de física moderna que el propio Pérez Calama había introducido años atrás, incorporó nociones de matemáticas que hasta entonces no formaban parte del plan regular, y defendió, frente a un cabildo eclesiástico que recibía cada novedad con desconfianza, una teología que él mismo llamaba positiva, más interesada en las fuentes bíblicas directas que en los comentarios escolásticos acumulados durante siglos.

—Lo que usted propone, padre Rector, no es enseñanza, es provocación —le dijo, en una de las primeras juntas del cabildo, un canónigo de edad avanzada llamado Ignacio Íñiguez—. Enseñar teología positiva a muchachos de dieciséis años es ponerles en las manos las herramientas para cuestionar todo lo que antes se les pedía aceptar sin más.

—Con todo respeto, canónigo, esas herramientas ya las tienen. Lo único que hace mi programa es enseñarles a usarlas con disciplina, en vez de dejar que las usen a escondidas y sin ninguna guía.

—Eso es exactamente lo que me preocupa, padre Hidalgo. Que usted mismo reconozca que ya las tienen.

El intercambio, repetido con variaciones durante los meses siguientes, no impidió que las reformas avanzaran, en buena medida porque los resultados académicos del colegio bajo la dirección de Miguel resultaron innegables: los exámenes públicos de San Nicolás empezaron a atraer visitantes de otras ciudades, y varios alumnos formados en esos años terminarían, décadas después, ocupando puestos de relevancia en la vida eclesiástica y política de la región. Entre ellos, un joven seminarista de Carácuaro llamado José María Morelos, que llegó a San Nicolás ya con Miguel como rector y que recordaría después, en circunstancias que ninguno de los dos podía imaginar en 1790, las clases de aquel sacerdote inquieto que insistía en que sus alumnos pensaran antes de repetir.

—Usted enseña distinto a los demás profesores, padre Rector —le dijo Morelos, todavía adolescente, después de una clase particularmente intensa sobre las fuentes del Antiguo Testamento.

—¿Distinto en qué sentido?

—Los demás nos dicen qué pensar. Usted nos pregunta qué pensamos, y después nos dice por qué podríamos estar equivocados.

—Es más trabajo para todos, Morelos, incluido para mí. Pero es el único método que conozco que de verdad deja algo, más allá del examen.

El éxito académico, sin embargo, no vino acompañado del mismo cuidado en la administración de los recursos del colegio. Las tertulias que Miguel organizaba en la rectoría, dos o tres noches por semana, reunían a un grupo variable de profesores jóvenes y alumnos avanzados —entre ellos, con cierta frecuencia, Manuel Abad y Queipo, ya entonces clérigo formado y con posición propia dentro del cabildo— alrededor de una mesa donde la conversación rara vez se quedaba dentro de los límites que un rector prudente hubiera trazado.

—Lo que usted lee esta noche, padre Rector —le dijo Abad y Queipo, una de esas veladas, hojeando un ejemplar de Voltaire que circulaba entre los presentes—, no es exactamente lectura recomendada para quien preside un colegio eclesiástico.

—Tampoco lo era cuando usted mismo me lo prestó, si mal no recuerdo.

—Lo prestado en privado y lo leído en voz alta ante media docena de testigos son dos cosas distintas, Miguel. Usted lo sabe mejor que nadie.

—¿Y qué sugiere, que dejemos de pensar en voz alta solo porque hay testigos?

—Sugiero que elija con más cuidado quiénes son esos testigos. No todos los que se sientan en esta mesa van a guardar silencio si algún día les conviene más hablar.

Miguel no tomó en serio la advertencia, o la tomó solo a medias, convencido de que la lealtad de quienes compartían su mesa pesaba más que cualquier rumor que pudiera escaparse de esas paredes. Las tertulias continuaron, la música y el teatro siguieron consumiendo fondos que la contabilidad del colegio no podía sostener indefinidamente, y el mismo entusiasmo que hacía de Miguel un maestro extraordinario lo convertía, noche tras noche, en un administrador cada vez más ciego a las consecuencias de su propia generosidad.

Miguel, que nunca había mostrado el menor interés por la contabilidad, delegó buena parte de esa responsabilidad en un mayordomo de confianza llamado Basilio Aranda, y se dedicó, en cambio, a las tareas que sí le apasionaban: la enseñanza, las tertulias, la música, el teatro que él mismo ayudaba a organizar para las fiestas del colegio. Fue Aranda quien, ya en el segundo año de la rectoría, empezó a notar que las cuentas no cerraban con la regularidad que deberían.

—Padre Rector, tenemos un problema con los libros —le dijo, una tarde, extendiendo sobre el escritorio una serie de columnas que no cuadraban.

—¿Qué tipo de problema?

—Del tipo que se hace más grande cada mes que no se atiende. Los gastos de las tertulias, los instrumentos musicales que usted mandó comprar para el coro, las funciones de teatro de la última fiesta patronal, todo eso salió de fondos que deberían haberse destinado a otra cosa.

—¿Y qué otra cosa hubiera preferido usted, Aranda? ¿Que el colegio no tuviera música ni teatro, solo latín y ayuno?

—Yo no prefiero nada, padre. Yo solo llevo las cuentas, y las cuentas dicen que debemos más de lo que tenemos.

Miguel escuchó el informe con la misma atención con que escuchaba un argumento filosófico débil, buscando la manera de refutarlo, y no encontró ninguna razón sólida con la cual hacerlo. Prometió, esa misma tarde, poner remedio al desorden, pero el remedio nunca llegó a tiempo, en parte porque las prioridades de Miguel seguían inclinándose, mes tras mes, hacia el mismo lugar: más libros para la biblioteca del colegio, más instrumentos para las funciones musicales, más generosidad hacia alumnos pobres a quienes eximía de cuotas sin consultarlo con nadie.

—Usted regala lo que no es suyo para regalar, padre Rector —le reclamó Aranda, ya en 1791, con las columnas del libro de cuentas mostrando un déficit que ningún rector anterior había alcanzado—. Y cuando llegue el momento de rendir cuentas al cabildo, la generosidad no va a aparecer en ningún renglón a su favor.

—¿Y qué sugiere usted que haga? ¿Qué le cobre matrícula completa a un muchacho cuyo padre no tiene con qué pagarla, y que ese muchacho se quede sin estudiar?

—Sugiero que encuentre otra manera de ser generoso, padre, que no sea con el dinero del colegio entero.

Las quejas llegaron al cabildo antes de que terminara ese mismo año, alimentadas no solo por el déficit financiero, sino por rumores cada vez más persistentes sobre las tertulias nocturnas de la rectoría, donde se hablaba de filosofía francesa con una libertad que varios canónigos consideraban impropia de un sacerdote, y más impropia todavía de un Rector. El canónigo Íñiguez, que nunca había dejado de desconfiar de las reformas de Miguel, encontró en el desorden contable el argumento que necesitaba para llevar el asunto ante el obispo.

—No se trata solo de las deudas, su ilustrísima —le dijo Íñiguez al obispo, en una reunión donde Miguel todavía no había sido convocado—. Se trata de qué clase de ejemplo da un Rector que no puede administrar ni su propia casa, y que además dedica sus noches a tertulias donde se discuten ideas que el Santo Oficio no vería con buenos ojos.

—¿Tiene usted pruebas de esas ideas, canónigo, o solo rumores de tertulia?

—Tengo suficientes testimonios de quienes han estado presentes. Y tengo, sobre todo, un libro de cuentas que cualquier contador podría revisar sin necesidad de testimonio alguno.

El obispo convocó finalmente a Miguel para una audiencia que ninguno de los dos, según recordarían después quienes estuvieron cerca del entorno inmediato del colegio, disfrutó particularmente.

—Padre Hidalgo, el cabildo me pide su renuncia a la rectoría. Las deudas del colegio bajo su administración superan lo que cualquier sucesor podría heredar sin escándalo, y las quejas sobre las tertulias, aunque no las puedo probar del todo, tampoco puedo ignorarlas por completo.

—¿Me está pidiendo que renuncie, su ilustrísima, o me lo está informando como un hecho ya decidido?

—Le estoy dando la oportunidad de renunciar usted mismo, antes de que el cabildo lo decida por usted de una manera menos amable, y sin duda menos digna de todo lo que usted ha logrado aquí en estos años.

Miguel guardó silencio un momento, sopesando, según reconstruiría después Abad y Queipo en una carta a un amigo común, no tanto la pérdida del cargo como la humillación pública que la alternativa hubiera representado.

—Entonces renuncio, su ilustrísima. Pero quiero que conste que lo hago por las deudas, no por las tertulias. De lo que se habla en mi casa por las noches no pienso arrepentirme.

—Eso, padre Hidalgo, es exactamente lo que más me preocupa de usted.

La renuncia se formalizó en 1792, después de doce años en los que Miguel había llevado a San Nicolás a uno de sus momentos de mayor prestigio académico, y de dos años de rectoría que lo dejaban, al mismo tiempo, con una deuda personal que tardaría años en saldar y con una reputación de heterodoxia que ya no volvería a quitarse de encima. Basilio Aranda, el mismo mayordomo que había intentado advertirle sin éxito, fue quien lo ayudó a empacar sus libros la última noche en la rectoría.

—No se lo tome a mal, padre, pero se lo dije.

—Me lo dijo, Aranda, y tenía usted toda la razón. El problema nunca fue que no le creyera. El problema fue que no supe qué hacer con lo que me estaba diciendo.

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Ahora, supongo, voy a averiguar qué se siente administrar algo más pequeño que un colegio entero. A ver si con eso aprendo lo que aquí no aprendí.

—¿Y las tertulias, padre? ¿También las va a extrañar?

—Más que las tertulias, Aranda, voy a extrañar tener con quién discutir hasta la madrugada sin que nadie me lleve la cuenta de lo que cuesta la vela.

Aranda sonrió, a pesar de todo, y cerró el último baúl con la misma dedicación con que había cerrado, durante dos años, un libro de cuentas que nunca terminó de cuadrar del todo.

Miguel dejó Valladolid pocas semanas después, rumbo a un destino que el propio cabildo eclesiástico eligió para él con una intención que no era difícil de leer entre líneas: el curato de Colima, una parroquia alejada de cualquier círculo intelectual y de cualquier tertulia digna de ese nombre, donde un hombre con demasiadas deudas y demasiadas ideas tendría, por fin, tiempo de sobra para pensar en ambas cosas sin la tentación de una discusión a la vuelta de la esquina.

CAPÍTULO 4

Colima, el destierro que enseña

Curato de Colima, 1792–1803

El calor de Colima no se parecía a nada que Miguel hubiera conocido en el Bajío. Llegó a mediados de 1792, después de un viaje de varias semanas que lo dejó agotado y con la ropa pegada al cuerpo desde la primera tarde, y el vicario que lo recibió en la puerta de la parroquia no se molestó en disimular lo que pensaba de aquel nuevo destino.

—Así que usted es el Rector de Valladolid que ya no es Rector de nada —le dijo, sin más preámbulo que ese—. Bienvenido a Colima, padre Hidalgo. Aquí el único cabildo que le va a reclamar algo es el sol, y no atiende razones.

—Prefiero un sol que no atiende razones a un cabildo que atiende demasiadas.

—Eso lo dice ahora. Háble me otra vez cuando lleve aquí seis meses.

El vicario no se equivocaba del todo. Los primeros meses fueron, para Miguel, un ejercicio de adaptación que ninguna de sus lecturas europeas lo había preparado para enfrentar: la humedad que pudría los libros en semanas, las fiebres que se llevaban a niños y ancianos con una regularidad que la parroquia de Valladolid jamás había conocido, la pobreza de una feligresía que apenas lograba reunir lo necesario para el diezmo, no digamos ya para las contribuciones voluntarias con las que Miguel había financiado, años atrás, sus proyectos académicos.

—Padre, no tengo con qué pagar el diezmo de este semestre —le dijo, apenas semanas después de su llegada, una mujer que había enviudado meses atrás y que sostenía en brazos a un niño con el rostro cubierto de manchas de una fiebre que el propio Miguel no sabía nombrar—. Si usted quiere, le puedo dar lo poco que tengo de maíz, pero no me va a alcanzar ni para eso.

Miguel miró al niño, después a la mujer, y tomó una decisión que repetiría, con variaciones, durante buena parte de sus once años en Colima.

—Guárdese el maíz. Y si alguien le pregunta, dígale que el diezmo de esta parroquia ya está cubierto.

—¿Y usted, padre? ¿No le van a pedir cuentas a usted?

—Ya me las pidieron una vez, en Valladolid. No creo que esta vez sea muy distinto.

La frase, dicha casi como una broma amarga, resultó ser más profética de lo que Miguel imaginaba. El obispado, que recibía con regularidad los informes de recaudación de cada parroquia de la diócesis, no tardó en notar que los ingresos de Colima bajo la administración de Hidalgo eran sistemáticamente menores a los que la parroquia había registrado en años anteriores. Un visitador enviado desde Valladolid, un clérigo peninsular de apellido Ceballos, llegó a Colima en 1794 con instrucciones de revisar personalmente los libros.

—Sus cuentas, padre Hidalgo, muestran una caída que no se explica por la pobreza de la región —le dijo Ceballos, después de dos días revisando los registros—. Se explica por su costumbre de perdonar deudas que no le corresponde a usted perdonar.

—Le corresponde al cura de la parroquia decidir si cobra a un feligrés que no tiene con qué comer, o si prefiere que ese feligrés y sus hijos pasen hambre para que las cuentas del obispado cierren mejor.

—Le corresponde al cura seguir las normas de la diócesis, padre. No inventarse las suyas propias cada vez que su conciencia se lo pide.

—Entonces dígale a su ilustrísima que mi conciencia y las normas de la diócesis no siempre coinciden, y que hasta ahora he preferido escuchar a la primera.

Ceballos anotó la respuesta con una expresión que Miguel interpretó, correctamente, como una advertencia de lo que vendría en su informe final. La reprimenda, cuando llegó por escrito meses después, fue severa pero no tuvo consecuencias inmediatas más allá de una carta de amonestación que Miguel guardó, sin mucho ceremonial, en el mismo cajón donde guardaba las cartas de sus acreedores de Valladolid.

Lo que Colima sí le enseñó, con una intensidad que ningún claustro académico podría haberle enseñado, fue la distancia real entre el clero peninsular que gobernaba la diócesis desde sus despachos cómodos y el clero criollo de provincia que enfrentaba, día a día, la miseria concreta de sus feligreses. Esa distancia se hizo evidente de la manera más directa posible durante una visita pastoral del propio obispo en 1797, en la que Miguel tuvo ocasión de acompañarlo por los barrios más pobres de la parroquia.

—No entiendo cómo puede usted vivir aquí sin desesperarse, padre Hidalgo —le comentó el obispo, un peninsular de modales cuidados que visitaba Colima por primera vez en años—. El calor, las enfermedades, la pobreza... Yo apenas llevo tres días y ya cuento las horas para volver a Valladolid.

—Usted vuelve a Valladolid en tres días, su ilustrísima. Yo llevo aquí cinco años, y me quedan, según parece, varios más.

—¿Y no ha pedido usted un traslado?

—Lo pedí, en su momento. Me dijeron que esta era la penitencia adecuada para mis deudas y para mis ideas. No he vuelto a insistir.

El obispo no respondió a eso, y el silencio que siguió le dijo a Miguel más de lo que cualquier respuesta hubiera podido decirle: que la distancia entre ambos no era solo geográfica, sino de experiencia vivida, y que ningún informe escrito podría cerrarla del todo.

Fue también en Colima donde Miguel volvió a poner en práctica, después de años sin ocasión para hacerlo, la lengua que había aprendido de niño junto al arroyo de Corralejo. Buena parte de la feligresía indígena de la región hablaba náhuatl más que castellano, y aunque el otomí de su infancia no le servía directamente, la facilidad que había desarrollado entonces para moverse entre dos lenguas lo ayudó a aprender, con relativa rapidez, lo suficiente de náhuatl para confesar sin intérprete a quienes lo necesitaban.

—Nunca había visto a un cura de Valladolid hacer el esfuerzo de aprender nuestra lengua —le dijo un anciano de la parroquia, después de una confesión en la que Miguel había tropezado más de una vez con la gramática, pero había insistido hasta el final—. Los que vienen de allá casi siempre esperan que nosotros aprendamos la suya.

—Yo aprendí otra lengua de niño, en la hacienda donde crecí. Tal vez por eso no me parece tan extraño el esfuerzo.

—¿Y le sirvió de algo, esa lengua de niño?

—Todavía no lo sé del todo. Pero sospecho que sí.

Los años en Colima transcurrieron así, entre la administración imposible de una parroquia pobre, la vigilancia constante de un obispado que nunca terminó de confiar en él, y un aprendizaje que Miguel no había buscado pero que terminó por transformarlo más que cualquier lectura de Rousseau o Voltaire: el conocimiento directo, cotidiano, de lo que significaba el hambre para quienes no tenían la opción de perdonarse a sí mismos un diezmo.

En 1798, una fiebre que los médicos de la región no supieron nombrar con precisión recorrió varios pueblos cercanos a Colima, llevándose en pocas semanas a decenas de niños y ancianos. Miguel, que carecía de formación médica más allá de lo que cualquier cura de provincia aprendía por necesidad, pasó buena parte de esas semanas visitando casa por casa, no tanto para administrar sacramentos como para ayudar con lo poco que sabía hacer: hervir agua, mantener alejados a los sanos de los enfermos, insistir en que se enterrara a los muertos lejos de los pozos de donde la gente bebía.

—Padre, usted no es médico —le dijo, casi con reproche, un boticario local que lo encontró una tarde ayudando a cargar el cuerpo de un niño hacia el panteón—. Debería dejar esto a quien sabe.

—Aquí no hay quien sepa, boticario. Hay usted, que sabe algo, y yo, que sé menos, y entre los dos algo se hace. Si esperamos a que llegue alguien que sepa de verdad, para cuando llegue ya no habrá a quién curar.

—¿Y si se contagia usted?

—Entonces me contagiaré haciendo algo, que es mejor que contagiarse esperando en la sacristía a que todo pase.

La epidemia cedió después de dos meses que dejaron a Miguel más flaco y más agotado de lo que había estado nunca, pero también con una relación distinta, más estrecha, con una feligresía que hasta entonces lo había tratado con el respeto formal reservado a cualquier cura recién llegado. Después de esas semanas, el respeto se volvió otra cosa, más parecida a la confianza.

La correspondencia con Joaquín, sostenida durante los once años de Colima con una regularidad que ninguno de los dos hermanos dejó nunca de cumplir, fue el otro hilo constante de esos años. Joaquín, ya párroco de Dolores desde antes de la caída de Miguel en Valladolid, escribía cartas breves, prácticas, casi siempre acompañadas de algún consejo sobre cómo administrar mejor una parroquia pobre.

—Me dices en tu última carta que perdonaste el diezmo de media parroquia otra vez —le escribió Joaquín en 1799, en una carta que Miguel conservó

durante años—. Hermano, te van a correr de Colima igual que te corrieron de Valladolid, y esta vez no vas a tener a dónde ir.

Miguel le respondió, semanas después, con el mismo tono directo que empleaba en persona.

—Prefiero que me corran por perdonar diezmos a que me corran por cobrarlos con el estómago tranquilo. Si algún día tú tienes que elegir entre las dos cosas, hermano, ya me dirás cuál eliges.

Joaquín nunca respondió directamente a esa pregunta, pero tampoco volvió a insistir en el reproche, y en las cartas siguientes empezó, poco a poco, a compartir con Miguel sus propias dudas sobre la administración de Dolores, como si la distancia y los años hubieran terminado por acercar las posturas de ambos hermanos más de lo que ninguno de los dos hubiera admitido en Valladolid.

La noticia que cambiaría de nuevo el rumbo de la vida de Miguel llegó a finales de 1802, en una carta que tardó semanas en alcanzarlo desde Dolores, escrita no por Joaquín sino por el vicario de esa parroquia. Su hermano había muerto de una enfermedad repentina, dejando vacante uno de los curatos más prósperos de la región. Miguel leyó la carta dos veces, sentado en el mismo escritorio donde había recibido, años atrás, la reprimenda del visitador Ceballos.

—Malas noticias, padre —le dijo el vicario que lo había recibido once años antes, ahora ya con el pelo completamente blanco, al verlo con la carta todavía en la mano.

—Mi hermano murió. Dolores necesita un cura nuevo, y por derecho de familia, me corresponde a mí solicitarlo.

—¿Va a pedirlo?

—Voy a pedirlo. No porque me alegre la muerte de mi hermano, que Dios me perdone si alguna vez lo pareciera, sino porque después de once años aquí, no me queda ya ninguna duda de para qué sirve un cura que sabe lo que es no tener nada.

El vicario asintió, sin necesidad de más explicación.

—Va a extrañar Colima, padre Hidalgo, aunque no lo crea ahora mismo.

—Ya extraño Colima, vicario. Llevo extrañándola desde el primer día que llegué, cuando todavía no sabía ni una palabra de náhuatl y creía que el calor me iba a matar antes que las fiebres. Pero eso no significa que no me vaya con gusto.

La solicitud fue aprobada sin mayor trámite pocos meses después, en parte porque el obispado, después de once años de vigilar sin éxito a un cura que insistía en perdonar deudas que no le correspondía perdonar, prefería quizás verlo lejos de su jurisdicción directa antes que seguir lidiando con sus informes. Miguel dejó Colima a mediados de 1803, con cuarenta y nueve años, cargando esta vez algo más que curiosidad y deudas: cargaba también la certeza, ganada a la fuerza durante once años de miseria ajena

y de una epidemia que lo había dejado más flaco y más cercano a su gente, de que la caridad y la administración no siempre pueden convivir sin fricción, y de que él, dado a elegir entre ambas, siempre elegiría la primera.

CAPÍTULO 5

La Francia Chiquita

Dolores, Intendencia de Guanajuato, 1803–1808

Dolores recibió a Miguel con una prosperidad que Colima jamás había conocido. La parroquia, una de las más ricas de la región, contaba con tierras de cultivo, una feligresía numerosa y una casa parroquial amplia que Joaquín había mantenido en buen estado durante sus años como cura, con huertos ya sembrados y una biblioteca modesta que Miguel heredó junto con el curato entero. El primer domingo, después de la misa de bienvenida, un hombre de mediana edad se acercó a saludarlo con una familiaridad que a Miguel le costó un momento reconocer.

—Padre Hidalgo, no sé si me recuerda. Trabajaba en los talleres de Corralejo, hace ya muchos años.

Miguel lo miró con atención, y algo en la forma en que el hombre inclinaba la cabeza, casi con la misma seriedad de un maestro de seis años, le devolvió de golpe la memoria de un arroyo y una palabra en otomí.

—Refugio. Refugio Tepox.

—El mismo, padre. O lo que queda de él después de tantos años y tantas canas.

—¿Qué haces en Dolores? Corralejo está a varios días de aquí.

—Me casé con una mujer de este pueblo, hace ya doce años. Trabajo en la curtiduría desde entonces. Cuando supe que el nuevo cura era usted, no lo podía creer.

—Dähi —dijo Miguel, casi sin pensarlo, señalando hacia el río que corría cerca de la plaza.

Refugio sonrió, la misma sonrisa contenida de la infancia, y respondió sin dudar:

—Ya veo que no se le olvidó.

—Te dije que no se me iba a olvidar nunca.

El reencuentro, breve como fue esa primera mañana, marcó el inicio de una relación que Miguel retomó con una facilidad que sorprendió a ambos, como si los cuarenta años transcurridos desde Corralejo no hubieran sido más que una tarde larga. Refugio, que conocía los oficios artesanales de la región mejor que cualquier otro hombre de la parroquia, se convirtió pronto en una de las primeras personas que Miguel buscó cuando empezó a dar forma a los proyectos que transformarían Dolores en los años siguientes.

—Tengo una idea, Refugio, y necesito gente que sepa de oficios, no de teología ni de latín.

—¿Qué idea, padre? —preguntó Refugio, secándose las manos en el delantal de cuero que nunca terminaba de quitarse del todo.

—Que esta parroquia deje de depender de lo que la Corona decide vendernos desde España. Vides para hacer vino, moreras para criar gusanos de seda, talleres de alfarería y de curtiduría que no dependan de comprar cada cosa terminada a precios que nadie de aquí puede pagar.

—Eso que propone es ir contra el estanco, padre. La Corona no deja que las colonias hagan vino ni sedas, para que sigamos comprándoselo todo a ellos.

—Lo sé. Por eso lo vamos a hacer con cuidado, y por eso te necesito a ti, que sabes de curtiduría más que cualquier libro que yo pueda leer.

Refugio aceptó, y en los meses siguientes los talleres empezaron a tomar forma: primero la curtiduría, ampliada con maquinaria que Miguel financió con lo poco que le quedaba de sus propios recursos; después los primeros viñedos, plantados en tierras que hasta entonces solo producían maíz; finalmente las moreras, traídas con no poca dificultad desde huertos más al sur, para alimentar a los gusanos de seda que Miguel esperaba criar con éxito antes de que terminara la década.

En 1806, un inspector de la Real Hacienda que recorría la región verificando el cumplimiento de los estancos coloniales llegó a Dolores con instrucciones de revisar cualquier actividad productiva que pudiera competir con los monopolios peninsulares.

—Me informan, padre Hidalgo, que en esta parroquia se cultivan vides y se produce vino —le dijo el inspector, un hombre seco de modales cortantes, plantado en medio del taller de Refugio con un cuaderno de notas en la mano.

—Se cultivan algunas vides, sí. Para consumo de la propia parroquia, principalmente.

—La ley es clara en que la producción de vino en las colonias está reservada a la importación desde España, salvo autorización expresa que usted, hasta donde yo sé, no tiene.

—También es clara la ley, inspector, en que un cura debe cuidar de su feligresía, y esta feligresía necesitaba trabajo que no dependiera de esperar barcos que tardan meses en llegar, cuando llegan.

—Eso no es un argumento legal, padre.

—No pretendía que lo fuera. Pretendía que fuera un argumento humano, que a veces pesa más que el legal, aunque los inspectores no siempre estén de acuerdo.

El inspector anotó la infracción en su cuaderno, pero la parroquia de Dolores, protegida en parte por su distancia de los centros de vigilancia

más estrictos y en parte por la discreción con que Miguel procuraba manejar la producción, no sufrió consecuencias inmediatas más allá de esa advertencia. Refugio, que había presenciado toda la escena sin decir palabra, esperó a que el inspector se marchara para hablar.

—Un día de estos, padre, esa gente va a dejar de conformarse con anotar cosas en un cuaderno.

—Lo sé, Refugio. Pero mientras tanto, esta parroquia tiene vino, seda y cuero que antes no tenía, y esa gente de tu taller tiene un salario que antes tampoco tenía. Ya cruzaremos el siguiente puente cuando lleguemos a él.

—Usted no parece cura, padre, parece empresario —le dijo Refugio, una tarde, mientras supervisaban juntos la instalación de los primeros telares.

—Un cura sin recursos no le sirve de nada a su gente, Refugio. Yo aprendí eso en Colima, viendo morir niños que un poco de comida hubiera salvado. Prefiero ser empresario si eso significa que aquí no se repita esa historia.

La casa parroquial, mientras tanto, se convirtió en algo que la propia feligresía empezó a llamar, medio en broma y medio con orgullo, "la Francia Chiquita": un espacio donde las tertulias nocturnas reunían a un grupo variable de vecinos ilustrados, comerciantes con inquietudes intelectuales y algún que otro clérigo de paso, alrededor de una mesa donde se leía a Molière, se tocaba la guitarra y se discutía, con la misma libertad de las noches de Valladolid, ideas que en cualquier otra parroquia del virreinato hubieran levantado sospechas de inmediato.

—Padre Hidalgo, ¿no le preocupa que en esta casa se hable con tanta libertad? —le preguntó una noche un comerciante local, después de una lectura particularmente subida de tono de un pasaje de Voltaire.

—Me preocupa más el silencio que la libertad, si le soy honesto. Ya viví antes lo que cuesta hablar de más. Prefiero pagar ese precio otra vez que pagar el de no haber dicho nada.

—Eso lo dice porque todavía no le ha tocado pagarlo dos veces, padre.

—Puede ser. Pero si me toca, prefiero que sea por hablar, y no por callar.

La vida privada de Miguel, en esos años, tomó también una forma que la parroquia entera conocía y que nadie, al menos en público, se atrevía a cuestionar demasiado abiertamente. Josefa Quintana, una mujer de la localidad con quien Miguel mantuvo una relación estable durante buena parte de esos años, dio a luz a Agustina en 1804, y poco después nacieron también Josefa y Lino Mariano, hijos de Miguel reconocidos dentro de la intimidad de la casa parroquial aunque no ante los registros formales de la diócesis.

—¿Nunca te preocupa lo que dirán de nosotros, Miguel? —le preguntó Josefa Quintana una noche, mientras lo veía revisar unos apuntes sobre la cosecha de morera del año siguiente.

—Me preocupa más lo que dirían si viviéramos con miedo de lo que ya piensan de todos modos. La gente de este pueblo nos quiere, Josefa, y el

obispado está demasiado lejos para que su opinión pese más que la de nuestros propios vecinos.

—El obispado no siempre está lejos. A veces manda gente a acercarse.

—Cuando esa gente llegue, ya veremos qué hacer. Mientras tanto, prefiero vivir la vida que tengo, en vez de la que otros querrían que tuviera.

Josefa no insistió, aunque la inquietud, según recordaría después la propia Agustina ya adulta, nunca terminó de abandonar del todo a su madre durante esos años en Dolores.

—Padre, la gente habla —le advirtió una vez el sacristán de la parroquia, un hombre mayor que había servido ya a tres curas distintos en Dolores—. No de mala manera, casi siempre con cariño, pero habla.

—Que hable, sacristán. Yo no le he pedido a nadie que calle lo que ve. Solo le pido a Dios que entienda mejor que algunos hombres lo que significa cuidar de quien uno quiere.

Las tardes con los niños, cuando la administración de los talleres y la parroquia se lo permitían, se convirtieron en uno de los pocos espacios donde Miguel dejaba completamente de lado al Rector caído, al párroco vigilado, al hombre de tertulias que la diócesis observaba con desconfianza creciente. Agustina, la mayor, mostró desde pequeña una curiosidad que a Miguel le resultaba dolorosamente familiar.

—Papá, ¿por qué tú sabes tantas lenguas? —le preguntó una tarde, mientras Miguel le enseñaba las primeras letras, de la misma manera en que el padre Anselmo se las había enseñado a él, décadas atrás.

—Porque de niño tuve un amigo que me enseñó la suya, y yo le enseñé la mía. Y después, en el colegio, aprendí otras más.

—¿Y ese amigo todavía existe?

—Existe, y trabaja aquí mismo, en la curtiduría. Un día te lo voy a presentar, para que le preguntes tú misma cómo se dice agua en otomí.

Refugio, cuando Miguel cumplió esa promesa semanas después, recibió a la niña con la misma paciencia con que había recibido, cuarenta años atrás, a un niño de siete años junto a un arroyo del Bajío.

—Dähi —le dijo, señalando un cántaro de agua fresca sobre la mesa del taller.

—Dähi —repitió Agustina, con el mismo esfuerzo torpe que su padre había puesto en la misma palabra, según Miguel le contaría después entre risas.

—Se equivoca igual que él, padre. Debe ser cosa de familia.

Los talleres de Dolores prosperaron con una velocidad que sorprendió incluso a Miguel, y hacia 1807 la parroquia producía vino, seda cruda, loza y cuero suficiente no solo para el consumo local, sino para el comercio con poblaciones vecinas, siempre con el cuidado necesario para no llamar la atención de las autoridades encargadas de vigilar el cumplimiento de los monopolios coloniales. Ese mismo año, sin embargo, empezaron a llegar a

la casa parroquial rumores de que ciertas denuncias, motivadas tanto por envidia de vecinos como por genuina indignación de algún clérigo conservador, habían llegado ya a oídos de la Inquisición.

—Padre, dicen que hay quejas sobre usted en México —le advirtió Refugio, una tarde, con la misma seriedad con que años atrás le había advertido sobre el peso del tributo—. No de los talleres, esas dicen que no les importan a los inquisidores. De lo que se dice en las tertulias, y de lo que se sabe de Agustina y de los otros niños.

—Ya me lo temía, Refugio. No es la primera vez que alguien me denuncia por hablar de más.

—¿Y esta vez qué va a hacer?

—Lo mismo que hice siempre. Defender lo que pienso, tan bien como puedo, y esperar a ver si el argumento me alcanza para salir bien librado. Ya me ha funcionado antes.

—Antes se jugaba una rectoría, padre. Esta vez se juega algo más.

—Lo sé, Refugio. Créeme que lo sé mejor de lo que tú mismo alcanzas a imaginar.

Miguel no respondió de inmediato a eso, y el silencio que siguió, largo y poco habitual en un hombre que rara vez se quedaba sin palabras, le dijo a Refugio más de lo que cualquier respuesta hubiera podido decirle. Afuera, en el patio de la curtiduría, los aprendices seguían trabajando el cuero como si nada hubiera cambiado, y por un momento Miguel se preguntó cuánto tiempo más podría sostener, sin que nadie fuera de Dolores lo notara, el equilibrio precario entre la parroquia próspera que había construido y el hombre que la diócesis, cada vez con más insistencia, empezaba a vigilar de cerca.

CAPÍTULO 6

El expediente del Santo Oficio

Dolores y Ciudad de México, 1808–1809

La denuncia que puso en marcha el proceso llegó, como Miguel había temido desde la advertencia de Refugio, de dentro de la propia región. Un cura vecino, el párroco de un pueblo cercano llamado Manuel Mariano de Iturriaga, envió a la Inquisición de la Ciudad de México un escrito detallado sobre las conversaciones que se sostenían en las tertulias de la Francia Chiquita, y sobre la vida privada del cura de Dolores, que la parroquia entera conocía pero que ningún documento oficial había recogido todavía con ese nivel de detalle.

—Dicen que fue Iturriaga —le dijo Refugio, una tarde de principios de 1808, cuando la noticia del escrito ya circulaba por el pueblo antes de que la propia Inquisición hubiera actuado—. Nunca le perdonó que usted no le

prestara los libros que le pidió hace dos años, ni que sus talleres prosperaran mientras los suyos apenas sobreviven.

—No fue solo eso, Refugio. Iturriaga cree de verdad que lo que decimos en esta casa ofende a Dios. Yo creo que se equivoca, pero no dudo de que él lo crea sinceramente.

—¿Y eso lo hace menos peligroso?

—No. Solo lo hace más difícil de convencer con argumentos, que es lo único que yo sé usar.

La citación formal llegó meses después, a mediados de 1809, en forma de una carta sellada que un mensajero del Santo Oficio entregó personalmente en la casa parroquial, después de un viaje de varios días desde la capital que el propio mensajero se quejó de haber tenido que hacer con ese calor. Miguel la leyó de pie, en la puerta, con Refugio y Josefa Quintana observando desde el patio.

—Me piden presentarme en la Ciudad de México, ante el tribunal, para responder a una serie de cargos —dijo Miguel, doblando la carta despacio—. Tengo que salir antes de que termine el mes.

—¿Qué cargos, Miguel? —preguntó Josefa, con una voz que no lograba disimular del todo la preocupación.

—Los que ya nos temíamos. Que niego la virginidad perpetua de la Virgen, que llamo tiranos a los papas, que dudo de que el infierno sea un lugar físico, que leo libros prohibidos, que vivo en concubinato. Ninguno es mentira del todo, si he de ser honesto contigo, aunque cada uno está torcido lo suficiente para sonar peor de lo que es.

—¿Y qué va a pasar si no logra convencerlos de que están torcidos?

Miguel no respondió de inmediato, y el silencio, según recordaría después la propia Agustina, ya con doce años y edad suficiente para entender el peso de la pregunta de su madre, se extendió más de lo que ninguno de los presentes hubiera querido.

—Entonces probablemente pierda algo más que una rectoría, Josefa. Pero de aquí a la Ciudad de México hay tiempo de sobra para pensar en cómo defenderme, y prefiero usarlo en eso que en imaginar lo peor antes de que ocurra.

El viaje tomó casi dos semanas, por caminos que el propio Miguel ya conocía de sus años de estudiante pero que ahora recorría con una compañía muy distinta a la de aquellos tiempos, y Miguel llegó a la capital del virreinato en un estado de ánimo que oscilaba, según las cartas que enviaba de regreso a Dolores, entre la determinación y algo que él mismo, con la honestidad que lo caracterizaba en privado, no dudaba en llamar miedo. La primera audiencia ante el tribunal tuvo lugar en un salón austero del edificio del Santo Oficio, frente a tres inquisidores que Miguel no conocía y que lo observaron, según describiría después a Abad y Queipo en una

carta, con la misma frialdad profesional con que un médico examina un síntoma antes de dictar el diagnóstico.

—Padre Hidalgo, se le acusa de sostener, en conversaciones privadas, que la Santísima Virgen no conservó su virginidad después del parto —dijo el inquisidor de mayor rango, un hombre de voz pausada que leía los cargos de un documento sin levantar demasiado la vista—. ¿Qué tiene usted que responder a esto?

—Que en una tertulia, hace ya más de dos años, se discutió esa cuestión como se discuten cuestiones teológicas complejas desde hace siglos en cualquier universidad de la cristiandad, sin que eso signifique que yo sostenga como cierta la posición contraria a la doctrina de la Iglesia.

—¿Niega entonces haber sostenido esa opinión como propia?

—Sostengo que discutir una pregunta no es lo mismo que responderla, su señoría, y que un teólogo formado en Valladolid, como yo lo fui, sabe distinguir entre plantear una duda escolástica y negar un dogma.

El segundo cargo, sobre sus comentarios acerca de la autoridad papal, recibió una respuesta similar, construida con la misma habilidad retórica que le había ganado, décadas atrás, el apodo de El Zorro entre sus compañeros de San Nicolás.

—Se le acusa también de haber llamado tiranos a algunos papas de la historia de la Iglesia.

—A algunos papas concretos, de siglos concretos, cuya conducta histórica está documentada y discutida por historiadores eclesiásticos que ningún tribunal ha condenado por ello. No he llamado tirano al papado como institución, sino a hombres particulares que ocuparon ese cargo y que actuaron, según registran las propias crónicas de la Iglesia, con una crueldad que cualquier cristiano honesto reconocería como tal.

El tercer cargo, sobre los libros que se leían en las tertulias de Dolores, obligó a Miguel a un ejercicio de matiz todavía más delicado que los anteriores.

—Se le acusa, padre Hidalgo, de poseer y de leer en voz alta obras incluidas en el Índice de libros prohibidos: Rousseau, Voltaire, Montesquieu.

—Poseo algunos de esos libros, sí, y no lo voy a negar. Los leo con el mismo espíritu con que un médico estudia una enfermedad: para entenderla, no para padecerla. Un cura que no conoce las ideas que circulan en su época es un cura que no puede defender a su feligresía de ellas.

—Esa lógica, padre Hidalgo, podría usarse para justificar la lectura de cualquier herejía.

—Podría, su señoría, si se aplicara sin criterio. Yo no le he entregado esos libros a mis feligreses para que los lean sin guía. Los he leído yo, y cuando alguien en mi tertulia quiere discutirlos, discuto con ellos desde la fe que profeso, no desde la duda que esos autores proponen.

—¿Y siempre gana usted esa discusión, padre?

—No siempre, su señoría. Pero eso no es un defecto del método. Es la prueba de que la discusión es honesta.

El inquisidor anotó la respuesta sin comentario, y pasó al siguiente cargo, en lo que se convirtió en una sesión de varias horas donde Miguel defendió, punto por punto, cada una de las acusaciones teológicas con el mismo método que había perfeccionado en los debates escolásticos de su juventud: nunca negando del todo el hecho de la conversación, pero matizando siempre su alcance, su intención, su distancia de la herejía formal.

—Queda un último asunto, padre Hidalgo, de naturaleza distinta a los anteriores —dijo el inquisidor, cerrando el documento de cargos teológicos y abriendo uno nuevo—. Se le acusa de mantener una vida de concubinato, y de tener hijos reconocidos fuera del matrimonio.

Este cargo, a diferencia de los anteriores, no admitía la misma clase de matiz retórico, y Miguel lo supo desde el momento en que escuchó la pregunta.

—Eso no lo voy a negar, su señoría, porque sería mentir ante este tribunal, y prefiero cualquier condena a mentir. He faltado a mi voto de celibato, y tengo hijos que reconozco como propios y que amo como cualquier padre.

—¿Comprende usted la gravedad de esa falta para un sacerdote?

—La comprendo. Y comprendo también que muchos sacerdotes de esta misma diócesis, algunos con puestos más altos que el mío, han cometido faltas semejantes sin que este tribunal los haya llamado nunca a declarar. No lo digo para excusarme, sino porque me parece que la justicia, si ha de aplicarse, debería aplicarse por igual.

El comentario, arriesgado incluso para un hombre con la lengua de Miguel, no pareció alterar visiblemente al inquisidor, que simplemente cerró el documento y anunció que el tribunal deliberaría antes de emitir cualquier resolución. Las semanas siguientes, que Miguel pasó en la Ciudad de México alojado en casa de un antiguo conocido de sus años de estudiante, transcurrieron con una lentitud que él mismo describiría después como la más angustiosa espera de toda su vida hasta ese momento.

—¿Qué va a hacer si lo condenan? —le preguntó su anfitrión, una noche, mientras cenaban en un silencio que ninguno de los dos lograba llenar del todo con conversación trivial, ni siquiera con los recuerdos comunes de sus años de estudiante que en otra ocasión hubieran bastado para animar la mesa.

—No lo sé todavía. Supongo que lo mismo que hice en Colima cuando me redujeron el sueldo, y lo mismo que hice en Valladolid cuando perdí la rectoría: aceptar el golpe, y buscar la manera de seguir siendo útil desde donde me dejen estar.

La resolución, cuando finalmente llegó, no fue la condena que Miguel había temido ni la absolución completa que hubiera preferido. El tribunal, citando falta de pruebas concluyentes sobre los cargos teológicos más graves y una laxitud administrativa que, según reconocería después Abad y Queipo en privado, no era infrecuente en procesos similares de la época, decidió suspender el proceso sin cerrarlo del todo, dejando el expediente abierto para una eventual reactivación si en el futuro surgían pruebas adicionales.

—El proceso queda suspendido, padre Hidalgo —le informó el mismo inquisidor que había dirigido las audiencias, en una reunión breve donde le comunicaron la decisión, sin que en su tono hubiera ni alivio ni satisfacción —. Puede usted regresar a su parroquia. Pero el expediente permanece abierto.

—¿Qué significa eso en la práctica, su señoría?

—Significa que este tribunal ha decidido no proceder por ahora. No significa que haya olvidado lo que aquí se discutió.

Miguel regresó a Dolores semanas después, con el mismo alivio de quien ha esquivado un golpe sin saber con certeza si el siguiente lo alcanzará. Josefa Quintana lo recibió en la puerta de la casa parroquial, con Agustina aferrada a su falda y los dos hijos menores durmiendo ya a esas horas de la noche.

—Pensé que no ibas a volver, Miguel. Las semanas sin noticias se hicieron eternas.

—Yo también lo pensé, más de una vez, sentado en ese salón austero esperando que tres hombres decidieran mi suerte.

—¿Y qué decidieron?

—Que el proceso queda suspendido. No cerrado, Josefa. Suspendido, que es una palabra que suena a alivio pero que en realidad no promete nada.

—¿Entonces podrían volver a llamarte?

—Podrían, si algún día les conviene. Pero por ahora, estoy aquí, contigo y con los niños, y eso es más de lo que me atrevía a esperar hace un mes.

Refugio lo recibió también, en las afueras del pueblo, adelantándose a caballo para acompañarlo el último tramo del camino.

—¿Y bien, padre? ¿Qué pasó allá?

—Sobreviví, Refugio. Pero el expediente sigue abierto, como una espada que alguien decidió no bajar del todo, mientras sigue colgada justo encima de mi cabeza, esperando quién sabe qué para caer.

—¿Y ahora qué?

—Ahora sigo siendo cura de Dolores, sigo con mis talleres, sigo con mis tertulias, porque no sé vivir de otra manera y ya es tarde para aprender a vivir de otra. Pero por primera vez en mi vida, Refugio, entiendo con claridad que esta estructura, tarde o temprano, va a encontrar la manera de alcanzarme. La única pregunta que me queda es si voy a esperarla sentado, o si voy a hacer algo antes de que llegue.

Refugio no respondió de inmediato, y los dos hombres cabalgaron el resto del trayecto hacia Dolores en silencio, con la misma clase de silencio que años atrás, junto a un arroyo de Corralejo, había significado más que cualquier palabra que ninguno de los dos supiera todavía cómo pronunciar, y que ahora, entre dos hombres ya entrados en años, seguía significando exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 7

Un rey preso y un virreinato sin dueño

Dolores y el Bajío, 1808–1809

La noticia llegó a Dolores en fragmentos, como llegaban entonces casi todas las noticias importantes al interior de la Nueva España: primero un rumor traído por un arriero que había pasado por Querétaro, después una carta de un comerciante de la Ciudad de México, y finalmente, semanas más tarde, una gaceta oficial que confirmaba lo que ya nadie en Dolores dudaba. Napoleón Bonaparte había invadido España, había forzado la abdicación de Carlos IV y de su hijo Fernando VII, y había puesto en el trono español a su propio hermano, José Bonaparte. El rey de la Nueva España, el hombre en cuyo nombre se gobernaba un imperio entero, estaba preso en Francia.

—Esto no es una noticia de allá, Refugio —le dijo Miguel, la primera noche que discutieron el asunto con algo de detalle, mientras revisaban juntos la gaceta llegada de la capital—. Esto es una noticia de aquí, aunque todavía nadie en Dolores parezca entenderlo del todo.

—¿Por qué de aquí, padre? El rey preso está en Europa, a miles de leguas.

—Porque todo lo que sostiene el gobierno de esta tierra descansa en la idea de que existe un rey legítimo al que obedecer. Si el rey ya no gobierna, ¿en nombre de quién gobierna el virrey? ¿En nombre de un rey preso, de un hermano de Napoleón que nadie aquí reconoce, o en nombre de nadie?

—¿Y quién decide esa pregunta?

—Esa, Refugio, es exactamente la pregunta que en este momento se está discutiendo en la Ciudad de México, y sospecho que se va a seguir discutiendo, con las armas si hace falta, en muchas otras partes de esta tierra antes de que termine.

La discusión que Miguel anticipaba no tardó en manifestarse. El ayuntamiento de la Ciudad de México, integrado en su mayoría por criollos, reclamó que ante la ausencia de un rey legítimo, la soberanía debía recaer temporalmente en los cuerpos de gobierno locales, es decir, en ellos mismos, hasta que Fernando VII pudiera regresar al trono. La Real Audiencia, integrada casi exclusivamente por peninsulares, rechazó de plano esa interpretación, y el virrey José de Iturrigaray, que había mostrado cierta simpatía hacia las posiciones criollas, terminó depuesto en

septiembre de 1808 por un golpe organizado por comerciantes y funcionarios peninsulares que temían perder el control del virreinato.

Esa misma noche, en la mesa de la casa parroquial, Agustina, que ya para entonces tenía edad suficiente para seguir de cerca las conversaciones de su padre, hizo la pregunta que en el fondo ocupaba a toda la región.

—Papá, si ya no hay rey, ¿quién manda entonces en México?

—Esa es exactamente la pregunta que todos se están haciendo, hija, y por ahora nadie tiene una respuesta que convenza a todo el mundo.

—¿Y tú qué crees que debería pasar?

Miguel miró a su hija un momento, sopesando cuánto de lo que pensaba de verdad podía compartir con una niña de esa edad sin asustarla, y decidió, como haría cada vez con mayor frecuencia en los meses siguientes, no guardarse nada.

—Creo que debería mandar quien de verdad conoce esta tierra y a su gente, y no quien la administra desde lejos pensando solo en lo que le conviene a España. Pero eso, Agustina, es una opinión que en otras bocas ya ha costado caro, así que prefiero que la guardes para esta mesa, por ahora.

—Depusieron al virrey, padre —le informó Refugio, semanas después, con una gaceta nueva en la mano—. Dicen que unos comerciantes españoles de la capital lo sacaron de su propio palacio en plena noche.

—¿Y quién gobierna ahora?

—Un anciano, dicen. Un mariscal que ya ni caminar puede bien.

—Entonces el mensaje no podría ser más claro, Refugio. Cuando los criollos intentan reclamar autoridad propia, aunque sea en nombre del mismo rey al que todos dicen ser leales, los peninsulares responden con un golpe. Eso no es lealtad a la corona. Es miedo a perder el control.

—¿Y eso qué significa para nosotros, aquí en Dolores?

—Todavía no lo sé del todo, Refugio. Pero sospecho que significa que el equilibrio que hemos sostenido durante años, entre lo que decimos en privado y lo que hacemos en público, no va a poder sostenerse mucho más tiempo. Algo se está moviendo, aunque desde aquí todavía no alcancemos a ver del todo hacia dónde.

Fue en ese clima de incertidumbre creciente, con las tertulias de la Francia Chiquita convertidas ya en un espacio donde la política ocupaba tanto tiempo como la teología o la literatura, cuando Miguel conoció formalmente a Ignacio Allende, capitán del regimiento de Dragones de la Reina, con guarnición en San Miguel el Grande, a poca distancia de Dolores. El encuentro ocurrió en una de las tertulias nocturnas, a mediados de 1809, después de que un conocido común insistiera en presentarlos.

—Padre Hidalgo, tengo el gusto de presentarle al capitán Ignacio Allende, de los Dragones de la Reina —dijo el anfitrión de esa noche, un comerciante

de San Miguel que frecuentaba tanto las tertulias de Dolores como los círculos militares de su propia ciudad.

—Había oído hablar de usted, capitán. Dicen que es de los pocos oficiales criollos con mando real en esta región.

—Y yo había oído hablar de usted, padre, aunque debo confesar que lo que había oído tenía menos que ver con teología y más con cierto expediente en la Ciudad de México.

Miguel sonrió, sin ofenderse, ante la franqueza del comentario.

—Ese expediente, capitán, está suspendido, no cerrado. Es una distinción que empiezo a apreciar más de lo que debería.

—Suspendido o no, padre, un hombre que ha sostenido lo que usted ha sostenido frente al Santo Oficio y ha salido con vida para contarlo, me parece más interesante que la mayoría de los curas que conozco.

La conversación entre ambos, sostenida esa primera noche durante varias horas mientras el resto de la tertulia se dispersaba poco a poco, reveló desde el principio una diferencia de temperamento que definiría toda su relación futura. Allende, formado en la disciplina militar, hablaba de la crisis política con la precisión de quien ya calculaba movimientos y contingencias; Miguel, formado en la disputa escolástica, hablaba con la amplitud de quien todavía exploraba las implicaciones morales de lo que estaba ocurriendo.

—Lo que yo veo, padre Hidalgo, es una oportunidad —dijo Allende, bajando la voz aunque en la casa ya no quedaban más que ellos dos y el anfitrión, que fingía ordenar unos papeles cerca de la puerta—. Los peninsulares acaban de demostrar, con el golpe contra Iturrigaray, que no van a ceder autoridad de manera pacífica. Eso significa que quien quiera gobernar esta tierra con criterio propio, va a tener que estar dispuesto a tomarla.

—¿Tomarla cómo, capitán?

—Con las armas, si es necesario. Yo tengo mando sobre soldados criollos que, en su mayoría, comparten el mismo resentimiento que cualquier otro criollo de esta región hacia el trato que reciben de los peninsulares. No sería difícil organizar algo, si se hiciera con cuidado y con los aliados correctos.

—¿Y qué clase de gobierno tomaría el lugar del que se derrocara?

—Una junta, probablemente. Gobernando en nombre de Fernando VII hasta que pueda regresar al trono, con autoridad criolla en los puestos que hoy ocupan peninsulares.

Miguel se quedó pensativo un momento, sopesando la propuesta con la misma atención con que había sopesado, décadas atrás, la pregunta de un niño otomí sobre la justicia del tributo.

—Lo que usted propone, capitán, resuelve quién manda. No resuelve por qué durante trescientos años la gente de esta tierra, sobre todo la gente que no es ni criolla ni peninsular, ha tenido que pagar tributo, entregar su

trabajo y aceptar su lugar más bajo en una jerarquía que nadie le preguntó si aceptaba.

—Eso es un problema distinto, padre.

—Puede ser un problema distinto para usted, capitán. Para mí, después de once años viendo morir niños de hambre en Colima y de ver cómo se cobra tributo a familias que apenas sobreviven, no me parece tan distinto.

Allende no respondió de inmediato, y el silencio que siguió, aunque breve, dejó entrever ya la tensión que definiría, año y medio después, buena parte de las decisiones más difíciles de la insurgencia: un militar que veía en la crisis una oportunidad de reorganizar el poder entre las élites, y un cura que veía, además de esa oportunidad, una posibilidad mucho más amplia y más peligrosa de tocar.

—Quizás, padre Hidalgo, ambos problemas resulten más parecidos de lo que ahora nos parece. Si alguna vez decidimos actuar, tal vez la única manera de conseguir el apoyo suficiente sea prometiendo resolver los dos a la vez, aunque solo uno de nosotros esté pensando de verdad en el segundo.

—Esa, capitán, me parece la primera cosa completamente honesta que me ha dicho usted esta noche.

Los dos hombres se despidieron esa madrugada sin ningún compromiso formal, pero con la certeza compartida, según reconstruiría después el propio comerciante que los había presentado, de que aquella conversación no sería la última.

Allende regresó a Dolores dos meses después, ya sin la excusa de una tertulia general, sino en una visita que ambos entendieron desde el principio como algo más deliberado.

—He hablado con algunos oficiales de mi confianza, padre Hidalgo. Y con un par de comerciantes de Querétaro dispuestos a poner dinero si la causa se organiza con seriedad.

—¿Y qué causa es esa, capitán, exactamente? La última vez que hablamos, usted hablaba de una junta en nombre de Fernando VII. Yo hablaba de otra cosa.

—Sigo pensando en la junta, padre. Pero he pensado también en lo que usted me dijo esa noche, y no he logrado sacármelo de la cabeza. Un movimiento que solo cambie quién manda, sin tocar cómo vive la gente que no manda nunca, corre el riesgo de no conseguir el apoyo que necesita para triunfar.

—Ahora sí me sorprende usted, capitán.

—No me sorprenda tan rápido, padre. Sigo siendo, ante todo, un militar, y un militar piensa primero en la fuerza necesaria para ganar. Si esa fuerza requiere promesas más amplias de las que en un principio me convencían, entonces las haré, aunque no todos los que me acompañan estén de acuerdo con ellas.

—¿Y quiénes son esos que lo acompañan?

—Juan Aldama, capitán como yo, de temperamento más cauto. Mariano Abasolo, otro oficial, más joven, más impulsivo. Y en Querétaro, el corregidor Miguel Domínguez y su esposa, doña Josefa Ortiz, que tiene tantas ganas de que esto avance como cualquiera de nosotros, quizás más.

—¿Una mujer, en una conjura militar?

—Una mujer que ha abierto su propia casa para que nos reunamos sin levantar sospechas, padre, y que discute estrategia con más cabeza fría que la mitad de los oficiales que conozco. No la subestime solo porque nunca ha llevado uniforme.

Miguel asintió, guardando ese nombre con el mismo cuidado con que guardaba, desde niño, cualquier información que sospechaba que algún día habría de sernos útil.

—Entonces, capitán, dígame qué necesita usted de mí, porque supongo que no ha venido hasta Dolores dos veces solo para conversar de filosofía política.

—Necesito su influencia, padre. Usted tiene, entre la gente de esta región, un respeto que ningún oficial puede comprar ni ordenar. Si esto ha de convertirse en algo más que una conjura de unos cuantos militares descontentos, va a necesitar la voz de alguien a quien el pueblo ya escucha.

—¿Y si esa voz termina pidiendo más de lo que ustedes están dispuestos a dar?

—Entonces, padre Hidalgo, ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Por ahora, le pido solamente que piense en unirse a nosotros. El resto lo iremos decidiendo juntos, si es que decide acompañarnos.

En los meses siguientes, la red de oficiales criollos descontentos, párrocos con inquietudes similares a las de Miguel y comerciantes dispuestos a financiar lo que fuera necesario, empezó a tejerse, despacio y con el cuidado que la experiencia inquisitorial de Miguel le había enseñado a valorar, alrededor de una ciudad que hasta entonces nadie hubiera señalado como el epicentro de nada: Querétaro.

CAPÍTULO 8

La Corregidora y la conjura de Querétaro

Querétaro, mayo–septiembre de 1810

La casa del corregidor de Querétaro, Miguel Domínguez, no tenía nada de excepcional visto desde la calle: una fachada sobria, un patio interior como cualquier otro de la ciudad, y un despacho donde el corregidor recibía, con la regularidad esperable de su cargo, a comerciantes, funcionarios y clérigos de paso, sin que ningún vecino sospechara jamás lo que empezaba a discutirse tras esas paredes. Lo que la fachada no dejaba ver era que,

desde principios de 1810, ese mismo patio se había convertido en el punto de encuentro más constante de una red de conjurados que crecía cada mes con nuevos nombres, y que la persona que sostenía esa red unida, con una disciplina que ni su propio marido alcanzaba a igualar, era su esposa, Josefa Ortiz.

—Miguel, no puedes seguir recibiendo a esta gente en mi propia casa sin que yo sepa exactamente qué se está discutiendo —le dijo Josefa a su marido, una noche de mayo de 1810, después de que Allende y Aldama se hubieran retirado ya tarde de una de las primeras reuniones formales.

—Es mejor que sepas lo menos posible, Josefa. Si esto algún día se descubre, quiero que puedas decir con toda honestidad que no sabías nada.

—Eso no me protege a mí, Miguel. Me deja fuera de algo que de todos modos va a suceder en mi propia casa, y prefiero saber en qué me estoy metiendo a que me sorprenda un día la Real Audiencia tocando a mi puerta.

El corregidor cedió, no sin resistencia, y desde esa noche Josefa participó en las reuniones con una atención que pronto la convirtió en algo más que una anfitriona discreta. Escuchaba las discusiones sobre armamento, sobre fechas posibles, sobre qué ciudades del Bajío podrían sumarse primero, y hacía preguntas que, según recordaría después el propio Allende en su correspondencia, obligaban a los conjurados a precisar planes que hasta entonces habían discutido con más entusiasmo que rigor.

—Capitán Allende, dice usted que cuenta con el apoyo de la tropa de San Miguel. ¿Cuenta con el apoyo, o cuenta con la obediencia? —le preguntó Josefa, en una de las primeras reuniones a las que asistió abiertamente.

—¿Cuál es la diferencia, doña Josefa? —preguntó Allende, genuinamente descolocado por la pregunta, como quien no esperaba que se la hicieran en voz tan alta ni con tanta seguridad.

—La obediencia se rompe en cuanto alguien da una orden distinta a la que usted dio. El apoyo se sostiene incluso cuando las cosas se complican. Usted necesita lo segundo, no lo primero, y hasta ahora no le he oído explicar cómo piensa conseguirlo.

Allende se quedó momentáneamente sin respuesta, y Miguel Hidalgo, que asistía a esa reunión como uno más de los conjurados ya comprometidos con la causa desde hacía meses, no pudo evitar una media sonrisa ante la escena.

—Doña Josefa tiene razón, capitán. Y me atrevo a decir que hace la misma pregunta que yo le hice a usted la primera noche que hablamos en Dolores, solo que con menos paciencia de la que yo tuve, y probablemente con mejor puntería.

—Con la diferencia, padre Hidalgo, de que a usted el capitán le dio tiempo para pensarlo. A mí me gustaría una respuesta esta misma noche.

La red de conjurados, para mediados de 1810, incluía ya a un número considerable de nombres que se reunían con distintos grados de frecuencia

y de compromiso: Juan Aldama, capitán de temperamento cauto que solía moderar los impulsos más arriesgados de Allende; Mariano Abasolo, más joven e impulsivo, siempre dispuesto a adelantar los plazos que los demás preferían dilatar; el propio corregidor Miguel Domínguez, cuya posición oficial le permitía enterarse de movimientos de las autoridades realistas antes que nadie, aunque también lo obligaba a la cautela más estricta; y Miguel Hidalgo, cuya presencia en las reuniones se había vuelto, para entonces, tan constante como la de cualquier militar del grupo.

Aldama, en particular, se convirtió durante esos meses en un contrapeso constante frente al entusiasmo de Allende, que en más de una ocasión proponía adelantar fechas o sumar oficiales nuevos con una velocidad que a Aldama le parecía imprudente y, en el fondo, más propia de la ansiedad que de la estrategia.

—Ignacio, cada nombre que sumamos es un nombre más que puede delatarnos, por accidente o por miedo —le dijo Aldama, una tarde de junio, después de que Allende propusiera incorporar a dos oficiales más de una guarnición vecina.

—Cada nombre que sumamos, Juan, es también un fusil más el día que esto estalle. No podemos esperar a tener la certeza absoluta de cada hombre, porque esa certeza nunca llega.

—No pido certeza absoluta. Pido que no confundamos entusiasmo con criterio, Ignacio, porque son dos cosas muy distintas y tú llevas semanas tratándolas como si fueran la misma.

Josefa, que presenciaba buena parte de estas discusiones desde su lugar habitual cerca de la puerta del despacho, no tardó en intervenir con la misma franqueza que ya empezaba a caracterizarla ante los conjurados.

—El capitán Aldama tiene razón, y no es la primera vez que lo digo esta semana. Prefiero que avancemos más despacio y lleguemos completos, a que avancemos rápido y perdamos la mitad del camino por el descuido de alguien a quien nadie conoce bien.

—Padre Hidalgo, hay algo que quiero preguntarle directamente, ya que el capitán Allende parece preferir rodear el asunto —le dijo Josefa, en una reunión de julio de 1810, cuando ya empezaban a discutirse fechas concretas—. Si esto llega a estallar, ¿usted qué espera conseguir, más allá de lo que espera el capitán?

—Espero que se acabe el tributo indígena. Espero que se abra la posibilidad de que la gente que trabaja esta tierra tenga algo más que la obligación de entregarle su cosecha a quien no la trabaja. El capitán espera, si no me equivoco, que el gobierno de esta tierra pase de manos peninsulares a manos criollas. Yo espero eso también, mientras cambie algo más además de quién firma los decretos, porque de lo contrario habremos cambiado de amo sin cambiar de suerte.

—Eso es mucho más de lo que el capitán ha estado prometiendo a los oficiales que ha reclutado.

—Lo sé, doña Josefa. Y sospecho que cuando llegue el momento, esa diferencia va a costarnos más de un desacuerdo entre nosotros.

Josefa no respondió de inmediato, pero la mirada que cruzó con su marido, según reconstruiría después la memoria familiar de los Domínguez, dejaba entrever que ambos habían entendido, mucho antes que la mayoría de los presentes, que la conjura que se gestaba en su propia casa no era un movimiento unificado con un solo objetivo, sino una alianza frágil entre visiones que en algún momento tendrían que reconciliarse o romperse.

Las reuniones continuaron durante el verano de 1810, con una frecuencia cada vez mayor y con una lista de simpatizantes que se extendía más allá de Querétaro, hacia San Miguel el Grande, hacia Dolores, hacia varias haciendas y pueblos del Bajío donde oficiales, comerciantes y algún que otro párroco compartían, con distintos grados de compromiso, el mismo descontento hacia el gobierno peninsular. Josefa, mientras tanto, se convirtió en la memoria organizativa de la conjura, la persona que llevaba cuenta de quién sabía qué, de quién podía confiarse y de quién empezaba a mostrar signos de duda.

—Hay alguien que me preocupa, Miguel —le dijo a su marido, una noche de agosto, después de que un nuevo simpatizante hubiera asistido por primera vez a una reunión—. El hombre que trajo Abasolo esta noche hacía demasiadas preguntas y ofrecía muy pocas respuestas sobre sí mismo.

—Abasolo responde por él.

—Abasolo responde por mucha gente que no siempre merece esa confianza, Miguel. Se lo voy a decir al capitán Allende la próxima vez que lo vea. Si esto se descubre antes de tiempo, no va a ser por falta de valentía de ninguno de nosotros. Va a ser por exceso de confianza en quien no debía tenerla.

La advertencia de Josefa, que Allende recibió con la misma seriedad con que había empezado a recibir, desde julio, todas las observaciones de la Corregidora, no bastó para cerrar del todo la red a nuevos riesgos.

El propio Miguel Domínguez, cada vez más consciente de la magnitud de lo que se gestaba bajo su propio techo, empezó a mostrar signos de una cautela que rozaba ya el temor abierto.

—Josefa, cada día que pasa esto crece más, y cada día que crece, más difícil se vuelve controlarlo —le dijo a su esposa, una noche de finales de agosto, después de que la reunión de esa semana hubiera reunido a más de una docena de personas en su patio—. Como corregidor, si esto se descubre, van a preguntarme primero a mí por qué no lo denuncié desde el principio.

—¿Y qué respuesta tienes tú?

—Que un corregidor leal a la Corona hubiera denunciado esto desde la primera reunión. Y que tú, a pesar de tu cargo, no lo has hecho, porque en el fondo sabes que lo que estos hombres buscan no está tan lejos de lo que tú mismo has pensado, en silencio, desde hace años.

Miguel Domínguez no respondió a eso, y su silencio, según reconstruiría después la memoria familiar de los Domínguez, fue la confirmación más clara que Josefa necesitaba que su marido, pese a todos sus reparos, no estaba dispuesto a traicionar la conjura que se reunía bajo su propio techo, aunque tampoco estuviera dispuesto a sumarse a ella con el mismo entusiasmo que su esposa.

Para principios de septiembre de 1810, la conjura de Querétaro había crecido lo suficiente como para que su propio éxito se convirtiera en su mayor amenaza: demasiada gente sabía ya lo suficiente, y bastaba con que una sola de esas personas decidiera, por miedo o por conveniencia, hablar con las autoridades correctas, para que todo el trabajo de meses se derrumbara en cuestión de horas.

—Doña Josefa, si algo sale mal, ¿qué va a hacer usted? —le preguntó Miguel, en lo que sería una de las últimas reuniones tranquilas antes de que los acontecimientos empezaran a precipitarse.

—Lo que haga falta, padre Hidalgo. Esta conjura se organizó en mi casa, con mi consentimiento y con mi ayuda. No pienso quedarme de brazos cruzados si algún día hay que avisar a alguien antes de que sea demasiado tarde.

—Eso podría costarle la libertad, o algo peor.

—Podría, sí. Pero prefiero correr ese riesgo a vivir el resto de mi vida sabiendo que pude avisar y no lo hice.

Miguel no respondió de inmediato, y el silencio que siguió, breve pero denso, contenía ya, sin que ninguno de los dos pudiera saberlo con certeza esa noche, el anuncio exacto de lo que Josefa Ortiz de Domínguez estaría a punto de hacer apenas unas semanas después, cuando la conjura que ella misma había ayudado a sostener estuviera, de un momento a otro, a punto de derrumbarse.

—¿Y usted, padre? —preguntó finalmente Josefa, rompiendo el silencio—. Si algo sale mal, ¿qué va a hacer usted?

—No lo sé todavía, doña Josefa. Pero sospecho que llegado el momento, no voy a tener mucho tiempo para decidirlo con calma. Los hombres como yo, cuando la ocasión aprieta, suelen actuar antes de pensar del todo en las consecuencias. Ya me ha pasado antes, aunque nunca con tanto en juego como esta vez.

—Eso podría ser su ruina, padre.

—Podría serlo. Pero también podría ser, doña Josefa, la única manera que conozco de no arrepentirme después de no haber hecho nada cuando pude.

Josefa asintió, sin necesidad de más palabras, y los dos se quedaron un momento más en el patio, escuchando el eco de los últimos conjurados que se retiraban esa noche hacia sus casas envueltos en la oscuridad de las calles de Querétaro, sin que ninguno de los presentes supiera todavía cuán poco tiempo les quedaba antes de que la conjura entera se viera obligada a actuar mucho antes de lo que cualquiera de ellos había planeado.

CAPÍTULO 9

La noche de la delación

Querétaro, San Miguel el Grande y Dolores, 13–15 de septiembre de 1810

La denuncia llegó, como suelen llegar las traiciones más efectivas, por el camino más ordinario posible. Un sastre de Querétaro llamado Juan Garrido, que había escuchado más de lo que le correspondía en alguna reunión a la que no debió haber sido invitado, se presentó la tarde del 13 de septiembre de 1810 ante las autoridades realistas de la ciudad con un relato detallado de la conjura que se gestaba en la casa del corregidor.

—Un sastre, Miguel —le dijo Josefa a su marido, esa misma noche, cuando la noticia de la denuncia llegó a la casa a través de un contacto todavía leal a la causa—. Después de meses cuidándonos de oficiales y de comerciantes, de vigilar cada palabra frente a cada visitante nuevo, nos delata un sastre al que ni siquiera recuerdo haber invitado.

—No hay tiempo para lamentarlo, Josefa. Hay que actuar. Las autoridades ya tienen orden de proceder contra los principales conjurados, y mi obligación como corregidor es ejecutar esa orden, aunque signifique arrestar a la gente que se ha reunido bajo mi propio techo.

—¿Vas a arrestarlos tú mismo?

—Voy a tener que actuar como corregidor esta noche, Josefa, o alguien más lo hará por mí, y entonces perderemos hasta la posibilidad de avisarles.

La decisión de Miguel Domínguez, tan dolorosa como necesaria desde su posición oficial, incluyó una medida que él mismo consideró indispensable para proteger a su esposa de cualquier sospecha posterior: encerrarla bajo llave en una habitación de la casa, alegando ante los vecinos y ante las propias autoridades que su esposa desconocía por completo los planes que se habían discutido en su patio.

—No puedes encerrarme, Miguel. Hay gente que todavía no sabe que la denuncia ya llegó, gente que va a caer en manos de la Real Audiencia sin ninguna advertencia si nadie les avisa esta misma noche.

—Por eso mismo te encierro, Josefa. Si te dejo libre y te descubren avisando a los conjurados, no habrá forma de que salgas bien librada de esto. Encerrada, al menos, puedes alegar que no sabías nada.

—Prefiero correr el riesgo a quedarme aquí sabiendo que pude haber avisado y no lo hice.

Miguel Domínguez no respondió a eso, y cerró la puerta de la habitación con una llave que él mismo se guardó en el bolsillo del chaleco, convencido de que estaba protegiendo a su esposa de las consecuencias de una noche que se anunciaba, ya para entonces, como el principio del fin de meses de trabajo cuidadoso.

Josefa, sin embargo, no se resignó al encierro con la pasividad que su marido probablemente esperaba.

La habitación donde la había dejado tenía, en el piso, una pequeña rendija bajo la puerta, y fue por ahí, golpeando el suelo con el tacón de su zapato en un código improvisado que ella misma inventó esa misma noche, como logró llamar la atención del alcaide de la cárcel de la ciudad, Ignacio Pérez, un hombre de confianza de la familia Domínguez que dormía en una habitación cercana.

—¿Doña Josefa? ¿Es usted? —preguntó Pérez, acercándose a la puerta cerrada al escuchar los golpes insistentes.

—Ignacio, escúchame bien porque no tengo mucho tiempo y no sé cuánto más va a durar esta rendija sin que alguien más la escuche. La conjura fue delatada. Las autoridades ya tienen orden de arrestar a Allende, a Aldama y a los demás. Necesito que alguien avise a San Miguel el Grande y a Dolores esta misma noche, antes de que amanezca.

—¿Y quién va a llevar ese aviso, doña Josefa? Su esposo tiene la única llave de esta puerta, y yo no tengo caballo propio para un viaje así.

—Tú tienes acceso a los caballos de la cárcel, Ignacio. Y tienes, si mal no recuerdo, más lealtad hacia esta familia que hacia cualquier orden que llegue esta noche desde la Real Audiencia. Te lo pido como lo que somos: no como corregidora y alcaide, sino como la gente que ha compartido esta casa durante meses.

Ignacio Pérez, según reconstruiría después la memoria familiar de los Domínguez con el mismo detalle con que se reconstruyen los momentos que después se sabe que cambiaron el curso de la historia, no tardó en decidirse. Tomó uno de los caballos disponibles en los establos cercanos a la cárcel y salió de Querétaro poco después de la medianoche, rumbo a San Miguel el Grande, donde esperaba encontrar primero a Ignacio Allende.

El camino, a esas horas, estaba prácticamente desierto, y Pérez cabalgó buena parte del trayecto sin cruzarse con nadie más que algún arriero madrugador que se apartaba, sobresaltado, al ver pasar a un jinete a esa velocidad en plena oscuridad.

En un punto del camino, ya cerca de la mitad del trayecto, el caballo perdió el paso sobre una piedra suelta y estuvo a punto de derribarlo, y Pérez, que no era jinete de profesión, tuvo que detenerse un momento para recuperar el control del animal antes de continuar.

—Vamos, no es momento de fallarme —le dijo al caballo, casi como si el animal pudiera entenderlo, mientras retomaba el galope con el corazón todavía acelerado por el susto.

El trayecto completo, recorrido de noche por caminos que Pérez conocía solo parcialmente, tomó varias horas de cabalgata constante. Llegó a San Miguel ya entrada la madrugada, con la ropa cubierta de polvo y las manos entumecidas por el frío de la noche, y encontró la casa de Allende con las luces apagadas, como cualquier casa de una ciudad que dormía sin sospechar todavía lo que se le venía encima.

—¡Capitán Allende! ¡Abra, por el amor de Dios, que traigo noticias de doña Josefa!

Allende, que dormía con el sueño ligero de quien lleva meses esperando precisamente una noticia como esa, abrió la puerta antes de que Pérez terminara de gritar por segunda vez, ya con una mano instintivamente cerca de donde solía guardar su espada.

—¿Qué pasa, Pérez? ¿Por qué vienes a estas horas?

—La conjura fue delatada, capitán. Doña Josefa lo supo esta misma noche y me mandó avisarle a usted antes que a nadie. Las autoridades ya tienen orden de arrestarlo, a usted y a los demás conjurados principales.

Allende no perdió tiempo en preguntas adicionales. Se vistió en cuestión de minutos, despertó a Juan Aldama, que vivía a poca distancia, y los dos capitanes decidieron, en una conversación que no debió durar más de un cuarto de hora, que la única opción que les quedaba era advertir de inmediato a Miguel Hidalgo en Dolores, antes de que las autoridades pudieran actuar contra cualquiera de ellos.

—Si nos quedamos aquí, Juan, nos arrestan antes del amanecer. Si vamos a Dolores, al menos podemos decidir juntos qué hacer con lo que queda de esta conjura.

—¿Y qué crees que se puede hacer ya, Ignacio? Todo lo que construimos durante meses se cae en una sola noche.

—Lo que se puede hacer es lo único que nunca terminamos de decidir del todo: si esto se reduce a salvar el pellejo, o si esto se convierte en algo más grande de lo que planeamos, ahora que ya no tenemos tiempo para seguir planeando con calma.

Los dos capitanes cabalgaron hacia Dolores en la misma madrugada, llegando a la casa parroquial poco antes del amanecer del 15 de septiembre, cuando Miguel Hidalgo dormía todavía sin sospechar que la noticia que llevaba meses temiendo estaba a punto de despertarlo de la manera más abrupta posible.

—¡Padre Hidalgo! ¡Despierte, que no hay tiempo que perder!

Miguel abrió la puerta de la casa parroquial todavía con la ropa de dormir, y la sola expresión de Allende, pálido y sin aliento después de horas de

cabalgata, le bastó para entender que la noche que ambos habían anticipado, sin decirlo del todo en voz alta, había llegado por fin.

—¿Qué pasó, Ignacio?

—Nos delataron. Josefa Ortiz mandó avisar a través del alcaide de la cárcel de Querétaro. Las autoridades ya tienen orden de arrestarnos a todos, y no sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen también hasta aquí.

—¿Y qué proponen ustedes?

Allende y Aldama se miraron un instante, y fue Allende quien respondió, con una voz que Miguel no le había escuchado nunca hasta esa madrugada, despojada ya de cualquier cálculo militar cuidadoso.

—Propongo que huyamos, padre. Que juntemos lo que podamos y salgamos de esta región antes de que nos encuentren.

Miguel se quedó en silencio un momento, con la misma expresión concentrada que sus antiguos compañeros de San Nicolás recordaban de los debates escolásticos de su juventud, buscando en cuestión de segundos la grieta de un argumento que no admitía ya el tiempo que él solía tomarse para pensar, ni la calma de una tertulia nocturna donde nadie tenía prisa por llegar a ninguna conclusión.

—No, Ignacio. Huir no nos salva de nada, solo retrasa lo inevitable, y nos deja sin nada que mostrar por meses de trabajo. Ya no hay tiempo de conspirar con cuidado. Si vamos a hacer algo, hay que hacerlo ahora, con lo que tenemos, y con la gente que esté dispuesta a seguirnos esta misma mañana.

—¿Ahora? ¿Con qué, padre, si ni siquiera hemos terminado de reunir las armas que planeábamos?

—Con lo que Dolores tiene, Ignacio, que es más de lo que ustedes creen. Denme unas horas, y les voy a demostrar que un párroco de provincia puede convocar algo más que una tertulia cuando de verdad hace falta.

Allende y Aldama no respondieron de inmediato, todavía procesando la transformación que presenciaban en el hombre que hasta esa madrugada habían considerado el aliado más moral, pero también el más impredecible, de toda la conjura.

Miguel, sin esperar a que se recuperaran del todo, salió de la casa parroquial y cruzó el pueblo hasta la vivienda de Refugio Tepox, a quien encontró ya despierto, alertado por el ruido inusual de caballos que no era propio de esa hora.

—Padre, ¿qué hace usted despierto a estas horas, y con esa cara?

—Refugio, necesito que me ayudes esta mañana como nunca antes te lo he pedido. Nos delataron. Allende y Aldama están en la casa parroquial, y vamos a necesitar que la gente de este pueblo se reúna en la plaza antes de que salga el sol del todo.

—¿Reunirlos para qué, padre?

—Para algo que no había planeado hacer así, tan de golpe, pero que ya no puedo seguir posponiendo. Necesito hombres, Refugio, y armas, aunque sean las que cualquiera tenga a la mano: machetes, palos, lo que sea. Y necesito que confíen en mí lo suficiente para seguirme sin que yo tenga tiempo de explicarles cada detalle.

Refugio lo miró un momento, con la misma seriedad de un hombre que llevaba más de cuarenta años conociendo a Miguel Hidalgo lo suficiente como para saber cuándo una petición así merecía preguntas y cuándo merecía, simplemente, obediencia inmediata.

—Voy a despertar a los de la curtiduría primero, padre. Ellos confían en mí, y si yo les digo que lo sigan a usted, me van a creer sin pedir más explicaciones de las que usted mismo pueda dar en la plaza, cuando llegue el momento.

—Gracias, Refugio. Después de esta mañana, ya nada va a ser exactamente igual, ni para ti ni para mí.

—Lo sé, padre. Llevo toda la noche con esa misma sensación, desde que escuché los caballos.

Refugio salió de inmediato hacia la curtiduría, y Miguel regresó a la casa parroquial, donde Allende y Aldama esperaban todavía sin saber con precisión qué estaba planeando el cura que, hasta esa misma madrugada, habían conocido sobre todo como el anfitrión más elocuente de las tertulias de la Francia Chiquita.

Faltaban todavía varias horas para que el pueblo entero de Dolores despertara del todo, pero en la casa parroquial, entre los tres hombres que acababan de convertirse, sin planearlo del todo, en los cabecillas de algo mucho más grande que una conjura de oficiales descontentos, ya no quedaba tiempo para dudar.

CAPÍTULO 10

El Grito y la madrugada de Dolores

Dolores, 16 de septiembre de 1810

Los primeros preparativos de esa madrugada, mientras el pueblo de Dolores todavía dormía sin sospechar nada, ocurrieron con una rapidez que sorprendió incluso a Allende y Aldama, acostumbrados hasta entonces al ritmo cauteloso de meses de conjura.

Miguel repartió tareas concretas entre los pocos hombres de confianza que ya estaban despiertos: liberar a los presos de la pequeña cárcel del pueblo, muchos de ellos encerrados por deudas o por delitos menores que a Miguel le parecían, esa madrugada más que nunca, una injusticia añadida sobre otra injusticia mayor;

Fueron a desarmar a la reducida guardia local, que no ofreció resistencia alguna ante la magnitud de lo que ya empezaba a desbordarla; y despertar,

casa por casa, a la gente del pueblo, aprovechando que era domingo y que el mercado dominical reuniría de todos modos, en pocas horas, a buena parte de la feligresía y de los pueblos vecinos.

El único guardia que intentó oponer alguna resistencia, un hombre mayor que llevaba años cuidando la cárcel del pueblo sin mayor sobresalto que alguna riña de borrachos, bajó el arma en cuanto Aldama se le puso enfrente con media docena de hombres armados detrás.

—No tengo nada contra usted, capitán —dijo el guardia, entregando su arma sin más resistencia, con las manos visiblemente temblorosas—. Pero esto que están haciendo no va a terminar bien para ninguno de nosotros, se lo digo con el respeto que se merece.

—Puede que tenga razón —respondió Aldama, bajando ligeramente el tono de voz—. Pero llevamos meses viendo que quedarnos quietos tampoco terminaba bien. Al menos esto lo decidimos nosotros.

—Padre, el campanero ya está listo —le informó uno de los hombres de Refugio, poco antes del amanecer—. José Galván dice que va a tocar a rebato en cuanto usted le dé la señal.

—Que toque. La gente tiene que saber que algo está pasando, aunque todavía no sepan bien qué.

Antes de que las campanas empezaran a sonar, Miguel entró un momento a la casa parroquial, donde Josefa Quintana, despierta ya por el ruido de caballos y de voces que llevaba horas filtrándose desde la calle, lo esperaba con Agustina, Josefa y Lino Mariano reunidos a su alrededor.

—Miguel, ¿qué está pasando? Los niños están asustados.

—Lo que llevamos meses temiendo, Josefa. Nos delataron. No hay tiempo para explicarlo con calma, así que te lo digo directo: voy a convocar al pueblo esta misma mañana, y después de hoy, nada de lo que conocíamos va a seguir siendo igual.

—¿Vas a dejarnos aquí?

—Voy a tener que hacerlo, al menos por ahora. No puedo llevarlos conmigo a lo que se viene, y aquí, con Refugio cerca y con la gente del pueblo que los conoce, van a estar más seguros que en cualquier camino que yo tome hoy.

Agustina, con seis años ya cumplidos, se aferró a la falda de su madre sin entender del todo lo que ocurría, pero sí lo suficiente para reconocer la gravedad en la voz de su padre.

—Papá, ¿vas a volver?

Miguel se agachó hasta quedar a la altura de su hija, con la misma paciencia con que le había enseñado, años atrás, la palabra dähi de labios de Refugio.

—Voy a hacer todo lo posible por volver, hija. Pero pase lo que pase hoy, quiero que sepas que lo que voy a hacer, lo hago también pensando en ti, y en el mundo que quiero que te toque vivir a ti y a tus hermanos.

Josefa Quintana no dijo nada más, pero el abrazo que le dio a Miguel, breve y firme, contuvo, según recordaría después la propia Agustina ya adulta, más despedida de la que ninguno de los dos se atrevió a poner en palabras esa madrugada.

Las campanas de la parroquia de Dolores empezaron a sonar poco después, no en el repique festivo de una misa dominical, sino en el toque irregular y urgente de rebato que cualquier campesino del Bajío reconocía como señal de alarma. José Galván, el campanero, tiraba de las cuerdas con una energía que dejaba claro que él mismo entendía la gravedad del momento, aunque no conociera todavía los detalles completos de lo que se avecinaba.

La gente empezó a salir de sus casas, primero con la cautela de quien no sabe si hay un incendio o una inundación, después con una curiosidad creciente al ver que la plaza se llenaba de vecinos, comerciantes que ya llegaban para el mercado dominical, y campesinos de los ranchos cercanos que habían entrado al pueblo esa misma mañana sin saber que iban a presenciar algo que ninguno de ellos olvidaría el resto de su vida.

Miguel salió al atrio de la parroquia cuando la plaza ya estaba considerablemente llena, con Allende y Aldama a pocos pasos detrás de él, y Refugio entre la multitud, cerca del frente, con la misma expresión atenta que había tenido de niño junto a un arroyo de Corralejo, cuarenta y cinco años atrás.

La plaza está llena ahora, el sol apenas asoma sobre los tejados de Dolores, y el silencio que sigue a las últimas campanadas de rebato tiene el peso de cientos de personas conteniendo la respiración al mismo tiempo.

Miguel avanza hasta el borde del atrio, mira a la multitud que se extiende frente a él —caras que conoce de memoria, feligreses de veinte años, comerciantes con quienes ha discutido de precios y de cosechas, campesinos que apenas conoce por su nombre pero cuyo hambre ha visto de cerca en cada visita pastoral— y entiende, en ese instante exacto, que lo que diga en los próximos minutos no tiene manera de deshacerse después.

—Hijos míos —dice, con una voz que llega hasta el fondo de la plaza sin necesidad de gritar—, una nueva dispensación nos llega hoy. ¿Vais a defender a vuestra religión, y a vuestro rey preso en tierra extraña? Los gachupines nos han quitado la tierra que Dios nos dio, nos han quitado el fruto de nuestro trabajo. Ha llegado el momento de recuperar lo que es nuestro.

La multitud responde primero con un murmullo que crece, en cuestión de segundos, hasta convertirse en un clamor que Miguel no había escuchado nunca antes, ni siquiera en los debates más encendidos de San Nicolás.

—¡Viva la religión! ¡Viva Fernando Séptimo! ¡Muera el mal gobierno! —grita alguien desde el fondo de la plaza, y la frase se repite, multiplicada, hasta convertirse en el clamor unánime de cientos de voces.

Miguel levanta la mano, y el clamor, poco a poco, cede lo suficiente para que se le pueda escuchar de nuevo.

—¡Vamos, pues, a coger gachupines! —dice, y la plaza entera estalla en un grito que ya no necesita ninguna palabra adicional para explicarse a sí mismo.

El instante, sostenido apenas unos segundos más de lo que dura cualquier otra frase pronunciada esa mañana, marca el punto exacto donde la conjura de meses se convierte, sin discurso formal ni bandera preparada, en algo que ya no tiene manera de detenerse.

Los presos liberados esa misma madrugada, todavía desorientados por la rapidez de los acontecimientos y sin terminar de entender del todo qué esperaban de ellos los hombres que les habían abierto las puertas de la cárcel, se sumaron a la multitud casi de inmediato, y en cuestión de una hora la plaza de Dolores contenía ya varios cientos de personas armadas con lo que cada quien había podido reunir.

Marchaban con machetes, palos, hondas, algunas escopetas de caza que los más afortunados poseían. Refugio, que se había mantenido cerca del atrio durante toda la arenga, se acercó a Miguel apenas la multitud empezó a organizarse en algo parecido a una columna.

—Padre, ¿y ahora hacia dónde?

—Hacia San Miguel el Grande primero, y de ahí hacia donde el capitán Allende considere que conviene. Pero antes, Refugio, hay algo que quiero hacer, y quiero que me acompañes.

Miguel se dirigió, con un pequeño grupo que incluía a Refugio y a un par de hombres de confianza, hacia el santuario de Atotonilco, a poca distancia de Dolores, donde se guardaba una imagen de la Virgen de Guadalupe que la feligresía de la región veneraba con particular devoción, no como una reliquia lejana sino como una presencia cotidiana en la vida de cada familia del Bajío.

Ahí, con el permiso apresurado del sacristán del santuario, Miguel tomó el estandarte que sostenía la imagen y lo llevó de regreso a la columna que ya se organizaba en la plaza de Dolores.

—Con esto —le dijo a Allende, al regresar, sosteniendo el estandarte en alto para que la multitud pudiera verlo—, nadie va a poder decir que esto es un levantamiento contra la fe, capitán. Esto es, para esta gente, una guerra santa tanto como una guerra política, y sería un error de nuestra parte no entenderlo así desde el primer día.

Allende observó el estandarte, y después a la multitud que ya empezaba a formarse en columna detrás de él, con una expresión que mezclaba, según reconstruiría después en su propia correspondencia, tanto admiración como

una primera punzada de inquietud, la misma inquietud que ya había asomado meses atrás en las tertulias de Dolores y que esa mañana, por fin, encontraba motivo concreto para manifestarse.

—Padre Hidalgo, hace apenas unas horas usted era el cura más elocuente de mis tertulias. Ahora mismo, no sé si tengo delante al mismo hombre.

—Tal vez nunca me conoció del todo, capitán. O tal vez yo mismo no me conocía del todo hasta esta misma madrugada.

La columna, que para media mañana ya rebasaba las mil personas y seguía creciendo con cada pueblo y cada rancho que atravesaba en dirección a San Miguel el Grande, avanzó bajo el estandarte de la Virgen de Guadalupe con una energía que ninguno de los presentes, ni siquiera el propio Miguel, había anticipado del todo esa misma madrugada, cuando todo lo que tenía en mente era convocar a un pueblo, no encabezar un ejército.

Refugio, cabalgando cerca de la vanguardia junto a un grupo de hombres de la curtiduría que lo habían seguido sin dudarlo, se acercó una vez más a Miguel cuando el pueblo de Dolores ya quedaba a buena distancia detrás de ellos.

—Padre, ¿usted sabía que esto iba a ser así? ¿Tanta gente, tan rápido, desde el primer momento?

—No, Refugio. Ni en mis años más soñadores de tertulia imaginé algo parecido a esto. Lo único que sabía, cuando desperté esta madrugada, era que ya no había tiempo de seguir esperando a que las cosas cambiaran solas. El resto, lo estoy improvisando exactamente igual que tú.

Refugio no respondió de inmediato, y ambos siguieron cabalgando en silencio durante un buen trecho, rodeados por una masa humana que crecía a cada hora, sin que ninguno de los dos, pese a los cuarenta y cinco años que llevaban conociéndose desde un arroyo de Corralejo, tuviera la menor certeza de hacia dónde los llevaría exactamente aquella mañana que ya, para entonces, empezaba a cambiar la historia entera de la tierra donde ambos habían nacido.

—Padre —dijo finalmente Refugio, rompiendo el silencio—, hace muchos años, junto al arroyo, usted me dijo que no era como todos los que se van. Creo que hoy por fin entiendo lo que quiso decir.

—Yo mismo apenas lo estoy entendiendo, Refugio, a esta misma hora. Pero si algo tengo claro, es que ya no hay camino de regreso al hombre que era ayer. Aquél que fui, antes de que sonaran aquellas campanas.

—¿Y eso lo asusta?

—Más de lo que puedo decirte con palabras. Pero tengo, junto al miedo, algo que se parece mucho a la certeza de que era esto, y no otra cosa, lo que se suponía que yo hiciera con la vida que me tocó.

El sol, ya bien alto sobre el camino hacia San Miguel el Grande, iluminaba una columna que crecía con cada legua recorrida, y que ninguno de los

presentes, ni el más optimista de los conjurados originales, hubiera imaginado posible apenas veinticuatro horas antes.

CAPÍTULO 11

San Miguel, Celaya y el Generalísimo improvisado

San Miguel el Grande y Celaya, septiembre de 1810

La columna entró a San Miguel el Grande a media tarde del mismo 16 de septiembre, tras una marcha que había consumido ya buena parte del entusiasmo físico de la madrugada, y lo que hasta entonces había sido una masa organizada más por el entusiasmo que por la disciplina militar, encontró en las calles de la ciudad natal de Allende su primera oportunidad de descargar, sin ningún mando que lo hubiera autorizado explícitamente, la rabia acumulada contra los comercios y propiedades de los españoles peninsulares del lugar.

—¡Deténganse! ¡Esto no es lo que acordamos! —gritó Allende, tratando de contener a un grupo de hombres que ya forzaba la puerta de una tienda propiedad de un comerciante gachupín conocido en la región.

Los hombres, la mayoría campesinos que apenas unas horas antes cargaban azadones en lugar de machetes, no le hicieron mucho caso al capitán, y Allende, incapaz de imponer disciplina sobre una masa que multiplicaba con creces el número de soldados bajo su mando formal, terminó por acudir a Miguel, que observaba la escena desde su caballo con una expresión que Allende no supo interpretar del todo esa tarde, entre la resignación y algo que se parecía, incómodamente, a la comprensión.

—Padre Hidalgo, esta gente no me obedece a mí. Tal vez a usted sí.

Miguel se acercó al grupo que forzaba la tienda, y por un momento pareció que iba a ordenarles que se detuvieran, con la misma autoridad moral que había convocado a media región esa misma mañana. En cambio, lo que dijo tomó a Allende completamente por sorpresa.

—Que se lleven lo que necesiten. Pero que no le hagan daño a nadie que no oponga resistencia.

—¡Padre! —protestó Allende, acercándose a caballo—. Esto es saqueo, no guerra.

—Esto, capitán, es lo único que le puedo ofrecer a esta gente para que siga conmigo mañana. No tienen paga, no tienen provisiones aseguradas, no tienen más que la promesa de que algo va a cambiar. Si les niego esto, algunos de ellos van a preguntarse por qué siguen caminando, y no voy a tener respuesta que darles.

—¿Y si esto se repite en cada pueblo que atravesemos?

—Entonces se va a repetir, capitán, porque no veo cómo evitarlo sin perder a la mitad de esta gente antes de llegar a ningún lado importante.

Allende no respondió de inmediato, y la expresión de su rostro, según recordaría después en su propia correspondencia, mezclaba la comprensión táctica de lo que Miguel proponía con una repugnancia moral que no lograba disimular del todo.

Mariano Abasolo, que había presenciado la discusión desde unos pasos de distancia, se acercó a Allende cuando Miguel ya se alejaba para atender a un grupo de campesinos recién sumados a la columna.

—Ignacio, el padre tiene razón, aunque no te guste escucharlo. Esta gente no marcha por sueldo ni por disciplina. Marcha porque cree que algo va a cambiar para ellos, y si no les dejamos ver ese cambio de alguna forma concreta, se nos van a dispersar antes de llegar a Celaya.

—No me pidas que celebre el saqueo, Mariano.

—No te pido que lo celebres. Te pido que entiendas que sin él, quizás no tengamos ejército que llevar a ningún lado.

Entre los recién llegados a la columna esa misma tarde se encontraba un campesino de nombre Eleuterio, de una hacienda cercana a San Miguel, que se acercó a Refugio con una vieja hoz todavía manchada de la última cosecha que había segado antes de sumarse a la marcha, sin saber muy bien todavía a quién debía reportarse ni qué se esperaba exactamente de él.

—¿Y usted, con qué va a pelear? —le preguntó Refugio, señalando la herramienta con curiosidad genuina, no con burla.

—Con esto, si hace falta. Llevo toda la vida cortando caña con esta hoz. No veo por qué no habría de servir también para esto.

—¿Y sabe usted bien qué es "esto", exactamente, o solo sigue a la multitud porque la multitud ya va en esa dirección?

—Sé que el cura de Dolores dice que se va a acabar el tributo, y que los que trabajamos la tierra vamos a tener algo más que hambre al final del año. Yo me conformo con que sea la mitad de lo que dice. Con eso ya vale la pena caminar detrás de él hasta donde haga falta.

Refugio no respondió de inmediato, pero la conversación se le quedó grabada, y esa misma noche se la repitió a Miguel casi palabra por palabra.

—Eso es lo que Allende no termina de entender, padre. Esta gente no necesita que usted les explique la política de la corona ni la legitimidad del rey preso. Necesitan creer que usted les va a cumplir lo que les prometió esta mañana en Dolores, y mientras crean eso, lo van a seguir a donde usted los lleve.

—Y ahí está el peso que empiezo a sentir, Refugio. Porque cada persona que se suma es una promesa más que tengo que cumplir, y no sé todavía cuántas de esas promesas voy a poder sostener antes de que esto termine.

La columna, que salió de San Miguel el Grande al día siguiente con varios cientos de nuevos integrantes reclutados entre la propia población de la

ciudad, avanzó hacia Celaya con un tamaño que ya rebasaba, según los cálculos más conservadores de los propios oficiales, las cinco mil personas, y que seguiría multiplicándose con cada pueblo que atravesara en los días siguientes, hasta alcanzar dimensiones que ninguno de los conjurados originales de Querétaro había imaginado siquiera en sus cálculos más optimistas.

—Padre, esto ya no se parece a nada que yo haya visto antes —le dijo Refugio, cabalgando cerca de Miguel mientras la columna avanzaba por el camino hacia Celaya, levantando una nube de polvo que se veía desde varias leguas de distancia—. Ni en las ferias más grandes de Guanajuato había visto junta a tanta gente.

—Yo tampoco, Refugio. Y empiezo a sospechar que ni Allende, con toda su experiencia militar, sabe realmente cómo se organiza algo de este tamaño.

—¿Y usted sí sabe?

—No, pero al menos sé escuchar lo que esta gente necesita, y eso, por ahora, parece bastarles más que cualquier estrategia militar que Allende pueda ofrecerles.

La llegada a Celaya, el 20 de septiembre, trajo consigo un episodio que formalizaría, de manera casi simbólica, la posición de Miguel al frente de aquel movimiento cada vez más numeroso.

Un grupo de oficiales y notables locales que ya se habían sumado a la causa, reunidos en una junta improvisada en la plaza principal de la ciudad, decidió otorgarle a Miguel el título de Generalísimo de América, un nombramiento que ni el propio Miguel había buscado ni esperaba recibir con esa formalidad.

—Generalísimo, padre Hidalgo —le dijo uno de los notables, con una solemnidad que a Miguel le pareció, en ese momento, casi excesiva para las circunstancias—. No conocemos a nadie más que merezca encabezar esto con ese título.

—Yo no soy militar, señores. El capitán Allende tiene la formación que a mí me falta.

—El capitán Allende tiene la formación, padre. Usted tiene lo que esta gente sigue. Eso, en este momento, pesa más.

Allende, presente en la misma junta, no objetó el nombramiento en voz alta, pero su silencio, según reconstruiría después Abasolo en conversación con Aldama, resultó más elocuente que cualquier protesta formal.

—¿No va a decir nada, capitán? —le preguntó uno de los notables, notando la reticencia en su expresión.

—¿Qué habría de decir? El padre Hidalgo tiene ya el mando de facto de esta gente, título o no título. Lo único que hace esta junta es ponerle nombre a algo que ya era cierto desde que salimos de Dolores.

—Entonces, ¿lo acepta usted?

—Lo acepto, porque no veo alternativa razonable. Pero quiero que conste, señores, que un ejército necesita más que un nombre y una devoción popular para ganar una guerra. Espero que el padre Hidalgo lo tenga presente en los días que vienen.

Miguel aceptó el título esa misma tarde, no sin una punzada de incomodidad que compartió después, en privado, con Refugio.

—Generalísimo, Refugio. Yo, que hace apenas unos meses discutía teología en tertulias nocturnas, ahora tengo un título militar que no sé si merezco.

—Usted no necesita merecerlo, padre. Solo necesita ejercerlo lo mejor que pueda, que es lo mismo que hizo siempre, desde que era rector en Valladolid.

—Espero que tengas razón. Porque Allende no parece tan convencido como tú.

La tensión entre ambos, apenas insinuada en San Miguel el Grande, se hizo más explícita en los días siguientes, mientras la columna, ya bajo el mando formal de Miguel como Generalísimo, continuaba engrosándose con cada pueblo que atravesaba, y los episodios de saqueo, lejos de disminuir, se volvían cada vez más frecuentes y más violentos.

—Padre, esta gente ya no es un ejército, es una plebe chusma que solo busca destruir lo que encuentra a su paso —le dijo Allende, una noche, después de que un grupo particularmente descontrolado hubiera incendiado la casa de un comerciante español en un pueblo cercano a Celaya, sin que nadie hubiera dado esa orden específica ni nadie pudiera después identificar con certeza quién la había iniciado.

—Esa plebe chusma, capitán, es la misma gente que lleva trescientos años cargando el peso de este sistema sin que nadie les preguntara nunca su opinión. No me sorprende que, cuando por fin se les da la oportunidad, no sepan hacerlo con la delicadeza que a usted le gustaría.

—Eso no los excusa de quemar casas y robar a quien se cruce en su camino.

—No los excusa, tiene razón. Pero tampoco veo qué alternativa tenemos, capitán, salvo intentar contener lo peor sin destruir, en el intento, la única fuerza que tenemos para llegar a donde nos proponemos llegar, sea eso lo que sea que todavía no hemos terminado de definir entre los dos.

—¿Y hasta dónde estamos dispuestos a dejar que llegue esto, padre? Porque yo empiezo a temer que ya no lo sabemos ninguno de los dos, y esa incertidumbre me quita más el sueño que cualquier realista que puedan enviarnos.

Miguel no tuvo una respuesta clara para esa pregunta, y el silencio que siguió, más largo e incómodo que cualquiera de los que habían compartido hasta entonces, dejó entrever, por primera vez de manera explícita, la fractura que terminaría por definir buena parte de las decisiones más difíciles que tuvo que tomar los meses siguientes.

Tal vez un capitán si podía ver en el desorden, una amenaza a la disciplina necesaria para ganar una guerra, pero ¿qué era lo que un cura veía en ese mismo desorden? Solo la única prueba tangible de que aquella guerra tenía ya un sentido más profundo que el de una simple disputa entre élites.

Refugio, que había presenciado la conversación desde una distancia prudente, se acercó a Miguel cuando Allende ya se había retirado hacia su propia tienda de campaña.

—¿Está usted seguro de lo que le dijo, padre?

—No, Refugio. No estoy seguro de nada, salvo de que ya no hay manera de dar marcha atrás. Lo único que puedo hacer es intentar que esto que empezamos en Dolores signifique algo más que destrucción, aunque cada día que pasa me resulte más difícil distinguir entre las dos cosas.

—¿Y si no lo logra?

—Entonces habré cambiado un sistema injusto por un caos igual de injusto, solo que con otros nombres al mando. Y esa, Refugio, es la posibilidad que más me quita el sueño, más que cualquier ejército realista que puedan enviar a detenernos.

Refugio no respondió de inmediato, y los dos se quedaron un momento mirando las fogatas que ya empezaban a encenderse por todo el campamento improvisado a las afueras de Celaya.

Eran miles de pequeñas luces que, vistas desde la distancia, parecían mucho más ordenadas y mucho más serenas de lo que en realidad era aquel ejército que crecía cada día sin que nadie, ni siquiera su propio Generalísimo, supiera todavía con certeza hacia dónde lo estaba llevando.

CAPÍTULO 12

La Alhóndiga de Granaditas

Guanajuato, 28 de septiembre de 1810

La columna insurgente, que para entonces ya superaba con holgura las veinte mil personas, llegó a las afueras de Guanajuato el 28 de septiembre, después de una marcha que había convertido a la ciudad minera, la más rica de la Intendencia, en el objetivo natural de un movimiento que necesitaba, tanto por razones estratégicas como simbólicas, una victoria de proporciones acordes con su tamaño ya desbordado y con las expectativas que esa misma masa había depositado en su avance.

Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato desde hacía años y antiguo compañero de estudios de Miguel en los tiempos de Valladolid, había tomado ya, días antes de la llegada de la columna, la decisión que definiría el resto de su vida: fortificar la Alhóndiga de Granaditas, el granero público de la ciudad, un edificio de piedra sólida con capacidad para resistir un asedio, y refugiar ahí a las familias españolas, los caudales de la Real Hacienda y buena parte de la plata de la región, confiando en que la

fortificación, sumada a la vieja amistad que lo unía con Miguel, bastaría para contener el ataque hasta que llegaran refuerzos realistas.

—Riaño cree que usted no va a atacar, padre —le informó un mensajero que Miguel había enviado la noche anterior para tantear la disposición del intendente—. Dice que se conocen desde Valladolid, y que confía en que usted encuentre la manera de negociar antes que de destruir la ciudad.

—Riaño me conoce de hace treinta años, y yo a él. Pero también sabe, o debería saber, que ya no controlo esta columna de la misma manera en que controlaba un colegio.

Miguel envió, esa misma mañana, una última propuesta de rendición honrosa, ofreciendo garantías de seguridad para las familias refugiadas en la Alhóndiga si el intendente accedía a entregar la plaza sin resistencia. Riaño, fiel a su cargo y quizás también a una confianza que la amistad antigua no alcanzaba a justificar del todo, rechazó la propuesta y ordenó a sus hombres prepararse para resistir.

Mientras esperaba la respuesta, Miguel se retiró un momento a solas, lejos de la vista de Allende y de los demás oficiales, y fue Refugio quien lo encontró, sentado sobre una piedra a las afueras del campamento, con la mirada fija en el edificio que pronto habría de convertirse en campo de batalla.

—¿En qué piensa, padre?

—Pienso que dentro de esas paredes hay mujeres y niños que no tienen culpa de nada, Refugio, y que si Riaño no cede, no va a haber manera de que esta gente distinga entre un soldado armado y una criatura de cinco años escondida bajo una mesa.

—¿Y qué puede hacer usted, si Riaño ya decidió resistir?

—Poco, me temo. Ordenar el asalto, o dejar que esta columna se disuelva de la frustración de no atacar la ciudad más rica de la región después de dos semanas de marcha. Ninguna de las dos opciones me deja tranquilo esta mañana.

—Entonces elija la que menos daño espera que haga, padre, aunque ninguna le deje tranquilo del todo. Es lo único que cualquiera de nosotros puede hacer cuando ya no quedan opciones buenas.

Miguel no respondió, pero minutos después, cuando el mensajero regresó con la negativa final de Riaño, dio la orden que Refugio ya presentía inevitable.

—No va a rendirse, padre —le informó Refugio, cuando la respuesta de Riaño llegó de regreso al campamento insurgente—. Dice que defenderá la Alhóndiga hasta el final.

—Entonces no me deja alternativa, Refugio. Y eso es algo que va a pesarme el resto de mi vida, sea cual sea el resultado de hoy.

El asalto comenzó a media mañana, con la columna insurgente rodeando el edificio desde varios flancos, mientras los defensores, atrincherados tras las gruesas paredes de piedra, respondían con el fuego limitado que sus reservas de pólvora les permitían sostener.

La puerta principal de la Alhóndiga resiste durante horas, mientras miles de hombres se lanzan contra ella sin más armas que machetes y piedras, hasta que un minero de la columna, cuyo nombre la memoria popular fijaría después bajo el apodo de El Pípila, avanza hacia la puerta con una losa de piedra atada a la espalda como escudo improvisado, y con una tea encendida en la mano, para prender fuego a la madera reforzada de la entrada mientras las balas de los defensores rebotan, una tras otra, contra la piedra que lo protege. El fuego prende, despacio al principio y después con una voracidad que ninguno de los que observan desde ambos lados puede ya contener, y cuando la puerta cede finalmente entre astillas ardientes, la masa insurgente se derrama hacia el interior del edificio como una marea que ya nadie, ni Miguel desde su posición en las afueras ni el propio Allende que dirige el asalto más de cerca, tiene manera alguna de detener.

Lo que ocurre en el interior de la Alhóndiga durante las horas siguientes es una masacre que ningún mando, por autoridad que reclame, logra contener. La masa insurgente, cargada de una rabia acumulada durante generaciones y sin distinción ya entre combatientes armados y civiles refugiados, arrasa con cuanto encuentra a su paso: hombres, mujeres y niños españoles que habían confiado su vida a la fortificación de Riaño mueren en cuestión de horas, mientras el saqueo de la plata y los caudales de la Real Hacienda se convierte, para buena parte de la columna, en el verdadero objetivo de la jornada.

Riaño murió durante los primeros minutos del asalto, alcanzado por un disparo mientras intentaba organizar la defensa desde una de las ventanas superiores del edificio, y su cuerpo, según encontraría Miguel horas después, cuando el combate ya había cedido paso al saqueo desordenado, quedó tendido en el patio interior de la Alhóndiga, despojado de sus ropas y de cualquier señal que hubiera podido identificarlo como el intendente de la ciudad.

Miguel recorrió el edificio esa tarde, abriéndose paso entre cuerpos y entre hombres todavía cargando lo que habían podido arrebatar del tesoro real, hasta encontrar, en el patio interior, el cadáver de su antiguo compañero de Valladolid. Se quedó de pie frente a él un largo momento, incapaz de decir nada, mientras a su alrededor la masa que él mismo había convocado apenas dos semanas antes seguía moviéndose entre los restos de la matanza como si el horror que Miguel contemplaba fuera, para muchos de ellos, apenas una escena más en un día de victoria.

—Padre —le dijo Refugio, acercándose despacio, con la voz baja de quien no sabe bien cómo interrumpir un silencio como ese, tan distinto a cualquier otro silencio que hubieran compartido antes—. ¿Lo conocía usted bien?

—Estudiamos juntos, Refugio. No éramos amigos cercanos, pero compartimos años, compartimos maestros, compartimos la misma ciudad en los años en que ambos aprendíamos a ser lo que después fuimos. Y hoy yo lo maté, aunque no haya sido mi mano la que disparó.

—Usted no lo mató, padre. Lo mató la guerra que él mismo decidió no evitar.

—La guerra que yo desaté, Refugio. No me quites esa responsabilidad, porque es lo único que me queda claro en este momento, en medio de todo lo demás que ya no logro entender.

Allende se acercó poco después, con el rostro todavía tenso por las horas de combate, y encontró a Miguel en la misma posición, sin apartar la vista del cuerpo de Riaño.

—Padre, tenemos que hablar de lo que va a pasar en los próximos días. Esta gente sigue saqueando la ciudad, y a este paso no va a quedar nada de Guanajuato que gobernar cuando por fin se cansen de tanto destruir.

—Ya lo sé, capitán. Pero ahora mismo no tengo la fuerza para pensar en gobernar nada. Ahora mismo solo puedo pensar en que le prometí protección a un hombre que confió en mi palabra más de lo que yo mismo sabía que podía cumplir.

—Nadie podía prever esto, padre.

—Yo debí preverlo, Allende. Usted mismo me lo advirtió en San Miguel, y en Celaya, y en cada pueblo que atravesamos desde entonces. Le dije que no tenía alternativa, y tenía razón entonces, y la tiene todavía más ahora, viendo esto.

El saqueo de Guanajuato se prolongó durante dos días completos, con la masa insurgente recorriendo casas, comercios y templos en busca de cualquier riqueza que hubiera pertenecido a la población española de la ciudad, mientras Miguel, incapaz de imponer un control efectivo sobre una fuerza que ya multiplicaba en varios órdenes de magnitud cualquier autoridad militar formal, se limitó a intentar contener los peores excesos donde alcanzaba a intervenir personalmente, con un éxito que él mismo, en las cartas que escribió esos días, describiría como mínimo frente a la magnitud del desastre.

En una de esas intervenciones, ya avanzada la primera noche, Miguel encontró a un grupo de hombres forzando la puerta de una casa donde, según gritaba una vecina desde la calle, todavía se escondía una familia española completa.

—¡Deténganse! —ordenó Miguel, interponiéndose entre los hombres y la puerta con una autoridad que, en ese momento, sostenía más por la fuerza de la costumbre que por cualquier control real sobre la situación—. Ya hubo suficiente muerte hoy. Lo que quede en esa casa, tómenlo si quieren, pero a la gente no la toquen.

—Padre, esa gente es la misma que nos ha cobrado tributo toda la vida —respondió uno de los hombres, sin bajar del todo el machete que sostenía.

—Y por eso mismo, precisamente por eso, no vamos a convertirnos en lo mismo que ellos fueron con nosotros. Si esto ha de significar algo más que venganza, empieza por decisiones como esta.

El hombre, después de un momento de duda visible, bajó finalmente el machete y se retiró junto con el resto del grupo, dejando la puerta intacta. Miguel se quedó un momento más frente a la casa, respirando con dificultad, consciente de que aquella pequeña victoria no alcanzaba a compensar, ni remotamente, la magnitud de lo que ya había ocurrido esa misma tarde en la Alhóndiga.

—Refugio, dime la verdad —le pidió Miguel, la segunda noche después de la toma de la Alhóndiga, mientras ambos observaban desde la distancia las últimas fogatas de un saqueo que apenas empezaba a ceder—. ¿Esto era lo que tenía que pasar para que algo cambiara de verdad en esta tierra?

—No lo sé, padre. Pero sé que usted no puede cargar solo con la culpa de algo que trescientos años de tributo y de desprecio construyeron mucho antes de que usted tocara ninguna campana en Dolores.

—Ese consuelo, Refugio, no me alcanza esta noche. Tal vez me alcance mañana, o el año que viene, si es que para entonces sigo vivo para intentarlo. Pero esta noche, con el cuerpo de Riaño todavía sin enterrar como merece, no me alcanza en absoluto.

Miguel ordenó, esa misma noche, que se le diera a Riaño sepultura digna, apartada de las fosas comunes donde ya se enterraba, a toda prisa, a las decenas de víctimas anónimas de la matanza. Fue una de las pocas órdenes que la columna, todavía desbordada por el fervor del saqueo, cumplió sin resistencia ni murmullo, como si incluso en medio del caos más absoluto quedara, en algún rincón de aquella masa humana, un respeto residual hacia el hombre que los había convocado y hacia el gesto que ese hombre insistía en cumplir por un antiguo amigo convertido en enemigo.

—Padre, mañana esta ciudad va a amanecer distinta a como la conocíamos —le dijo Refugio, ya de madrugada, cuando ambos por fin se retiraron a descansar—. Y no sé si distinta para bien.

—Yo tampoco lo sé, Refugio. Lo único que sé, esta noche, es que ya no hay manera de que yo vuelva a mirar esta guerra de la misma forma en que la miraba hace apenas dos semanas, cuando todo esto era todavía una promesa y no una cuenta de cuerpos que ya he dejado de poder contar con exactitud.

CAPÍTULO 13

Guanajuato bajo el mando del cura

Guanajuato, octubre de 1810

Pasados los dos días de saqueo que siguieron a la toma de la Alhóndiga, Miguel se enfrentó a una tarea para la que ninguna de sus experiencias anteriores lo había preparado del todo: gobernar, aunque fuera de manera provisional, una ciudad devastada por la misma fuerza que él había convocado apenas unas semanas antes con una arenga en el atrio de su propia parroquia. Convocó a los notables criollos de Guanajuato que habían sobrevivido a la matanza, muchos de ellos todavía conmocionados por lo que habían presenciado, para intentar reconstruir algo parecido a una administración funcional.

—Necesito hombres dispuestos a ocupar los puestos que dejaron vacantes quienes murieron o huyeron —les dijo Miguel, en una reunión celebrada en el mismo edificio del ayuntamiento, apenas unos días después del asalto—. La ciudad necesita justicia, necesita abasto, necesita que alguien cobre y administre lo que quede de las minas, porque de otro modo esto que hemos ganado no va a servir de nada.

—Padre Hidalgo, con todo respeto —respondió uno de los notables, un comerciante criollo que había perdido a un socio español durante la matanza—, la misma gente a la que usted pide que administre esta ciudad todavía tiene miedo de que la turba regrese a terminar lo que empezó hace unos días.

—Esa turba, como usted la llama, ya no puede quedarse indefinidamente en Guanajuato saqueando lo que queda. La voy a mover hacia otros objetivos en los próximos días. Lo que necesito de ustedes es que se queden, y que gobiernen esta ciudad con la misma decencia que esperan de mí.

El comerciante aceptó, no sin reticencia, y en los días siguientes Miguel logró nombrar, con el apoyo de Allende y de un pequeño círculo de oficiales de confianza, autoridades provisionales para varias de las funciones más urgentes: abasto de alimentos, seguridad de las calles, administración de lo que quedaba del tesoro de las minas tras el saqueo.

Una de las decisiones más difíciles de esos días fue la de establecer, con la ayuda de Allende, un tribunal improvisado para castigar los excesos más flagrantes cometidos durante el saqueo, una medida que resultaba incómoda incluso para el propio Miguel, que apenas días antes había autorizado el mismo desorden que ahora pretendía sancionar.

—Padre, ¿no le parece contradictorio castigar ahora lo que usted mismo permitió hace unos días? —le preguntó uno de los oficiales, cuando Miguel ordenó el arresto de un grupo de hombres acusados de haber asesinado a una familia entera mucho después de que la resistencia armada hubiera cesado por completo.

—Permití el saqueo de bienes, no el asesinato de gente que ya no representaba ninguna amenaza. Hay una línea entre las dos cosas, aunque en el calor de aquella tarde se haya vuelto casi imposible de distinguir.

Ahora que el calor ha pasado, esa línea vuelve a ser clara, y pienso hacerla respetar.

—¿Y si esta gente que usted quiere castigar decide que ya no le debe obediencia?

—Entonces sabré que perdí algo más que una batalla ese día, oficial. Pero no pienso gobernar, ni siquiera un gobierno tan improvisado como este, fingiendo que el asesinato de inocentes no merece castigo solo porque ocurrió en medio de una victoria.

El tribunal, aunque limitado en su alcance real, condenó a un pequeño número de hombres identificados con relativa certeza como responsables de los excesos más graves, en una medida que Miguel sabía insuficiente frente a la magnitud de lo ocurrido, pero que consideraba necesaria para sostener cualquier pretensión de que su movimiento representaba algo más que el caos que sus enemigos ya empezaban a atribuirle en los pasquines y proclamas que circulaban desde la capital.

—Padre, esto empieza a parecerse más a un gobierno que a un ejército —le comentó Refugio, observando cómo Miguel dictaba instrucciones a un escribiente sobre la distribución de maíz entre los barrios más afectados por la escasez que había dejado tras de sí el saqueo.

—Ojalá fuera tan sencillo, Refugio. Un gobierno necesita tiempo para asentarse, y yo no sé cuánto tiempo tengo antes de que Calleja llegue con su ejército, o antes de que esta misma gente que hoy me obedece decida que ya tuvo suficiente de mí.

Miguel ordenó también, en esos mismos días, que se redactaran cartas dirigidas a autoridades de Estados Unidos, buscando un reconocimiento diplomático que, aunque remoto, podría fortalecer la posición del movimiento insurgente frente a la Corona española y ante el resto de las potencias europeas que seguían de cerca lo que ocurría en el virreinato.

—¿Cree usted de verdad que los americanos van a responder, padre? —le preguntó Allende, revisando el borrador de una de esas cartas con una expresión de escepticismo que no se molestaba en disimular.

—No lo sé, capitán. Pero un movimiento que solo cuenta con la fuerza de sus propias armas, sin ningún respaldo exterior, tiene menos posibilidades de sostenerse en el tiempo. Vale la pena intentarlo, aunque la respuesta tarde meses en llegar, si es que llega.

La noticia que cambiaría de manera decisiva el rumbo del apoyo eclesiástico hacia la insurgencia llegó a mediados de octubre, cuando un mensajero procedente de la Ciudad de México alcanzó el campamento de Miguel con una carta sellada por la autoridad episcopal.

—Padre Hidalgo, traigo noticias que debo entregarle personalmente —dijo el mensajero, con una expresión que ya anticipaba, antes de que Miguel abriera el sello, la gravedad de lo que contenía.

Miguel abrió la carta y la leyó en silencio, mientras Refugio y Allende esperaban, a pocos pasos, sin atreverse a preguntar. El documento, redactado con el lenguaje formal propio de la autoridad eclesiástica, detallaba los cargos con una precisión que a Miguel le resultó, incluso en medio del golpe que representaba, dolorosamente familiar: rebelión contra la autoridad legítima del rey y de la Iglesia, responsabilidad directa en la muerte de cientos de súbditos leales durante el asalto a la Alhóndiga, y la incitación de una masa popular a la violencia indiscriminada contra la población española. Cuando terminó de leer, dobló el papel despacio, con un cuidado casi ceremonial que contrastaba con la violencia de lo que acababa de leer.

—Me excomulgaron —dijo finalmente, sin levantar la vista—. El obispo de Michoacán firmó la excomunión, alegando la matanza de Guanajuato y la rebelión contra la autoridad legítima.

—¿Qué obispo, padre? —preguntó Refugio.

—No fue el obispo mismo quien redactó los argumentos, Refugio. Fue Manuel Abad y Queipo, que firma como su representante. Mi amigo de los años de Valladolid, el mismo que me prestó mis primeros libros prohibidos, el mismo que me advirtió sobre las tertulias años antes de que las tertulias me costaran el primer expediente inquisitorial.

—¿Y qué va a hacer usted?

El mismo mensajero, antes de retirarse, le entregó a Miguel una segunda noticia que este recibió con un pesar distinto, más personal que institucional.

—También me pidieron informarle, padre, que doña Josefa Ortiz de Domínguez fue arrestada en Querétaro, junto con su esposo, acusados de haber facilitado la conjura desde su propia casa.

—¿Arrestada? ¿Y qué va a ser de ella?

—Eso no lo sé, padre. Solo sé que las autoridades la tienen bajo custodia, y que no ha corrido, hasta donde yo sé, la misma suerte que otros conjurados capturados en estos días de confusión y de venganza por ambos lados.

Miguel se quedó en silencio un momento largo, con la carta de excomunión todavía entre las manos, antes de responder.

—Esa mujer avisó a tiempo, con un riesgo que ninguno de nosotros calculó del todo esa noche, y ahora paga el precio por ello mientras yo sigo libre para seguir cometiendo los errores que ella intentó ayudarnos a evitar desde el principio. No sé qué puedo hacer por ella desde aquí, Refugio, salvo seguir adelante, y esperar que este movimiento, si algún día triunfa, no olvide lo que le debe.

Allende, que había escuchado la noticia con una mezcla de sorpresa y de cálculo político, no tardó en señalar la dimensión práctica del problema, sin detenerse demasiado en el arresto de Josefa Ortiz, que a sus ojos representaba un riesgo político más que una pérdida personal.

—Padre, esto puede costarnos apoyo entre la feligresía más devota. Mucha gente que nos ha seguido hasta ahora lo hizo, en parte, porque usted es sacerdote. Si el pueblo empieza a ver esta excomunión como legítima, podríamos perder más de lo que ganamos en Guanajuato.

—Lo sé, capitán. Y no tengo una respuesta fácil para ese riesgo, salvo confiar en que la misma gente que me sigue sepa distinguir entre la autoridad de un obispo que nunca ha pisado el Bajío y la autoridad de un cura que ha vivido, codo a codo, la miseria de esta tierra durante casi cuarenta años.

Esa misma noche, ya a solas con Refugio, Miguel permitió que la fachada de determinación que había mantenido frente a Allende cediera, aunque fuera solo un momento, ante la persona que lo conocía desde antes de que existiera cualquier fachada que mantener.

—Abad y Queipo, Refugio. De todos los que pudieron firmar esa carta, tenía que ser él.

—¿Le duele más por ser él, o le dolería igual si fuera cualquier otro obispo?

—Me duele más por ser él, si he de ser honesto. Con cualquier otro, hubiera sido solo la Iglesia castigando a un rebelde. Con Abad y Queipo, es también un amigo diciéndome que ya no reconoce al hombre en el que me he convertido. Y no sé, Refugio, si tiene razón o no la tiene.

—Usted mismo me dijo, hace apenas unas semanas, que ya no había camino de regreso al hombre que era antes del Grito. Quizás Abad y Queipo solo está diciendo, con otras palabras y desde otro lugar, la misma verdad que usted ya había aceptado.

Miguel no respondió de inmediato, pero la observación de Refugio se le quedó grabada durante los días siguientes, mientras la columna, ya reorganizada parcialmente bajo la administración provisional que había logrado establecer en Guanajuato, se preparaba para retomar la marcha hacia la Ciudad de México, con la excomunión pesando sobre Miguel como una sombra que ninguna victoria militar, por grande que fuera, parecía capaz de disipar del todo.

—¿Y si al final, padre, esta excomunión resulta ser lo que más lo acerca a la gente, en vez de lo que más lo aleja? —preguntó Refugio, la última noche antes de partir de Guanajuato, mientras ambos supervisaban los últimos preparativos de la columna.

—¿Qué quieres decir?

—Que la gente que lo sigue no obedece al obispo de Michoacán, padre. Obedece al cura que conocieron en Dolores, al que perdonaba diezmos en Colima, al que habla otomí y náhuatl y no solo latín. Puede que para ellos, esta excomunión solo confirme que usted está del lado de ellos, y no del lado de quienes la firmaron.

Miguel se quedó pensativo un largo momento, sopesando la observación con la misma atención con que había sopesado, décadas atrás, la pregunta de un niño otomí junto a un mayordomo que contaba fanegas de maíz.

—Ojalá tengas razón, Refugio. Porque si la tienes, entonces quizás esta excomunión no sea el final de nada, sino apenas el principio de entender quién soy de verdad, ahora que ya no tengo sotana que me proteja de la pregunta.

—Eso, padre, ya lo veremos con el tiempo. Por ahora, lo que hay que hacer es preparar a esta gente para el camino que sigue, porque Calleja no va a esperar a que usted termine de resolver sus dudas teológicas.

Miguel sonrió, a pesar de todo, ante la franqueza de Refugio, la misma franqueza que había conocido de niño junto a un arroyo, y que cuarenta y cinco años después seguía siendo, en medio de la guerra más grande que ninguno de los dos había imaginado nunca, el único punto fijo que le quedaba desde donde mirar con algo de claridad el desastre y la esperanza que, a partes iguales, definían ya cada uno de sus días.

CAPÍTULO 14

El Monte de las Cruces y la retirada que nadie entendió

Monte de las Cruces, cercanías de la Ciudad de México, 30 de octubre de 1810

La columna insurgente, que para finales de octubre ya rebasaba los ochenta mil hombres, avanzó desde Guanajuato hacia la Ciudad de México con una fuerza que ninguna autoridad realista había logrado contener hasta entonces, atravesando pueblo tras pueblo sin encontrar resistencia organizada de ningún tipo. El 30 de octubre, en las alturas boscosas del Monte de las Cruces, se enfrentó al ejército realista comandado por el coronel Torcuato Trujillo, apenas dos mil quinientos hombres bien armados y disciplinados frente a una masa insurgente que los superaba en una proporción abrumadora.

—Trujillo no va a poder contenernos, padre —le dijo Allende, la noche anterior a la batalla, revisando con Miguel las posiciones que los realistas habían tomado en las alturas boscosas que dominaban el camino—. Tiene la ventaja del terreno, pero nosotros tenemos el número, y a estas alturas el número ya ha demostrado ser lo único que de verdad importa en esta guerra.

—Ojalá tenga usted razón, capitán. Porque si perdemos aquí, después de todo lo que hemos avanzado, no sé si esta gente tendría fuerzas para levantarse otra vez.

La batalla, librada durante buena parte del día siguiente, resultó en una victoria insurgente clara, aunque obtenida a un costo considerable tanto en municiones como en vidas. Refugio, que combatió esa jornada entre los hombres reclutados en Guanajuato, describiría después a Miguel, ya de

noche, el momento en que la línea realista finalmente cedió ante el peso de la masa insurgente.

—Resistieron más de lo que yo esperaba, padre. Trujillo tenía buena posición en las alturas, y sus hombres disparaban con una disciplina que la nuestra no tiene ni de lejos, ni creo que llegue a tener nunca del todo. Pero no importa cuánta disciplina tenga uno cuando el otro bando no deja de llegar, oleada tras oleada, sin detenerse nunca.

—¿Y tú, Refugio? ¿Estás bien?

—Estoy vivo, padre, que ya es más de lo que puedo decir de varios hombres que conocía de la curtiduría. Uno de ellos cayó a mi lado, a media tarde, sin que yo pudiera hacer nada más que seguir avanzando.

—Lo siento, Refugio, de verdad lo siento.

—Todos lo sentimos, padre. Pero ganamos, y esta noche eso parece pesar más que el resto de las pérdidas, aunque no sé si mañana vaya a seguir pesando igual, cuando el cansancio pase y solo queden los nombres de los que faltan.

Los realistas, superados en número de manera abrumadora, terminaron por retirarse hacia la capital en desorden, dejando el camino hacia la Ciudad de México prácticamente abierto para un ejército que, por primera vez desde el inicio de la insurgencia, se encontraba a las puertas mismas del corazón del virreinato.

—Padre, la capital está desguarnecida —le informó un explorador esa misma noche, con el entusiasmo de quien trae la mejor noticia posible—. El pánico ya corre entre las familias españolas. Dicen que muchas están empacando para huir hacia Veracruz.

En la propia Ciudad de México, aunque Miguel no podía presenciarlo directamente, el pánico que el explorador describía se manifestaba esa misma noche en cientos de hogares como el de un comerciante peninsular que, según se sabría después por testimonios recogidos por los propios cronistas de la época, ordenó a su familia empacar cuanto pudieran cargar en un solo carruaje.

—¿De verdad van a llegar hasta aquí, padre? —le preguntó su hija mayor, una muchacha de quince años, mientras ayudaba a su madre a envolver la platería familiar en mantas viejas, con las manos temblándole más de lo que hubiera querido admitir frente a sus padres.

—No lo sé, hija. Pero después de lo que dicen que pasó en Guanajuato, no pienso quedarme a averiguarlo con mis propios ojos. Mejor perder la casa que perder la vida.

Ese mismo temor, multiplicado por cientos de familias que compartían la misma decisión esa noche, era exactamente lo que Miguel sopesaba, sin saberlo con el detalle de una escena concreta pero sí con la certeza general de lo que su ejército representaba para la población española de la capital.

Miguel convocó, esa misma noche, un consejo de guerra improvisado con Allende, Aldama y los oficiales de mayor confianza, para decidir el siguiente paso de una campaña que, en cuestión de horas, podría alcanzar su objetivo más ambicioso.

—La capital es nuestra si avanzamos ahora, padre —dijo Allende, con una convicción que no dejaba espacio para la duda—. Mañana mismo podríamos entrar, y con la capital en nuestras manos, esta guerra prácticamente estaría ganada.

—¿Y qué va a pasar cuando esta gente, la misma que vimos en Guanajuato, entre a la ciudad más grande y más rica de todo el virreinato, con el doble o el triple de riquezas que encontraron en la Alhóndiga esperándolos detrás de cada puerta?

El silencio que siguió a la pregunta de Miguel, según reconstruiría después Aldama en su propia correspondencia, dejó claro que ninguno de los presentes tenía una respuesta que lo tranquilizara del todo.

—No lo sé, padre —admitió Allende, finalmente—. Pero no podemos dejar pasar esta oportunidad por miedo a lo que pueda pasar después. La guerra se gana tomando la capital, no evitándola por prudencia.

—La guerra se pierde también, capitán, si lo que tomamos termina siendo una ciudad en ruinas y una masacre que ningún gobierno insurgente podría sobrevivir políticamente. Guanajuato ya nos costó la excomunión y el apoyo de buena parte del clero. No sé qué nos costaría repetir eso, multiplicado por diez, en la capital del virreinato.

Miguel expuso, esa misma noche, las tres razones que terminarían por inclinar su decisión hacia la retirada, exponiéndolas una por una frente a un consejo de oficiales que escuchaba con una mezcla de respeto y de impaciencia mal disimulada: el temor fundado de que la masa repitiera, a una escala todavía mayor, la masacre de Guanajuato; la falta casi total de municiones tras la batalla del Monte de las Cruces, que dejaba al ejército insurgente peligrosamente expuesto ante cualquier resistencia organizada dentro de la ciudad; y la noticia, confirmada esa misma tarde por varios exploradores, de que el ejército disciplinado de Félix María Calleja avanzaba desde el norte con una velocidad que amenazaba con cerrar cualquier vía de retirada si la columna insurgente se quedaba atrapada en un asedio prolongado a la capital.

—Con las municiones que nos quedan, capitán, no podríamos sostener un asedio de más de unos días si la ciudad decide resistir dentro de sus murallas y sus conventos fortificados. Y si Calleja llega mientras estamos empantanados ahí dentro, quedaríamos atrapados entre la ciudad y su ejército, sin salida.

—Entonces retirémonos con las municiones que tenemos, resolvamos el problema de abasto, y volvamos a intentarlo en unas semanas, cuando estemos mejor preparados.

—No hay garantía de que Calleja nos dé esas semanas, Allende. Y no hay garantía tampoco de que esta gente, si la hacemos retroceder ahora que la victoria estaba al alcance de la mano, mantenga la misma disposición a seguir luchando después.

La discusión se extendió durante buena parte de la noche, con Allende insistiendo en el argumento militar de aprovechar la ventaja obtenida en el Monte de las Cruces, y Miguel sosteniendo, con la misma terquedad que lo había caracterizado desde los debates escolásticos de su juventud, que el riesgo de una segunda Alhóndiga, esta vez en la capital del virreinato, superaba cualquier beneficio estratégico inmediato.

—Usted no entiende de guerra, padre, aunque ya lleve semanas dirigiendo un ejército más grande que cualquiera que yo haya comandado en mi carrera militar —le dijo finalmente Allende, con una frustración que ya no se molestaba en disimular—. En la guerra, las oportunidades como esta no vuelven a presentarse dos veces.

—Y usted, capitán, no entiende del todo lo que vi en el patio de la Alhóndiga, con el cuerpo de un amigo tendido entre los que confiaron en mi palabra. No pienso arriesgarme a ver eso multiplicado en una ciudad de cien mil habitantes, ni siquiera por la oportunidad militar más grande de toda esta guerra.

Allende no respondió de inmediato, y el silencio que siguió, más tenso que cualquiera de los que habían compartido desde la noche de la delación en Querétaro, marcó el momento en que ambos entendieron, sin necesidad de decirlo en voz alta, que la fractura entre sus dos visiones del movimiento ya no podría sanarse con el paso del tiempo, por muchas victorias compartidas que todavía les quedaran por delante.

—Es su decisión, padre, como Generalísimo que es. Pero quiero que conste que yo hubiera avanzado, y que si esta guerra se pierde después de esta noche, será porque elegimos la prudencia en el único momento en que la audacia hubiera bastado para ganarla de una vez y para siempre.

—Y yo quiero que conste, capitán, que prefiero perder una guerra a ganar una masacre que ninguno de los dos podría después justificar ante Dios ni ante la historia, ni ante nuestra propia conciencia cuando envejezcamos, si es que a alguno de los dos nos toca envejecer.

La orden de retirada se emitió esa misma madrugada, y la columna insurgente, todavía la fuerza más numerosa que el virreinato hubiera visto jamás reunida, dio media vuelta a las puertas mismas de la capital y comenzó el regreso hacia el Bajío, dejando atrás una oportunidad que la historiografía posterior discutiría, durante generaciones, como el error estratégico más costoso de toda la insurgencia, y que Refugio, cabalgando esa madrugada junto a Miguel en un silencio que ninguno de los dos rompió durante las primeras horas del regreso, no se atrevió a comentar hasta ya bien entrada la mañana siguiente.

—¿Cree usted que hizo bien, padre?

—No lo sé, Refugio. Y sospecho que es la primera vez, desde que tocaron las campanas en Dolores, que de verdad no lo sé.

—Allende no se lo va a perdonar fácilmente.

—Lo sé. Vi algo en su cara anoche que no había visto antes, ni siquiera cuando discutíamos el saqueo en San Miguel. Esto fue distinto. Esto se sintió como el principio de una ruptura que ya no vamos a poder cerrar del todo, por más victorias que ganemos juntos de aquí en adelante.

—¿Y usted volvería a decidir lo mismo, si pudiera regresar a anoche?

Miguel se quedó pensativo un largo trecho del camino antes de responder, con la misma mirada fija en el horizonte que Refugio recordaba de la tarde en que ambos se despidieron, cuarenta y cinco años atrás, junto a un arroyo de Corralejo.

—Sí, Refugio. Volvería a decidir lo mismo, aunque me cueste la guerra entera. Prefiero cargar con la duda de si perdimos la oportunidad más grande de esta guerra, a cargar con la certeza de haber provocado, con mis propias manos, una masacre diez veces más grande que la de Guanajuato, en la ciudad más poblada de todo el virreinato.

—Entonces cárguela con la cabeza en alto, padre. Ya bastante peso lleva encima como para además dudar de una decisión que, según lo que usted mismo me explicó anoche, tomó por las razones correctas.

—Ojalá el tiempo te dé la razón, Refugio. Porque si Allende tiene razón en cambio, esta va a ser la decisión que los historiadores señalen, dentro de cien años, como el momento exacto en que esta guerra se perdió sin que nadie disparara un solo tiro de más, ni ganara ni perdiera nada en el campo de batalla mismo.

El camino de regreso hacia el Bajío, recorrido bajo un silencio mucho más denso que el que había acompañado la marcha de ida hacia la capital, marcó el inicio de una nueva etapa de la insurgencia, una etapa en la que la fractura entre Miguel y Allende, apenas insinuada en los meses anteriores, empezaría a manifestarse con una frecuencia y una intensidad que ninguno de los dos, ni siquiera en la noche más tensa de aquel consejo de guerra, había anticipado del todo.

CAPÍTULO 15

Aculco y la fractura del mando

Aculco, 7 de noviembre de 1810

El ejército de Félix María Calleja, que había avanzado desde el norte con la disciplina y la velocidad que Miguel tanto temía la noche de la retirada del Monte de las Cruces, alcanzó finalmente al grueso de la columna insurgente el 7 de noviembre, cerca del pueblo de Aculco, apenas unos días después de que la fuerza que había estado a las puertas mismas de la capital

comenzara su regreso hacia el Bajío con las municiones agotadas y el ánimo todavía dividido por la discusión de aquella noche.

—Padre, los exploradores confirman que es Calleja, con todo su ejército —le informó Allende, esa misma mañana, con una tensión que no lograba disimular—. Vienen bien armados, bien organizados, y nosotros todavía cargamos con la fatiga de la retirada.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen hasta nosotros? —preguntó Miguel, ya calculando en silencio cuántas horas de ventaja les quedaban para organizar alguna defensa mínima.

—Poco, padre. Muy poco tiempo.

El encuentro, más una emboscada aprovechada por la superioridad táctica realista que una batalla campal en igualdad de condiciones, resultó en una derrota rápida y contundente para el ejército insurgente. La disciplina de las tropas de Calleja, entrenadas y organizadas según los métodos militares más rigurosos de la época, se impuso sin mayor dificultad sobre una masa que, pese a su número todavía considerable, carecía de la cohesión necesaria para sostener un combate formal contra un enemigo decidido a no dejarse arrastrar por el desorden.

Refugio, que combatía esa mañana en las líneas cercanas al centro de la formación insurgente, vio con sus propios ojos cómo la disciplina realista deshacía, en cuestión de minutos, lo que había costado semanas construir.

—¡Aguanten la línea! —gritaba un oficial cercano, momentos antes de que la propia línea se disolviera bajo el fuego cerrado de la infantería de Calleja.

Refugio, junto a un grupo de hombres de la curtiduría que todavía combatían a su lado desde Dolores, retrocedió entre el humo y la confusión, tratando de mantener algo de orden en medio de un pánico que se extendía con la misma rapidez que el fuego enemigo.

—¡Por aquí, no se dispersen! —gritó, intentando reunir a los pocos hombres que todavía reconocía entre el caos, aunque la mayoría, presa del pánico, ya corría en direcciones distintas sin escuchar ninguna orden.

—¡Retirada! ¡Que se retire quien pueda! —gritó Allende, en medio de la confusión, cuando ya resultaba evidente que la línea insurgente no aguantaría mucho más el embate realista.

La huida que siguió, caótica y dispersa, dejó tras de sí buena parte del armamento y las provisiones que la columna había acumulado desde Dolores, y separó, en cuestión de horas, a miles de hombres que hasta esa mañana habían marchado juntos bajo un mismo mando.

Refugio, que logró reagrupar a un puñado de los hombres de la curtiduría ya bien entrada la tarde, encontró a Miguel esa misma noche, sentado frente a una fogata pequeña, revisando con un oficial las primeras cifras aproximadas de lo perdido esa jornada.

—¿Cuántos, padre? —preguntó Refugio, sentándose a su lado sin esperar respuesta a la pregunta que ya temía.

—No lo sabemos con certeza todavía. Miles, probablemente, entre muertos, heridos y los que simplemente se dispersaron y no hemos vuelto a encontrar. Es la peor derrota que hemos sufrido desde que salimos de Dolores.

—¿Y los que se dispersaron? ¿Cree usted que vuelvan a buscarnos, o los hemos perdido para siempre?

—Algunos sí, supongo. Otros ya habrán decidido que esta guerra no vale el riesgo que están corriendo, y no sé si tendría yo mismo argumentos para reprochárselo, después de un día como el de hoy.

Refugio no respondió de inmediato, y ambos se quedaron mirando el fuego un momento, rodeados por los restos de un campamento que apenas horas antes había sido parte de la fuerza insurgente más numerosa que el virreinato hubiera conocido jamás.

Miguel, que había presenciado la derrota desde una posición cercana al centro de la formación, se reunió esa misma noche con Allende y Aldama en lo que quedaba del campamento, en un ambiente muy distinto al de la euforia que había acompañado la toma de Guanajuato apenas semanas antes.

—Esto es exactamente lo que yo temía, padre —le dijo Allende, sin disimular ya la amargura en su voz—. Si hubiéramos tomado la capital cuando pudimos, no estaríamos aquí, dispersos y derrotados, esperando a ver cuánta gente nos queda al amanecer y cuánta ya decidió no volver.

—O estaríamos muertos entre las ruinas de una ciudad que jamás debimos intentar tomar sin las municiones necesarias para sostenerla, capitán, y sin garantía alguna de que Calleja no nos hubiera cerrado el paso igual, solo que dentro de una ciudad en lugar de en campo abierto. No sabemos cuál de los dos caminos hubiera sido peor.

—Sabemos cuál de los dos ya ocurrió, padre. Y no fue el que yo propuse aquella noche frente a las murallas de la capital.

El reproche, pronunciado con una frialdad que contrastaba con la pasión de discusiones anteriores, marcó un cambio en el tono de la relación entre ambos hombres que Aldama, presente en la conversación, no dejó de notar.

—Ya no ganamos nada discutiendo lo que pudo haber sido —intervino Aldama, tratando de encauzar la conversación hacia lo urgente, con la voz de quien lleva meses moderando los ánimos de los otros dos—. Lo que necesitamos decidir esta noche es qué hacemos con lo que nos queda de ejército, antes de que Calleja decida rematarnos mientras seguimos discutiendo entre nosotros como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Miguel asintió, agradecido por la intervención, y la conversación se desplazó hacia una decisión que, según reconstruirían después varios de los presentes, ya flotaba en el ambiente desde antes de que nadie la pronunciara en voz alta: la necesidad de dividir las fuerzas que quedaban, para intentar reorganizarse en dos frentes distintos antes de que Calleja

pudiera perseguir y aniquilar a lo que quedaba de un solo ejército disperso y sin la cohesión suficiente para volver a enfrentarlo en un solo cuerpo.

—Propongo que yo me dirija hacia Guanajuato con parte de la tropa, padre —dijo Allende, ya con un tono más calculado, más propio del militar que evalúa opciones que del hombre que apenas minutos antes reprochaba una decisión pasada—. Ahí todavía tenemos autoridades que nombramos, y podemos reorganizar la defensa de la ciudad antes de que Calleja la recupere para la Corona y deshaga todo lo que construimos ahí en octubre.

—¿Y yo, capitán?

—Usted podría dirigirse hacia Valladolid, padre, con el resto de la gente. Es una ciudad que conoce bien, donde tiene contactos, y donde podría reorganizar el apoyo político que esta campaña necesita después de un golpe como el de hoy.

Miguel sopesó la propuesta un momento, consciente de que la división, aunque táctica en apariencia, representaba también una separación que ninguno de los dos nombraba abiertamente pero que ambos entendían con claridad: la ruptura de un mando conjunto que ya no lograba sostenerse sin fricciones constantes, ni siquiera en las noches de mayor urgencia compartida.

—¿Y usted cree, capitán, que esto que proponemos es solo una división táctica temporal, o es en realidad algo más definitivo que ninguno de los dos se atreve a nombrar todavía?

Allende no respondió de inmediato, y el silencio que siguió, más franco que cualquier respuesta que hubiera podido ofrecer, confirmó lo que ambos ya sospechaban.

—Es lo que necesitamos esta noche, padre. Lo que sea que esto signifique además, ya lo iremos descubriendo con el tiempo, cada uno desde su propio camino.

Refugio, que había permanecido cerca durante buena parte de la conversación, se acercó a Miguel cuando ya los detalles de la separación empezaban a ejecutarse, con oficiales dividiendo a los hombres que quedaban entre las dos columnas que partirían al amanecer.

—Padre, ¿esto es lo mejor que podíamos hacer, dividir lo poco que nos queda en dos partes todavía más pequeñas?

—No lo sé, Refugio. Sé que es lo único que se me ocurre esta noche, después de una derrota que todavía no termino de entender del todo. Pero separarnos de Allende, después de todo lo que hemos vivido juntos desde Querétaro, se siente como perder algo que ya no vamos a poder recuperar, gane quien gane esta guerra al final.

—¿Usted cree que él lo culpa a usted por lo de Aculco?

—Creo que él cree que me culpa por el Monte de las Cruces, Refugio, y que Aculco solo confirmó lo que ya pensaba desde esa noche frente a las murallas de la capital. No sé si tiene razón. Lo que sí sé es que ya no

discutimos como dos hombres que buscan la misma verdad, sino como dos hombres que ya decidieron, cada uno por su lado, cuál es la verdad que prefieren defender.

La despedida, a la mañana siguiente, ocurrió sin la ceremonia que quizás hubiera merecido un momento tan decisivo para el curso de la insurgencia. Allende partió con su columna hacia Guanajuato, Aldama lo acompañó, y Miguel, con Refugio y el resto de la tropa que quedó bajo su mando directo, tomó el camino hacia Valladolid, la ciudad donde había sido Rector, donde había ganado el apodo de El Zorro, y donde, cuarenta años atrás, nunca hubiera imaginado que regresaría algún día al frente de un ejército derrotado, cargando sobre los hombros el peso de una fractura que él mismo, más que nadie, sabía que ya no tenía remedio fácil, ni siquiera con el paso de los meses ni con la victoria más grande que pudiera todavía conseguir.

—Capitán —le dijo Miguel a Allende, antes de que las dos columnas tomaran caminos distintos—, pase lo que pase de aquí en adelante, quiero que sepa que lo que empezamos juntos en Dolores sigue significando algo para mí, más allá de nuestras diferencias y de lo que pasó ayer en el campo de batalla.

—Lo sé, padre. Y para mí también significa algo, aunque ya no sepa bien qué es exactamente lo que estamos defendiendo cada uno, o si seguimos defendiendo lo mismo que nos reunió en aquella tertulia hace ya tanto tiempo.

Los dos hombres se despidieron con un apretón de manos breve, casi formal, muy distinto del entusiasmo con que se habían presentado por primera vez en una tertulia de Dolores apenas año y medio antes, y las dos columnas, ya visiblemente diezmadas por la derrota de Aculco, se alejaron en direcciones opuestas bajo un cielo todavía oscurecido por el humo de la batalla del día anterior.

Refugio, cabalgando junto a Miguel mientras la columna hacia Valladolid tomaba forma detrás de ellos, observó en silencio la figura de Allende alejándose por el camino opuesto hasta que se perdió entre el polvo levantado por su propia columna.

—¿Cree usted que vuelvan a encontrarse, padre? ¿O esto es una despedida de verdad?

—No lo sé, Refugio. Esta guerra nos ha enseñado, en apenas dos meses, que nada de lo que dábamos por seguro sigue siéndolo al día siguiente. Hace un mes yo hubiera dicho que Allende y yo íbamos a terminar esto juntos, para bien o para mal. Hoy ya no tengo esa certeza.

—¿Y eso lo entristece más que la derrota de ayer?

—De maneras distintas, Refugio. La derrota de ayer duele porque perdimos hombres, perdimos armas, perdimos tiempo. Esto que pasó esta mañana duele porque perdimos algo que no se recupera con una victoria futura, por

grande que sea. Perdimos la confianza de estar del mismo lado exacto de una misma causa.

Refugio no respondió de inmediato, y los dos siguieron cabalgando en silencio, mientras Valladolid, todavía a varios días de distancia, se convertía poco a poco en el único destino claro que le quedaba a un hombre que apenas dos meses atrás dirigía una tertulia nocturna, y que ahora encabezaba lo que quedaba de un ejército, separado del compañero con quien había compartido el momento más audaz y más incierto de toda su vida.

CAPÍTULO 16

Valladolid, el primer decreto contra la esclavitud y las ejecuciones nocturnas

Valladolid, noviembre de 1810

La entrada a Valladolid, a mediados de noviembre, trajo consigo una sensación que Miguel no había anticipado del todo: la de regresar, después de cuarenta años, a la ciudad donde había sido estudiante, profesor y Rector, ahora al frente de un ejército derrotado en Aculco apenas días antes, y con una reputación que ya no tenía nada que ver con la del cura brillante que discutía teología en los claustros de San Nicolás frente a profesores que jamás hubieran imaginado, en aquellos años, el rumbo que tomaría su vida.

—Esta ciudad me conoce de otra manera, Refugio —le dijo Miguel, mientras la columna, ya notablemente reducida tras la separación de Allende, entraba por las calles que Miguel recorría de memoria, calle por calle, esquina por esquina, como quien recorre los pasillos de una casa que dejó de habitar hace mucho pero cuyo trazo nunca olvidó del todo—. Aquí fui Rector. Aquí me llamaban El Zorro por ganar debates, no por encabezar ejércitos.

—Aquí también lo van a recibir distinto, padre. La gente ya sabe lo que pasó en Guanajuato, y las noticias vuelan más rápido de lo que cualquiera de nosotros puede controlar. Unos lo van a ver como libertador, y otros como el hombre que desató una masacre.

—Ambas cosas son ciertas, Refugio. Ya dejé de intentar convencerme de que solo una de las dos lo es, porque cada vez que lo intento, la otra mitad de la verdad termina por alcanzarme de todos modos.

A pesar de la derrota reciente y de la fractura con Allende, Miguel encontró en Valladolid el apoyo suficiente de la población y de un número considerable de criollos locales para instalar, de manera provisional, un gobierno insurgente en la ciudad, apoyado en parte por antiguos colegas de sus años como Rector que todavía recordaban con respeto su gestión académica, más allá de las deudas que la habían acompañado. Fue ahí, rodeado de antiguos conocidos de sus años de rector y de nuevos

simpatizantes que se sumaban a la causa, donde Miguel decidió formalizar por escrito una de las decisiones que más trascendencia tendría de todo su gobierno: la abolición de la esclavitud en los territorios bajo su control.

—Padre, ¿está usted seguro de esto? —le preguntó un secretario que Miguel había designado para redactar el decreto, releyendo el borrador antes de pasarlo en limpio con una caligrafía cuidadosa—. Esto va a afectar directamente los intereses de muchos hacendados que hasta ahora nos han apoyado, o que al menos no se han opuesto abiertamente a nuestra causa.

—Estoy seguro, y si algunos hacendados deciden retirar su apoyo por esto, entonces su apoyo nunca fue tan sincero como parecía desde el principio. Un movimiento que promete libertad no puede sostener, al mismo tiempo, la esclavitud de seres humanos como si fuera un detalle menor que se resolverá después, cuando ya no haga falta su ayuda.

El decreto, firmado el 19 de octubre y proclamado con mayor formalidad durante la estancia de Miguel en Valladolid, ordenaba la libertad de todos los esclavos en el territorio bajo control insurgente, bajo pena de muerte para quien se negara a cumplirlo. Fue, según reconocería la historiografía posterior, el primer decreto de este tipo emitido en todo el continente americano, meses antes de que cualquier otra nación del hemisferio discutiera siquiera formalmente la cuestión.

La proclamación pública, leída en voz alta por un pregonero en la plaza principal de Valladolid, reunió a un número considerable de curiosos, entre ellos varios hombres y mujeres que hasta ese mismo día habían vivido bajo condición de esclavitud en las haciendas de la región. Uno de ellos, un hombre de mediana edad llamado Casimiro, que había trabajado toda su vida en una hacienda azucarera cercana a la ciudad, se acercó a Refugio después de escuchar la proclamación completa.

—¿Es cierto lo que acaba de leer ese hombre? ¿De verdad ya no soy propiedad de nadie?

—Es cierto, si el padre Hidalgo lo firmó, es cierto. Y el padre Hidalgo no acostumbra firmar cosas que no piensa sostener.

—Llevo cuarenta años esperando escuchar algo así, sin creer de verdad que lo fuera a escuchar antes de morir.

—Pues ya lo escuchó. Ahora falta ver si el mundo entero respeta lo que ese papel dice, que a veces es más difícil que conseguir que se firme.

Casimiro se quedó un momento más en la plaza, con una expresión que Refugio describiría después a Miguel como la de un hombre que no terminaba de creer del todo lo que acababa de escuchar, y que tardaría, según todo indicaba, mucho más que una tarde en aceptar que la noticia era real y no una promesa más que el mundo terminaría por incumplir, como tantas otras que había escuchado a lo largo de su vida.

—Esto va a quedar, Refugio, pase lo que pase con el resto de esta guerra —le dijo Miguel, la noche en que el decreto quedó formalmente proclamado

en la plaza principal de la ciudad—. Aunque perdamos todo lo demás, esto ya no se lo pueden quitar a la gente que hoy amanece libre por primera vez en su vida.

—Es lo más parecido a una victoria completa que hemos tenido desde Guanajuato, padre. Debería sentirse orgulloso de esto, sin ninguna reserva.

—Lo estoy, Refugio. Más orgulloso de esto que de cualquier batalla que hayamos ganado hasta ahora.

Sin embargo, el mismo hombre capaz de esa decisión, tomada con una claridad moral que ni sus enemigos más feroces lograrían cuestionar del todo, tomó también, en esos mismos días, una decisión de naturaleza completamente distinta, motivada por un temor que crecía con cada noticia de posibles espías infiltrados entre las filas insurgentes.

—Padre, tenemos varios prisioneros españoles bajo custodia, capturados en los últimos combates cerca de la ciudad —le informó un oficial, una noche, mientras Miguel revisaba correspondencia en lo que servía de cuartel general—. Algunos de nuestros hombres sospechan que entre ellos hay espías que informan a Calleja de nuestros movimientos.

—¿Qué pruebas tienen de eso?

—Ninguna concluyente, padre. Pero el riesgo de que la sospecha sea cierta nos parece demasiado alto para arriesgarnos a mantenerlos con vida mientras seguimos en campaña.

Miguel se quedó en silencio un momento, sopesando una decisión que, según reconstruiría después con notable honestidad en su propia correspondencia, tomó bajo la presión combinada del miedo, el cansancio de semanas de derrotas y victorias alternadas, y una paranoia que la guerra misma había ido sembrando en él desde la noche de la delación en Querétaro, cuando aprendió, de la manera más dura posible, lo que costaba confiar en la persona equivocada.

—Ejecútenlos. De noche, sin juicio formal, para no alarmar a la población ni gastar pólvora que necesitamos para el combate.

La orden, ejecutada esa misma noche en las faldas del cerro del Batán, a las afueras de la ciudad, resultó en la muerte de decenas de prisioneros españoles, sacados de sus celdas sin proceso alguno y degollados en la oscuridad por soldados que cumplían una orden que ninguno de ellos, según relatarían después algunos sobrevivientes de aquellas noches, cuestionó abiertamente frente a su Generalísimo.

Uno de los hombres encargados de ejecutar la orden esa noche, un antiguo soldado realista que se había pasado a la insurgencia semanas atrás en San Miguel el Grande, confesaría después a un compañero, ya entrada la madrugada, una inquietud que no se atrevió a expresar frente a sus superiores.

—No me gustó nada de lo de esta noche —dijo, limpiando su machete con un trapo bajo la luz escasa de una fogata casi apagada—. Uno de esos

hombres no dejaba de repetir que tenía familia en Querétaro, que él no era espía de nadie, que solo era comerciante.

—Todos dicen lo mismo cuando están a punto de morir, sean culpables o no.

—Puede ser. Pero eso no me quita la sensación de que esta noche hicimos algo que no tiene mucho que ver con la guerra, y sí mucho que ver con el miedo.

—Entonces guárdate esa sensación para ti, porque el padre Hidalgo dio la orden, y no creo que quiera escuchar dudas de un soldado a estas alturas.

El comentario, repetido con variaciones entre los hombres que habían participado en la ejecución, no llegó directamente a oídos de Miguel esa noche, pero la inquietud que describía terminaría por manifestarse, apenas horas después, en la conversación que sostuvo con Refugio a la mañana siguiente.

Refugio, que se enteró de la orden solo hasta la mañana siguiente, buscó a Miguel con una expresión que este no le había visto nunca antes, ni siquiera frente al cadáver de Riaño en la Alhóndiga.

—Padre, ¿es cierto lo que dicen, que mandó matar a los prisioneros sin juicio?

—Es cierto, Refugio, completamente cierto.

—¿Sin ninguna prueba de que fueran espías de verdad, o solo la sospecha de siempre?

—Sin ninguna prueba concluyente, no. Con la sospecha suficiente para que yo decidiera no arriesgarme, y con el miedo suficiente para que esa sospecha me pareciera razón bastante.

—Eso no es lo mismo que decir que estaba bien hecho, padre. Usted lo sabe mejor que nadie.

—No, Refugio, no lo es. Y no te voy a pedir que me digas que hice bien, porque yo mismo no estoy seguro de poder decírmelo esta mañana, por más vueltas que le doy desde que desperté. Firmé ayer un decreto que libera a miles de seres humanos de la esclavitud, y esa misma noche ordené la muerte de hombres cuya única prueba de culpa fue el miedo de mis propios oficiales. No sé cómo un mismo hombre carga las dos cosas a la vez, pero aquí estoy, cargándolas.

—¿Y va a seguir haciéndolo? ¿Ejecutando gente sin juicio cada vez que la sospecha le parezca suficiente?

Miguel no respondió de inmediato, y el silencio que siguió, más largo e incómodo que cualquiera de los que había compartido con Refugio hasta entonces, dejó entrever una verdad que ninguno de los dos quería nombrar en voz alta: que la guerra, con cada semana que pasaba, iba erosionando algo en el hombre que la había iniciado con una arenga sobre la religión y la

justicia, y que Miguel ya no tenía la certeza de hasta dónde llegaría esa erosión antes de que la guerra misma terminara, de un modo u otro.

—No lo sé, Refugio. Ojalá pudiera prometerte que no. Pero después de lo de anoche, ya no confío tanto en mis propias promesas como confiaba hace apenas dos meses, cuando todo esto era todavía una arenga en el atrio de mi parroquia y no una guerra que no termina de enseñarme quién soy en realidad.

—Entonces al menos prométame otra cosa, padre.

—¿Qué cosa?

—Que la próxima vez que la sospecha le parezca suficiente, se detenga a pensarlo dos veces más de lo que lo pensó anoche. No le pido que nunca vuelva a tomar una decisión difícil. Le pido que no deje que el miedo decida por usted sin que al menos lo intente detener.

—Eso te lo puedo prometer, Refugio, aunque no sé si voy a poder cumplirlo cada vez. La guerra no siempre da tiempo para pensar dos veces nada.

—Entonces encuentre el tiempo, padre. Porque el hombre que firmó ayer la libertad de miles de personas merece que alguien le exija encontrarlo, aunque sea yo, que no tengo ni la mitad de su educación para explicarle por qué.

Miguel miró a Refugio un largo momento, con la misma expresión con que había recibido, décadas atrás, la primera lección de otomí junto a un arroyo de Corralejo, la certeza incómoda de que la persona frente a él le estaba enseñando algo que ningún libro ni ningún claustro había logrado enseñarle del todo.

—Cuarenta y cinco años, Refugio, y sigues siendo el único que me dice las cosas sin adornarlas.

—Alguien tiene que hacerlo, padre. Y a estas alturas, ya no queda nadie más dispuesto a intentarlo.

CAPÍTULO 17

Guadalajara, la Alteza Serenísima y el veneno que no se sirvió

Guadalajara, diciembre de 1810–enero de 1811

Guanajuato cayó nuevamente en manos realistas a finales de noviembre, apenas semanas después de que Allende y Aldama la hubieran dejado bajo la administración provisional que Miguel había establecido tras la Alhóndiga, y Allende, con lo que quedaba de su columna, se replegó hacia Guadalajara, donde Miguel ya había llegado semanas antes con el resto del ejército insurgente. El reencuentro entre ambos, después de la separación de Aculco, ocurrió sin la calidez que había marcado sus primeros meses de alianza.

—Padre —dijo Allende, al presentarse ante Miguel en el palacio que este había ocupado como sede de su gobierno provisional—. Veo que se ha instalado usted con cierta comodidad.

—La ciudad nos recibió con entusiasmo, capitán. Y un gobierno, aunque sea de guerra, necesita un lugar desde donde gobernar.

—¿Y necesita también que lo llamen Alteza Serenísima, padre? Porque eso es lo que dicen que exige usted ahora de quienes lo visitan.

Miguel no negó el título, que en efecto había adoptado en las semanas anteriores, en parte por sugerencia de sus colaboradores más cercanos y en parte, según reconocería después en privado, por una vanidad que la guerra no había logrado erradicar del todo en él.

—Un movimiento necesita también símbolos, capitán, y no solo decretos. Si un título ayuda a que la gente entienda que aquí hay un gobierno y no solo un ejército de paso, no veo el daño en usarlo.

—El daño, padre, es que empieza a parecerse usted más a lo que decimos combatir que a lo que decimos defender.

El comentario, pronunciado con una frialdad que ya no ocultaba el resentimiento acumulado desde el Monte de las Cruces, quedó sin respuesta esa tarde, pero marcó el tono de una relación que, en las semanas siguientes, se deterioraría todavía más.

Refugio, que acompañaba a Miguel casi a diario en el palacio, presenció más de una de las audiencias que el nuevo gobierno insurgente organizaba con una pompa que a él mismo, íntimo conocedor del hombre que se escondía detrás del título, le resultaba difícil de reconciliar con el cura de Dolores que había convocado a la plaza con una sotana sencilla y sin ningún ceremonial.

—Su Alteza Serenísima recibirá ahora a los representantes del cabildo —anunciaba un edecán, mientras Miguel, vestido con ropajes que ningún párroco de provincia hubiera imaginado portar jamás, se sentaba en un salón dispuesto para la ocasión con una solemnidad casi palaciega.

—Padre, con el debido respeto —le dijo Refugio, esa misma noche, cuando la última audiencia del día había terminado—, ¿de verdad necesita todo esto? ¿Los ropajes, el título, la manera en que ahora la gente tiene que dirigirse a usted?

—Necesito que esta gente entienda que aquí hay un gobierno serio, Refugio, no una improvisación de curas y campesinos armados con machetes. Los símbolos importan, aunque a ti y a mí, en el fondo, nos parezcan un poco ridículos.

—A mí no me parecen un poco ridículos, padre. Me parecen que lo están alejando de quien usted era cuando yo lo conocí junto al arroyo.

—Puede que tengas razón. Pero un gobierno de guerra no siempre puede darse el lujo de parecerse al hombre que lo dirige en privado.

A pesar de la tensión creciente con Allende, el gobierno instalado en Guadalajara produjo, en cuestión de semanas, algunos de los documentos más trascendentes de toda la insurgencia. Miguel ratificó ahí, con mayor formalidad que en Valladolid, el decreto de abolición de la esclavitud, ordenó la supresión definitiva del tributo indígena que había pesado sobre generaciones enteras de la población original de la Nueva España, y fundó, con la ayuda de un impresor local, el periódico El Despertador Americano, destinado a difundir las ideas y los objetivos del movimiento insurgente entre una población que hasta entonces solo conocía la causa por rumores y proclamas dispersas.

La proclamación del decreto contra el tributo indígena, leída en la plaza principal de Guadalajara con la misma solemnidad que había acompañado la abolición de la esclavitud en Valladolid, conmovió profundamente a una anciana indígena que se acercó a Miguel, después de la ceremonia, con una humildad que contrastaba con la pompa cortesana que rodeaba ya al gobierno insurgente.

—Su Alteza, llevo sesenta años pagando ese tributo, desde que era niña, igual que lo pagaron mi madre y mi abuela antes que yo —le dijo, con la voz quebrada—. Mi padre lo pagó, y el padre de mi padre. ¿Es cierto que ya se acabó?

—Es cierto, señora. Y no tiene que llamarme Alteza para preguntármelo. Con "padre" basta, como siempre.

—Como usted diga, padre. Pero para mí, después de sesenta años esperando este día, usted merece cualquier título que quiera llevar.

Miguel no supo qué responder a eso, y se limitó a tomar la mano de la anciana entre las suyas, un gesto que Refugio, observando desde unos pasos de distancia, reconoció como uno de los pocos momentos, en las últimas semanas, en que el hombre que había conocido de niño parecía asomarse todavía, intacto, detrás de todo el ceremonial que ahora lo rodeaba.

—Padre, el primer número está listo para imprimirse —le informó el editor del periódico, un criollo ilustrado que se había sumado con entusiasmo al proyecto—. ¿Quiere revisar el contenido antes de que salga a la calle?

—Léemelo tú mismo, que confío más en tu criterio que en mi paciencia esta tarde.

El editor leyó en voz alta los artículos principales, que explicaban en lenguaje accesible las razones de la insurgencia, denunciaban los abusos del gobierno peninsular y llamaban a la población a sumarse a una causa que, según el propio texto, buscaba la justicia tanto como la independencia.

—Está bien, muy bien —dijo Miguel, cuando el editor terminó—. Esto es lo que necesitábamos desde el principio: no solo un ejército que la gente sigue por instinto, sino argumentos que la gente pueda repetir con sus propias palabras.

Sin embargo, la misma ciudad que producía estos documentos de gobierno más avanzados de toda la insurgencia era también el escenario de una continuación, todavía más grave en su escala, de las ejecuciones clandestinas que habían comenzado en Valladolid apenas semanas antes. En las barrancas de Oblatos, a las afueras de Guadalajara, se repitieron durante varias semanas los degollamientos nocturnos de prisioneros españoles, hasta acumular, según los registros más cuidadosos de la época, más de trescientos cincuenta víctimas.

—Padre, esto ya no se puede seguir llamando prudencia militar —le dijo Refugio, una noche, después de enterarse de una nueva tanda de ejecuciones ordenadas sin su conocimiento directo, mientras ambos caminaban lejos del bullicio del palacio—. Esto ya se parece más a una costumbre que a una excepción.

—Lo sé, Refugio. Y no tengo una defensa mejor que la que ya te di en Valladolid. El miedo a los espías no ha disminuido, y cada semana que pasa, la presión de sostener esta guerra parece exigir más de lo que yo mismo estoy dispuesto a dar sin que algo, en mí, se erosione todavía más, capa por capa, como la piedra bajo la lluvia constante.

—¿Y hasta cuándo va a durar esa erosión, padre, antes de que ya no quede nada del hombre que conocí junto al arroyo, cuando ninguno de los dos sabía todavía lo que el otro llegaría a significar en su vida?

Miguel no tuvo respuesta para esa pregunta, y el silencio que siguió confirmó, una vez más, la distancia creciente entre el hombre que había iniciado la insurgencia y el hombre en que la guerra lo iba convirtiendo, semana tras semana.

La tensión con Allende, mientras tanto, alcanzó un punto que ninguno de los dos hubiera anticipado meses atrás, cuando compartían tertulias en Dolores. Aldama, que se mantenía como el punto intermedio entre ambos, fue testigo de una conversación privada con Allende que revelaría, después de la guerra, en su propia declaración ante las autoridades que finalmente los juzgarían a todos.

—Ignacio, esto no puede seguir así —le dijo Aldama a Allende, en privado, después de una nueva noticia de ejecuciones en Oblatos—. El padre Hidalgo ya no dirige esta guerra con la cabeza que la dirigía en Querétaro. Cada decisión suya nos aleja más del apoyo que necesitamos para ganar.

—Lo sé, Juan. Y he pensado, más de una vez en estas últimas semanas de insomnio, que la única manera de salvar esta causa podría ser quitarle a él el mando antes de que Calleja termine el trabajo por nosotros.

—¿Quitarle el mando cómo, Ignacio?

Allende bajó la voz, aunque en la habitación no había nadie más que los dos.

—Hay maneras silenciosas de resolver esto, Juan. Un hombre que come mal y duerme peor, en medio de una guerra como esta, podría enfermar de

muchas maneras que nadie cuestionaría demasiado, ni siquiera los más cercanos a él.

Aldama se quedó en silencio un momento, sopesando la propuesta con una mezcla de horror y de comprensión que, según su propia declaración posterior, lo perseguiría durante el resto de sus días.

—Eso no es quitarle el mando, Ignacio. Eso es matarlo.

—Es una guerra, Juan. Y esta guerra, tal como va, podríamos perderla por las decisiones de un solo hombre que ya no piensa con la claridad que necesitamos.

—¿Y tú serías capaz de cargar con eso el resto de tu vida, aunque ganáramos la guerra gracias a ello?

Allende no respondió de inmediato, y el silencio que siguió, según reconstruiría Aldama años después, fue la señal más clara de que ni el propio Allende estaba tan convencido de su propuesta como su tono había sugerido.

—No lo sé, Juan. Pero prefiero cargar con esa duda a cargar con la certeza de haber visto perderse esta causa por no haber actuado a tiempo, cuando todavía había manera de hacer algo.

El plan, sin embargo, nunca llegó a ejecutarse. La falta de una oportunidad clara, sumada a las propias dudas de Allende y a la vigilancia constante que rodeaba a Miguel en su papel de Generalísimo, hicieron que la idea quedara, según todo indica, en el terreno de la conversación privada entre dos hombres cada vez más desesperados por el rumbo que tomaba una guerra que ya no se parecía en nada a la conjura ordenada que habían imaginado en la casa de Josefa Ortiz de Domínguez, apenas un año antes.

Miguel, ajeno por completo a la conversación que había tenido lugar entre sus dos oficiales más cercanos, continuó gobernando Guadalajara con la misma mezcla de grandeza y de oscuridad que había definido ya su paso por Valladolid, sin sospechar que el hombre con quien había compartido el momento más audaz de su vida había llegado a considerar, aunque fuera brevemente, la posibilidad de terminar con ella antes de que la propia guerra lo hiciera.

Esa misma noche, sin saber nada de la conversación entre Allende y Aldama, Miguel compartió con Refugio una reflexión que, vista después con la distancia de los acontecimientos que seguirían, adquiriría un peso que ninguno de los dos podía anticipar en ese momento.

—Refugio, a veces pienso que esta guerra ya no me pertenece del todo. Empezó como una convocatoria en el atrio de mi parroquia, y ahora es un gobierno con decretos, con un periódico, con audiencias palaciegas que ni yo mismo reconozco del todo como propias.

—¿Y eso lo asusta, padre?

—Me asusta más pensar en lo contrario, Refugio: que sí me pertenece, que este hombre que firma decretos de libertad y ordena ejecuciones

nocturnas, que se hace llamar Alteza Serenísima y extraña al mismo tiempo la sencillez de una tertulia en Dolores, sea de verdad quien soy ahora, sin ningún disfraz que lo separe del hombre que era antes.

—Usted sigue siendo el mismo hombre, padre. Solo que con una carga que ningún hombre debería tener que cargar solo.

—Ojalá tengas razón, Refugio. Porque si no la tienes, no sé qué va a quedar de mí cuando esta guerra finalmente termine, gane quien gane.

CAPÍTULO 18

Puente de Calderón

Puente de Calderón, cercanías de Guadalajara, 17 de enero de 1811

El campamento insurgente se extendía, la madrugada de aquel 17 de enero, hasta donde la vista alcanzaba a distinguir fogatas: una masa de casi cien mil hombres —labriegos con hondas, mineros con picos reconvertidos en lanzas, indios con arcos que ningún manual militar europeo hubiera sabido clasificar— dispuesta en las alturas que dominaban el río Calderón, a pocas leguas de Guadalajara. Refugio, que había pasado la noche junto a Miguel en una tienda de campaña improvisada con lonas de carretero, contó los fuegos hasta perder la cuenta y sintió, por primera vez desde Celaya, algo parecido a la certeza de la victoria.

—Padre, con esta gente ni Calleja ni el rey de España podrían resistir un solo día —le dijo, mientras ambos observaban, desde un promontorio, la extensión del campamento—. Nunca había visto tantos hombres juntos por una misma causa.

—Cien mil hombres, Refugio, y menos de la mitad con un fusil que sepa disparar dos veces seguidas sin encasquillarse —respondió Miguel, sin la euforia que se respiraba entre la tropa—. El número asusta a quien lo mira desde lejos. A quien lo dirige de cerca, a veces le preocupa más de lo que lo tranquiliza.

Allende, que había asumido de hecho la dirección táctica de la batalla desde antes del amanecer, llegó hasta ellos con un plano dibujado a mano sobre un pedazo de cuero curtido, en el que había marcado la posición de la artillería insurgente, escasa pero bien situada, y las líneas defensivas trazadas a lo largo del cerro que dominaba el paso del río.

—Padre, con su permiso, hoy la batalla la dirijo yo desde el terreno. Usted sigue siendo el Generalísimo, pero necesito que las órdenes pasen por un solo mando si queremos que esta ventaja numérica sirva de algo.

—Tienes mi permiso, Ignacio, y también mi confianza, aunque las últimas semanas no hayan dejado mucho espacio para lo segundo.

—Hoy no es el día para ajustar cuentas entre nosotros, padre. Hoy es el día de ganarle a Calleja de una vez la guerra entera, o de perderla también de una vez.

La frase, pronunciada sin la ironía que había marcado casi todos sus intercambios desde Guadalajara, sonó a Refugio como el reconocimiento tácito de que ambos hombres sabían, sin decirlo del todo, que aquella jornada sería decisiva de un modo que ninguna de las anteriores lo había sido.

Un capitán criollo, de apellido Norvquist, que había servido antes en las milicias provinciales y que ahora comandaba uno de los cuerpos de caballería insurgente, se acercó a saludar a Miguel antes de tomar su posición, con el entusiasmo de quien nunca ha visto de cerca una derrota.

—Su Alteza, hoy Calleja va a entender de una vez por todas lo que significa enfrentarse al pueblo entero de la Nueva España.

—Ojalá tenga usted razón, capitán. Aunque he aprendido, en los últimos meses, a desconfiar de las jornadas que empiezan con demasiada certeza.

—Con el debido respeto, padre, después de Celaya y de Guanajuato, ¿qué le queda todavía por temer a un ejército de este tamaño?

—Lo que me queda por temer, capitán, es precisamente lo que no puedo ver desde aquí: la disciplina de un enemigo que lleva meses estudiándonos mientras nosotros apenas aprendemos, batalla tras batalla, a organizarnos.

El capitán se retiró a formar su columna sin comprender del todo la inquietud de Miguel, y Refugio, que había escuchado el intercambio en silencio, reconoció en esa réplica la misma lucidez que había definido al hombre de Corralejo, antes de que la guerra y el título de Alteza Serenísima comenzaran a disputársela.

Calleja, del otro lado del río, disponía solo de seis mil hombres, pero eran soldados de línea, disciplinados, entrenados en la maniobra de cuadro y acostumbrados a moverse bajo el fuego sin que el pánico rompiera la formación. Había estudiado, según confesaría después en sus propios partes de guerra, el terreno con el detenimiento de quien sabe que la inferioridad numérica solo puede compensarse con la precisión, y había decidido concentrar su artillería contra un único punto de la línea insurgente: la loma donde, según le informaron sus espías, se almacenaban los carros de pólvora y municiones que sostenían la capacidad de fuego de todo el ejército de Hidalgo.

—Refugio, quédate cerca de las carretas de retaguardia mientras dura el combate —le pidió Miguel, ya con la caballería insurgente formándose para el primer avance—. No quiero que te acerques a la línea de fuego, y menos hoy, que la escala de esto no se parece a nada de lo que hemos visto antes.

—Padre, después de cuarenta y cinco años a su lado, no voy a empezar hoy a quedarme atrás por prudencia.

—Hoy sí, Refugio. Te lo pido como algo más que una orden.

Refugio obedeció, aunque a regañadientes, y se instaló entre las carretas de retaguardia, desde donde podía observar el desarrollo de la batalla sin perderse en el fragor de la línea de combate. El avance inicial de la

caballería insurgente, respaldado por la superioridad numérica, empujó durante las primeras horas a las posiciones realistas con una fuerza que hizo pensar, incluso a los oficiales más cautos, que la jornada podría decidirse antes del mediodía a favor de la causa insurgente.

—¡Los estamos empujando hacia el puente, Ignacio! —gritó Aldama, que dirigía uno de los flancos, cuando llegó hasta Allende con la noticia de que las líneas realistas habían comenzado a replegarse hacia el río.

—No cantes victoria todavía, Juan. Calleja no retrocede sin un motivo, y ese hombre no improvisa nunca en el campo de batalla.

La cautela de Allende resultaría, en cuestión de minutos, dolorosamente justificada. Calleja, en efecto, no se replegaba por debilidad, sino porque había identificado con precisión la ubicación de los carros de municiones insurgentes en la loma de retaguardia, y ordenó que la artillería concentrara todo su fuego contra ese único punto, sacrificando terreno en el frente a cambio de una oportunidad que, si se presentaba, podía decidir la batalla entera en cuestión de segundos.

El disparo que encontró finalmente su blanco llegó pasado el mediodía, cuando el sol de enero caía sobre el valle con una claridad que no dejaba sombra donde esconderse. Una granada realista impacta directamente sobre uno de los carros de pólvora apilados en la loma, y la explosión que sigue no se parece a nada que los insurgentes hayan escuchado antes en toda la campaña: una columna de fuego se eleva sobre el pastizal reseco de enero, y las llamas, alimentadas por el viento del valle, se propagan en cuestión de minutos a través del zacate seco que cubre buena parte de la ladera donde se apiña el grueso del ejército insurgente.

Refugio, desde las carretas de retaguardia, ve el resplandor antes de escuchar el estruendo, y durante un instante que le parece eterno no logra comprender qué está ocurriendo, hasta que el humo negro que se levanta hacia el cielo y los gritos que empiezan a propagarse entre la tropa le confirman lo que su cuerpo ya intuía: el fuego avanza sobre el propio campamento insurgente más rápido de lo que ningún hombre, por valiente que sea, puede sostener una línea de batalla.

—¡Se quema la pólvora! ¡Se quema todo! —grita alguien cerca de él, y el grito se repite, multiplicado, a lo largo de toda la ladera, hasta convertirse en el rumor que precede siempre al pánico verdadero.

La estampida que sigue no respeta jerarquías ni disciplinas improvisadas. Los cien mil hombres que horas antes avanzaban con la confianza de una ventaja numérica aplastante comienzan a desbandarse en todas direcciones, abandonando fusiles, hondas, lanzas y provisiones, empujados por un miedo que ninguna arenga y ningún decreto de gobierno provisional puede ya contener. Calleja, que observa el colapso desde su propia línea, ordena el avance general de sus seis mil hombres, y lo que había comenzado como una batalla se convierte, en cuestión de una hora, en una cacería sobre un ejército que ya no existe como tal.

—¡Padre, hay que retirarse ahora mismo! —le grita Allende a Miguel, cuando ambos se encuentran, en medio del caos, tratando cada uno de reunir a los oficiales que todavía conservan algo de orden entre la desbandada.

—¿Y Refugio? Lo dejé junto a las carretas de retaguardia, exactamente donde ahora arde todo.

—No hay tiempo para buscar a nadie, padre. Si no salimos ahora, no va a quedar nadie de nosotros para lamentar a los que se pierdan hoy.

Miguel, contra el criterio militar de Allende, se aparta de la comitiva que empieza a organizar la retirada y cabalga hacia la zona donde ha dejado a Refugio horas antes, entre el humo y la confusión de hombres que corren sin dirección clara, hasta que lo encuentra, ileso pero cubierto de ceniza, tratando de salvar de las llamas algunos de los documentos del gobierno provisional que había llevado consigo desde Guadalajara.

—¡Refugio! Por Dios, pensé que te había perdido en esto.

—Todavía no, padre. Aunque no sé si puedo decir lo mismo del resto de esta gente.

La imagen que ambos contemplan, al reunirse en medio del incendio y la desbandada, resume mejor que cualquier parte militar posterior la magnitud del desastre: miles de hombres corriendo sin orden hacia cualquier dirección que los aleje del fuego y de la caballería realista que ya ha comenzado a perseguirlos, mientras los carros de pólvora restantes siguen explotando, uno tras otro, como una sentencia final sobre las esperanzas depositadas en aquella loma apenas unas horas antes.

—Padre, con el debido respeto, esto ya no tiene remedio hoy. Hay que salir de aquí antes de que el fuego o los realistas nos alcancen a nosotros también.

Miguel asintió, sin palabras, y ambos cabalgaron hacia el norte, en dirección a Aguascalientes, entre los restos dispersos de un ejército que, según constataría con amargura Allende en los días siguientes, nunca volvería a reconstituirse con la fuerza ni la moral que había mostrado apenas esa misma mañana. La derrota de Puente de Calderón no se debió, como Miguel repetiría después con una honestidad que no le servía ya de consuelo, a la falta de hombres ni de voluntad, sino a la diferencia irreductible entre una multitud armada y un ejército disciplinado, una diferencia que ni la superioridad de veinte a uno había logrado borrar cuando la disciplina y el azar se aliaron del lado contrario.

—Ignacio tenía razón, Refugio, y yo no quise verla a tiempo —dijo Miguel, ya en el camino hacia Aguascalientes, cuando la primera noche después de la derrota los obligó a detenerse en un páramo sin más resguardo que algunos matorrales—. Un cuadro sabe qué hacer cuando arde una carreta de pólvora. Una multitud solo sabe correr.

—Padre, nadie podía prever que una sola granada acabaría con cien mil hombres en una tarde.

—Nadie, tal vez, salvo un hombre que ha pasado su vida entera estudiando la guerra en vez de improvisándola, como hizo Calleja. Y ese, Refugio, es exactamente el error que yo mismo cometí desde Celaya: creer que el entusiasmo podía sustituir, indefinidamente, lo que solo la disciplina enseña.

El silencio que siguió a esas palabras, roto apenas por el viento frío del altiplano y por los quejidos distantes de los heridos que todavía alcanzaban a la columna en retirada, marcó para Refugio el momento en que la insurgencia, tal como la había conocido desde Dolores, dejó de existir como fuerza militar capaz de imponerse por sí sola.

Aldama, que se había reunido con el resto de la comitiva unas horas después, con el uniforme quemado en un costado y una herida superficial en el brazo que no había tenido tiempo de atender, trajo consigo el recuento más completo que nadie lograría hacer esa noche del tamaño real del desastre.

—Padre, de los cien mil que teníamos esta mañana, no sé si logremos reunir ni cinco mil para cuando amanezca. El resto se dispersó por los cerros, cada quien hacia su pueblo, y no creo que vuelvan.

—¿Y las piezas de artillería, Juan? ¿Se salvó algo?

—Casi nada, padre. La mayoría quedó en manos de Calleja, junto con las provisiones y buena parte de los documentos del gobierno de Guadalajara que no alcanzamos a sacar a tiempo.

Miguel recibió la noticia con una calma que a Refugio le pareció, más que serenidad, el agotamiento de quien ya no tiene fuerzas para asombrarse de una desgracia más. Allende, que escuchaba el informe unos pasos más allá, cruzó con Aldama una mirada breve que Refugio no supo interpretar del todo esa noche, pero que reconocería después, con la distancia de los meses siguientes, como el instante exacto en que ambos oficiales comenzaron a aceptar, sin decirlo todavía en voz alta, que la conducción de lo que quedaba de la causa insurgente no podía seguir descansando en el mismo hombre que la había encabezado desde Dolores.

—Padre, hay que decidir el rumbo antes de que amanezca —dijo Allende, acercándose finalmente al fuego improvisado alrededor del cual se había reunido lo que quedaba del alto mando—. Aguascalientes primero, y de ahí hacia el norte, hasta encontrar las armas y el apoyo que ya no podemos conseguir aquí.

—Hacia el norte, entonces, Ignacio. Aunque a estas alturas ya no sé si soy yo quien decide el rumbo o simplemente quien todavía tiene la costumbre de que se lo pregunten.

Nadie respondió a ese comentario, y el silencio que lo siguió, distinto del que había marcado las conversaciones con Refugio unas horas antes, tenía

ya el peso particular de una desconfianza que ninguno de los presentes se atrevía todavía a nombrar del todo.

Lo que quedaba, a partir de esa noche, era una columna en fuga hacia el norte, cada vez más pequeña, cada vez más desesperada, y un hombre que cargaba ya no solo con el peso de una guerra perdida en una sola tarde, sino con la certeza, todavía no formulada del todo, de que sus propios oficiales habían comenzado a preguntarse si el mando debía seguir descansando en sus manos.

CAPÍTULO 19

Acatita de Baján, la trampa de Elizondo

Hacienda del Pabellón, Aguascalientes, y Acatita de Baján, Coahuila, enero–marzo de 1811

La Hacienda del Pabellón, a pocas leguas de Aguascalientes, recibió a lo que quedaba de la columna insurgente con el silencio incómodo de un lugar que ya presentía, antes de que nadie lo dijera en voz alta, que algo definitivo estaba a punto de ocurrir entre sus muros. Allende, Aldama y Jiménez habían pedido reunirse a solas con Miguel, sin la presencia de Refugio ni de ningún otro allegado, en una sala que el administrador de la hacienda había dispuesto para ellos con la premura de quien no pregunta demasiado cuando recibe en su casa a lo que aún se hace llamar el gobierno insurgente.

—Padre, lo que tenemos que decirle no es fácil, y le pedimos que lo escuche hasta el final antes de responder —comenzó Allende, con una formalidad que Miguel no le había escuchado desde los primeros días de la conjura, en las tertulias de Querétaro.

—Te escucho, Ignacio. Después de Puente de Calderón, no creo que quede mucho que pueda sorprenderme todavía.

—Los oficiales que quedan, padre, hemos decidido que el mando militar de lo que resta de esta columna pase a mis manos, con Aldama y Jiménez como mis segundos. Usted seguirá siendo la cabeza política y moral del movimiento, el Generalísimo ante quien todos rendimos honores, pero las decisiones de guerra ya no pueden depender de una sola voluntad que la propia guerra ha desgastado más de lo que ninguno de nosotros quisiera reconocer en público.

El silencio que siguió a esas palabras se prolongó lo suficiente para que Jiménez, incómodo, apartara la mirada hacia la ventana, y para que Aldama, el más cercano de los tres a Miguel desde los tiempos de Dolores, sintiera la necesidad de añadir algo que suavizara el golpe.

—Padre, no es un juicio sobre su valor ni sobre la justicia de la causa que usted encendió. Es, simplemente, que después de Calderón ya no podemos permitirnos que la conducción de la guerra dependa de un hombre que

carga, además, con el peso de gobernar, de legislar y de cargar con decisiones que ninguna guerra debería exigirle a un solo hombre.

Miguel escuchó todo sin interrumpir, con las manos entrelazadas sobre la mesa y la mirada fija en un punto indefinido más allá de sus tres oficiales, hasta que, cuando terminaron, respondió con una serenidad que sorprendió incluso a Allende, que había anticipado una reacción distinta.

—Ignacio, hace apenas unas semanas, en Guadalajara, me dijiste que empezaba a parecerme más a lo que decíamos combatir que a lo que decíamos defender. Quizás esto sea, a fin de cuentas, lo más coherente que ha hecho esta insurgencia en meses: quitarle el mando militar a un hombre que hace tiempo dejó de merecerlo, aunque el título que cargue siga sonando igual de grande.

—Padre, no queremos que lo tome como una afrenta.

—No la tomo como una afrenta, Juan. La tomo, si soy honesto, casi como un alivio. Sigan ustedes con el mando de las armas, que buena falta les hace ya la claridad que yo he perdido, y déjenme a mí lo que todavía puedo ofrecer: la palabra, los decretos, y la firma de un cura de provincia que un día tocó una campana sin imaginar que terminaría discutiendo su propio despido en la sala de una hacienda.

Refugio, cuando Miguel le contó esa misma noche lo ocurrido, no ocultó la mezcla de indignación y de alivio que le produjo la noticia.

—Padre, después de todo lo que usted ha dado a esta causa, ¿así le pagan Allende y los suyos?

—No me pagan nada, Refugio. Me devuelven, más bien, algo que yo mismo había dejado de merecer desde hace semanas. Un hombre no puede firmar decretos de libertad por la mañana y consentir degollamientos por la noche, y esperar todavía que se le confíe también la dirección de una guerra. Ellos lo vieron antes que yo mismo, y eso, aunque me cueste reconocerlo, es más honesto de su parte de lo que yo he sido con ustedes en los últimos meses.

La columna, reducida ya a unos pocos miles de hombres, emprendió entonces la marcha hacia el norte, con el objetivo declarado de llegar hasta la frontera con los Estados Unidos, donde Allende confiaba en obtener armas y apoyo que permitieran reconstruir, desde cero, lo que Calderón había destruido en una sola tarde. El trayecto, a través de un desierto que ninguno de ellos conocía con la familiaridad de las tierras del Bajío, fue desgastando todavía más los ánimos de una tropa que ya arrastraba, desde enero, la certeza incómoda de una derrota que no terminaba de cerrarse del todo.

Las jornadas se sucedían con una monotonía que a Refugio le resultaba más difícil de sobrellevar que el fragor de cualquier batalla: el sol implacable del altiplano norteño, el agua racionada entre los pocos pozos que encontraban en el camino, y un Miguel cada vez más silencioso, que

pasaba largos tramos de la marcha sin dirigirle la palabra a nadie, ni siquiera a él.

—Padre, lo veo distinto desde Pabellón. Más callado de lo que lo he visto en años.

—Un hombre al que le quitan el mando, Refugio, aunque lo acepte con la mejor de las voluntades, no puede evitar preguntarse qué le queda todavía por hacer, más allá de cabalgar detrás de quienes ahora deciden por él.

—Le queda lo que siempre le ha quedado, padre: la gente que todavía cree en usted, aunque ya no firme las órdenes de guerra.

—Ojalá esa gente sea suficiente, Refugio, para lo que sea que nos espere todavía en este camino.

Miguel no se equivocaba en su inquietud, aunque ni él ni Refugio hubieran podido anticipar la forma exacta que tomaría la amenaza que los seguía desde hacía semanas. Allende, mientras tanto, había depositado buena parte de su confianza en las gestiones de Ignacio Elizondo, antiguo militar realista pasado a la causa insurgente meses antes, a quien había encomendado explorar el camino hacia Coahuila y preparar el terreno para el reabastecimiento de la columna antes de cruzar hacia el norte.

Fue en ese contexto de fuga y de esperanza menguante que Ignacio Elizondo, resentido porque la insurgencia le había negado meses antes el grado que consideraba merecer, decidió tender la trampa que pondría fin al movimiento tal como Miguel, Allende, Aldama y Jiménez lo habían conocido. Elizondo se comunicó en secreto con las autoridades realistas de Coahuila y ofreció, a cambio de un perdón y de recompensas que la Corona no tardó en prometerle, entregar a los principales líderes del movimiento en el primer punto del camino donde pudiera hacerlo sin levantar sospechas.

—Padre, algo en la manera en que Elizondo nos recibió hace unas semanas en Saltillo no me terminó de convencer —le confió Refugio a Miguel, mientras la columna se aproximaba, ya a finales de marzo, al paraje conocido como las Norias de Acatita de Baján—. Demasiada cortesía para un hombre que apenas hace unos meses combatía del otro lado.

—Los hombres cambian de bando por muchas razones, Refugio, y no todas son traición. Puede que Elizondo simplemente haya encontrado, en nuestra causa, algo en lo que creer.

—O puede que haya encontrado, en la Corona, algo que le ofrecieron a cambio de lo que nosotros no supimos darle.

Miguel no respondió a esa última observación, y el silencio que siguió, según reconstruiría Refugio años después, fue el último momento de duda que compartieron antes de que la columna, confiada en la promesa de agua, provisiones y refuerzos que Elizondo había hecho llegar por delante, se adentrara en el paraje seco y pedregoso de Acatita de Baján la mañana del 21 de marzo de 1811.

Elizondo espera, apostado con sus hombres entre las rocas y los mezquites que bordean el camino, mientras la columna insurgente avanza hacia lo que cree un punto de reabastecimiento amistoso. Allende marcha al frente, junto con Aldama y Jiménez, y Miguel, ya despojado del mando militar pero todavía reconocido como cabeza del movimiento, avanza unos metros más atrás, con Refugio a su lado, sin sospechar que cada paso los acerca más a la emboscada que decidirá, en cuestión de minutos, el destino final de la insurgencia.

—¡Alto! ¡En nombre del rey, quedan todos detenidos! —grita uno de los hombres de Elizondo, cuando la columna insurgente ha quedado completamente rodeada entre las rocas, sin espacio para desplegarse ni para responder con una defensa organizada.

El caos que sigue dura apenas unos minutos. Los oficiales insurgentes, tomados por completo por sorpresa, intentan una resistencia dispersa que las tropas de Elizondo, mejor posicionadas y preparadas de antemano, sofocan con rapidez, mientras Allende, Aldama y Jiménez son reducidos casi de inmediato, sin oportunidad real de escapar del cerco que Elizondo había tendido con una precisión que desmentía cualquier improvisación.

—¡Refugio, corre, escóndete entre las rocas! —alcanza a decirle Miguel, en el instante en que los soldados de Elizondo se acercan también hacia ellos, pero Refugio, fiel a la costumbre de cuarenta y cinco años, no se aparta de su lado.

—No lo voy a dejar solo ahora, padre. Después de todo lo que hemos pasado juntos, no.

Ambos son apresados minutos después, junto con la mayoría de los oficiales y colaboradores cercanos al movimiento, en lo que se convertiría, con el paso de los años, en uno de los episodios más estudiados de toda la insurgencia: la captura, en un solo golpe, de prácticamente toda la cúpula que había encabezado la lucha por la independencia desde la madrugada de Dolores. A Refugio, por no ser oficial ni figurar en ninguna lista de mandos, los captores lo apartaron del grupo de prisioneros principales pocos días después, junto con otros sirvientes y acompañantes sin rango, y lo dejaron en libertad con la advertencia de no volver a acercarse a los insurgentes bajo pena de compartir su suerte.

—Voy a seguirlos hasta Chihuahua, padre, aunque tenga que hacerlo caminando —le prometió Refugio, en el último instante en que las autoridades le permitieron acercarse a Miguel antes de separar a los prisioneros para el traslado—. No pienso dejarlo solo en esto, después de todo lo que hemos compartido.

—Refugio, no tienes ninguna obligación de seguir cargando con esto.

—No es obligación, padre. Es lo mismo que usted me enseñó junto al arroyo de Corralejo, hace tantos años: que a la gente que uno quiere no se le abandona solo porque el camino se haya puesto difícil.

Miguel no encontró palabras para responder a eso, y el gesto con que despidió a Refugio, mientras los soldados realistas lo separaban del resto de los prisioneros para iniciar el largo traslado hacia el norte, hacia Chihuahua, quedaría grabado en la memoria de ambos como uno de los últimos momentos de libertad compartida entre el hombre que había encendido la insurgencia y el testigo que la había acompañado, sin pedir nada a cambio, desde su primer día.

Refugio pasó esa primera noche de libertad forzada acampado a la intemperie, a poca distancia del campamento donde las tropas de Elizondo custodiaban ya a los prisioneros más importantes de la insurgencia, sin decidirse todavía a alejarse del lugar donde había visto por última vez a Miguel. Un arriero que había presenciado también la captura, y que compartió con él el fuego de esa noche, le preguntó qué pensaba hacer.

—Voy a Chihuahua, aunque tenga que caminar cada legua del trayecto —le respondió Refugio, sin apartar la vista de las brasas—. No sé todavía de qué manera voy a poder ayudarlo, pero no pienso dejar que enfrente esto sin que alguien que lo conoce de verdad esté cerca.

—Dicen que allá los van a juzgar por traición al rey, y que la sentencia para casos así no suele tener más que un final.

—Puede ser. Pero un hombre no debería enfrentar ese final sin que quede alguien capaz de recordarlo tal como fue en realidad, y no como lo van a pintar después quienes nunca lo conocieron junto a un arroyo en Corralejo.

El arriero no volvió a insistir, y Refugio, al día siguiente, emprendió por su cuenta el camino hacia el norte, siguiendo a la distancia la columna de prisioneros escoltada por las tropas de Elizondo, decidido a llegar a Chihuahua aunque tuviera que hacerlo, como le había prometido a Miguel, con sus propios pies y sin más provisiones que la determinación de no abandonar, en el tramo final de su vida, al hombre que le había enseñado a leer y a dudar desde niño.

CAPÍTULO 20

Chihuahua, el proceso y la Abjuración

Chihuahua, marzo–julio de 1811

El viaje hacia Chihuahua, encadenado junto con el resto de los prisioneros principales de la insurgencia, duró varias semanas que Miguel recordaría después, en sus propias declaraciones ante el tribunal, como las más largas de toda su vida. Las cadenas le habían dejado marcas en las muñecas que no terminarían de sanar del todo, y el desierto que atravesaba la columna de escolta, bajo la vigilancia constante de las tropas realistas, le ofrecía escaso alivio contra un sol que parecía, a esas alturas del camino, tan implacable como el propio proceso que lo esperaba al final del trayecto.

Refugio, que había seguido la ruta de los prisioneros a distancia prudente durante todo el trayecto, llegó a Chihuahua apenas unos días después que

la columna, y logró, tras varias semanas de insistencia ante las autoridades del antiguo Colegio de los Jesuitas donde Miguel había sido recluido, un permiso limitado para visitarlo, concedido más por el cansancio de los oficiales encargados de negarle la entrada que por alguna generosidad particular hacia el prisionero.

—Padre, no imagina lo que ha costado que me dejaran pasar —le dijo Refugio, la primera vez que lo vio en la celda que le habían asignado, un cuarto austero con una ventana alta que apenas dejaba entrar la luz de la tarde chihuahuense—. Pero aquí estoy, como le prometí en Baján.

—Refugio, después de todo lo que has hecho ya por mí, no esperaba menos, aunque tampoco me atrevía a pedirlo.

—Usted nunca tuvo que pedírmelo, padre. Eso ya lo sabe desde hace cuarenta y cinco años.

Refugio encontró a Miguel más delgado que en Baján, con el cabello más blanco de lo que recordaba y una calma que, lejos de tranquilizarlo, le pareció al principio más inquietante que cualquier desesperación. Los guardias del colegio, según le explicó el propio Miguel en esa primera visita, le permitían salir al patio interior apenas una hora al día, y el resto del tiempo transcurría entre la lectura de los pocos libros que le habían autorizado y la redacción de las respuestas que sus jueces le exigían para cada nueva audiencia.

—Padre, ¿lo tratan al menos con algo de decencia, aquí dentro?

—Con más decencia de la que yo mismo mostré hacia los prisioneros que dejé morir sin proceso en Valladolid y en Guadalajara, Refugio. A veces pienso que esta celda, con toda su estrechez, es todavía más generosa conmigo de lo que yo fui con otros en su momento.

—Padre, no se castigue usted mismo más de lo que ya lo van a castigar estos jueces.

—No me castigo, Refugio. Trato, simplemente, de ver las cosas con la claridad que la guerra no me dejó tener durante meses.

El proceso al que Miguel fue sometido en Chihuahua constaba, en realidad, de dos causas paralelas que avanzaban con una lentitud burocrática que contrastaba, dolorosamente, con la urgencia militar que había definido toda la campaña insurgente: un proceso militar, instruido por las autoridades del virreinato para juzgar la rebelión armada contra la Corona, y un proceso eclesiástico, instruido por la Inquisición y el obispado, destinado a juzgarlo como sacerdote que había encabezado un levantamiento contrario, según la acusación formal, a los principios más elementales de su propio ministerio.

—Declare usted, señor cura, cuál fue el motivo real que lo llevó a convocar a la población de Dolores aquella madrugada de septiembre —le preguntó, en una de las primeras audiencias, el juez militar encargado de instruir la

causa, un hombre de rostro severo que apenas alzaba la vista de sus papeles mientras interrogaba.

—El motivo, señoría, fue el mismo que he sostenido desde el primer día: la convicción de que un pueblo sometido durante trescientos años merecía la oportunidad de decidir su propio destino, y de que ese momento, con el rey cautivo y el virreinato sin autoridad legítima que lo gobernara en su nombre, había llegado ya.

—¿Y considera usted que ese motivo justifica la muerte de miles de españoles, muchos de ellos ejecutados sin proceso alguno, en Valladolid y en Guadalajara?

Miguel guardó silencio un instante, con la misma lucidez que Refugio reconocería después, en sus propias memorias de aquellos meses, como la cualidad que más lo sorprendió del hombre que enfrentaba a sus jueces sin la desesperación ni la negación que hubiera sido de esperar en alguien que sabía, con toda certeza, que su vida pendía de cada respuesta.

—No, señoría, esas muertes no las justifica ningún motivo, por legítimo que fuera el fin que perseguíamos. Y le voy a ahorrar a este tribunal el esfuerzo de arrancarme una confesión que ya he hecho, en privado, ante quien más derecho tenía a escucharla: fui yo quien, con mi silencio y con mi tolerancia, permitió que esas ejecuciones ocurrieran, y con esa responsabilidad tendré que presentarme, tarde o temprano, ante un juicio que ningún tribunal terrenal puede sustituir.

La respuesta, transcrita casi textualmente en las actas del proceso, causó una impresión perceptible incluso entre los jueces más hostiles a la causa insurgente, acostumbrados a interrogar a prisioneros que negaban hasta lo evidente o que se desmoronaban ante la primera pregunta incómoda. Miguel, en cambio, respondía cada cargo con una franqueza que no buscaba atenuar su propia responsabilidad, pero que tampoco se rebajaba a la súplica ni al desmentido fácil.

—Señor cura, ¿reconoce usted haber usurpado el título de Alteza Serenísima durante su gobierno en Guadalajara? —le preguntó el juez, en una audiencia posterior, con el tono de quien espera arrancar por fin una negación fácil de contradecir después.

—Lo reconozco, señoría, y lo hago sin ninguna excusa que suavice lo que fue, en el fondo, una vanidad impropia de quien decía luchar por la sencillez y la justicia de los más pobres. Ningún cura de pueblo necesita que lo llamen Alteza para defender causas justas, y el hecho de haberlo permitido dice más de mis debilidades que de la legitimidad de la causa que encabecé.

—Una confesión notablemente cándida para un hombre que se juega la vida en cada respuesta.

—Señoría, a estas alturas del proceso, dudo que exista una sola respuesta, cándida o calculada, que pueda cambiar ya el desenlace que todos en esta

sala anticipamos desde el primer día. Prefiero, entonces, que quede constancia de la verdad, y no de una defensa que ni yo mismo me creería.

El juez no volvió a insistir en ese punto, y las audiencias siguientes se concentraron cada vez más en los detalles administrativos del proceso, mientras la sentencia, según se rumoraba ya entre los propios custodios del colegio, se daba prácticamente por decidida.

—Padre, ¿por qué les da usted tanto de lo que piden, cuando cada palabra suya parece acercarlo más a la sentencia? —le preguntó Refugio, en una de las visitas que las autoridades le permitían, ya cada vez más espaciadas conforme el proceso avanzaba hacia su fase final.

—Porque una mentira, Refugio, aunque me ganara unos meses más de vida, no cambiaría en nada lo que ya ocurrió, y porque prefiero que quien lea estas actas dentro de cien años encuentre, al menos, la verdad de un hombre que no tuvo miedo de nombrar sus propios errores, aunque eso le costara la vida.

El proceso eclesiástico, instruido en paralelo, exigió de Miguel una confesión de naturaleza distinta: no ya sobre las decisiones militares o políticas de la insurgencia, sino sobre las ideas religiosas y filosóficas que sus jueces consideraban heréticas, muchas de ellas leídas años antes en los libros franceses que había reunido en su biblioteca de San Felipe. Fue en el marco de ese proceso, y bajo una presión que combinaba el rigor teológico con la certeza de una sentencia de muerte ya prácticamente decidida, que Miguel firmó, en mayo, el documento conocido después como la Abjuración y Manifiesto.

—Padre, dicen los que custodian esta celda que ha firmado usted un papel retractándose de todo lo que defendió —le dijo Refugio, con una voz que no ocultaba la inquietud, en la primera visita después de conocida la noticia.

—Firmé lo que me pidieron que firmara, Refugio, con la esperanza de que sirviera para salvar a otros de los que todavía siguen presos por haberme seguido, y con la certeza de que a mí ya nada de lo que firme va a salvarme la vida.

—¿Y no le pesa, padre, haber puesto su nombre bajo palabras que niegan lo que usted mismo predicó desde el atrio de Dolores?

—Me pesa, Refugio, como me pesan tantas otras cosas de estos últimos meses. Pero un hombre que ha ordenado ejecuciones sin proceso no tiene ya mucha autoridad moral para negarse, por orgullo, a una firma que puede aliviar la suerte de otros. Que la historia juzgue después si hice bien o mal. Yo, esta noche, solo puedo dormir con la conciencia de haber intentado, hasta el final, hacer el menor daño posible con las decisiones que todavía me quedaban por tomar.

La ceremonia de degradación eclesiástica, celebrada semanas más tarde en el mismo colegio donde Miguel había pasado los últimos meses de su cautiverio, resultó, para Refugio, que consiguió permiso para presenciarla

desde un rincón apartado del recinto, la experiencia más difícil de soportar de todo el proceso. Un obispo auxiliar, asistido por dos sacerdotes, procedió a despojar a Miguel, uno a uno, de los ornamentos y símbolos de su condición sacerdotal, hasta llegar al momento culminante de la ceremonia: el raspado ritual de las palmas de sus manos con un cuchillo, destinado a borrar simbólicamente el óleo con que había sido consagrado sacerdote décadas atrás.

El obispo auxiliar toma el cuchillo ceremonial y raspa, con movimientos lentos y estudiados, la piel de las palmas de Miguel, que permanece de pie, con los ojos cerrados, sin emitir un solo gesto de dolor que pudiera interpretarse como debilidad ante el tribunal que observa la ceremonia. Refugio, desde su rincón, aprieta los puños hasta clavarse las uñas en la palma propia, incapaz de mirar hacia otro lado, pero también incapaz de intervenir en un ritual que ninguna protesta suya podría siquiera interrumpir.

—Con este acto, queda usted despojado de toda dignidad y orden sacerdotal, y entregado enteramente al brazo secular para que disponga de su persona según la justicia lo determine —pronunció el obispo auxiliar, al concluir la ceremonia, con una fórmula que sellaba, de manera simbólica pero definitiva, el fin del sacerdocio de Miguel Hidalgo.

Esa misma noche, en la última visita que las autoridades le permitirían antes de la sentencia final, Refugio encontró a Miguel con las manos vendadas, sentado junto a la ventana alta de su celda, contemplando la poca luz que todavía se colaba desde el patio del colegio.

—Padre, ¿cómo se siente después de todo esto?

—Ligero, Refugio, de una manera que no esperaba. Me quitaron el sacerdocio, el mando militar, el título de Alteza que yo mismo me busqué, y hasta la piel de las palmas de las manos. Pero no han encontrado todavía la manera de quitarme lo único que de verdad me importa conservar antes de que termine esto: la certeza de haber intentado, con todos mis errores, algo más grande que yo mismo.

—Eso nadie se lo va a quitar, padre. Ni con cuchillos, ni con tribunales, ni con toda la Corona española reunida en su contra.

—Ojalá tengas razón, Refugio. Porque me queda ya muy poco tiempo para averiguarlo por mí mismo.

Refugio salió esa noche del Colegio de los Jesuitas con la certeza, todavía difícil de nombrar en voz alta, de que las visitas que le quedaban por delante se contarían ya en días y no en semanas. Caminó de vuelta hacia el cuarto que había alquilado cerca de la plaza principal de Chihuahua con el mismo paso lento y pesado con que había recorrido, meses antes, el trayecto desde Baján hasta esa misma ciudad, y se detuvo, antes de entrar, a mirar hacia la mole oscura del colegio recortada contra el cielo nocturno, preguntándose cuántas noches más tendría todavía la oportunidad de hacerlo.

CAPÍTULO 21

El paredón del Hospital Real

Chihuahua, 30 de julio de 1811

La sentencia llegó a la celda de Miguel la noche del 29 de julio, leída por un oficial que no se molestó en disimular la incomodidad con que cumplía aquel trámite: pena de muerte, por fusilamiento, a ejecutarse al amanecer del día siguiente en el patio del Hospital Real, antiguo edificio del Colegio de los Jesuitas convertido, para entonces, en cuartel y depósito de armas de la guarnición realista de Chihuahua.

—Padre Hidalgo, tiene usted derecho a una última confesión y a recibir los sacramentos, si así lo desea, antes de que se cumpla la sentencia.

—Lo deseo, sí. Y le agradezco que me lo pregunte con algo de humanidad, después de meses en que casi nadie se ha molestado en hacerlo.

El capellán que acudió a confesarlo, un franciscano de edad avanzada que había seguido de lejos el proceso sin participar directamente en él, quedaría marcado, según confesaría después a otros religiosos del convento, por la serenidad con que Miguel repasó, uno por uno, los episodios que más pesaban sobre su conciencia: las ejecuciones consentidas en Valladolid y en Guadalajara, la vanidad del título de Alteza Serenísima, la sangre derramada en nombre de una causa que él seguía considerando justa, a pesar de todo lo que había costado sostenerla.

—Hijo mío, en cuarenta años de sacerdocio, pocas confesiones me han parecido tan completas como la suya esta noche —le dijo el franciscano, antes de retirarse—. Que Dios reciba esa honestidad con la misma generosidad con que usted la ha ofrecido.

—Padre, si Dios existe con la generosidad que usted describe, espero que sepa distinguir entre la vanidad de un hombre y la justicia de la causa que ese mismo hombre, con todas sus fallas, se atrevió a encender.

Refugio, avisado esa misma noche por uno de los guardias que había llegado a tratarlo con cierta consideración a lo largo de las semanas de visitas, logró que lo dejaran entrar una última vez, ya entrada la madrugada, cuando Miguel había terminado de confesarse con el capellán del cuartel y esperaba, sentado junto a la ventana alta de su celda, sin que el sueño lograra vencerlo.

—Padre.

—Refugio. Sabía que ibas a venir esta noche, aunque nadie me hubiera confirmado que te dejarían pasar.

—No hay guardia en esta ciudad que me hubiera detenido esta noche, padre, después de todo lo que hemos recorrido juntos para llegar hasta aquí.

Miguel le señaló el pequeño banco de madera junto a la ventana, y Refugio se sentó a su lado, en un silencio que ninguno de los dos sintió la necesidad de romper de inmediato, hasta que Miguel, con la voz más serena de la que Refugio lo hubiera creído capaz esa noche, comenzó a hablar.

—Refugio, hace cuarenta y cinco años, junto a un arroyo de Corralejo, un niño otomí me enseñó las primeras palabras que aprendí en tu lengua, y yo, sin saberlo todavía, empecé a aprender de ti algo mucho más importante que el otomí: que la verdad, dicha sin adornos, vale más que cualquier discurso pronunciado desde un púlpito o desde un trono improvisado.

—Padre, no tiene que agradecerme nada esta noche.

—Sí tengo que hacerlo, porque mañana ya no voy a tener otra oportunidad. Quiero que sepas que, de todo lo que hice bien y de todo lo que hice mal en estos últimos años, la amistad que compartimos es lo único que no me pesa recordar. Ni un solo día de estos cuarenta y cinco años.

—Padre, no hable como si esto fuera una despedida.

—Es exactamente lo que es, Refugio, y prefiero decírtelo con claridad que fingir, en las últimas horas que me quedan, una esperanza que ninguno de los dos se cree ya. Quiero pedirte, eso sí, un último favor.

—Lo que sea, padre.

—Cuenta la verdad, cuando tengas oportunidad de contarla. No la versión que va a fabricar la Corona para justificar este fusilamiento, ni la versión que van a fabricar después, si esta causa algún día triunfa, quienes necesiten un santo de bronce en vez de un hombre con virtudes y con errores. Cuenta al hombre que conociste junto al arroyo, con sus dudas, con su vanidad, con sus ejecuciones consentidas y con la convicción, real a pesar de todo, de que este país merecía la oportunidad de decidir su propio destino.

—Se lo prometo, padre. Aunque me lleve el resto de mi vida encontrar la manera de contarlo bien.

—Con eso me basta, Refugio. Con que alguien, aunque sea uno solo, se moleste en contarlo bien.

Los dos permanecieron un rato más en silencio, hasta que uno de los guardias, con un gesto más de incomodidad que de autoridad, anunció que el tiempo de la visita había terminado. Refugio se levantó del banco de madera con la sensación de que las piernas apenas le respondían, y Miguel, antes de que se retirara, le tomó las manos entre las suyas, todavía vendadas por la ceremonia de degradación de semanas atrás.

—Refugio, una cosa más. Cuando todo esto termine, y de una manera u otra terminará hoy mismo, no quiero que cargues con esto como una culpa. Tú no encendiste esta guerra, ni tomaste las decisiones que me trajeron hasta este patio. Solo tuviste la lealtad de acompañarme, y esa lealtad, viniendo de ti, ha sido de las pocas cosas limpias que me quedan para llevarme.

—Padre, no sé todavía cómo voy a vivir el resto de mis días sin poder contarle a usted lo que veo, lo que pienso, lo que este país va a llegar a ser.

—Vas a vivirlo contándoselo a otros, Refugio. A tus hijos, si Dios te los da, y a los hijos de tus hijos, hasta que la historia que tú conoces de mí pese más, algún día, que la que van a inventar quienes nunca me conocieron de verdad.

El guardia insistió, esta vez con menos paciencia, y Refugio, tras un último abrazo que ninguno de los dos supo cómo prolongar más allá de lo que el protocolo permitía, salió de la celda hacia la calle todavía oscura de Chihuahua, sin saber que las horas que le quedaban para volver a ver a Miguel con vida se contaban ya apenas en un puñado.

El amanecer del 30 de julio llegó sobre Chihuahua con una claridad fría que Refugio, apostado entre el reducido grupo de testigos autorizados a presenciar la ejecución desde un extremo del patio del Hospital Real, no olvidaría en el resto de sus días. Miguel, escoltado por un piquete de soldados hasta el centro del patio, caminó con un paso que no traicionaba prisa ni resistencia, vestido con las ropas sencillas que le habían permitido conservar tras la degradación eclesiástica, sin ningún rastro ya de los ropajes de Alteza Serenísima que había llevado meses antes en Guadalajara.

—Padre Hidalgo, ¿tiene usted alguna última palabra antes de que se cumpla la sentencia? —le preguntó el oficial a cargo del pelotón, con la fórmula reglamentaria que exigía el protocolo militar.

—Solo esta, señor oficial: que quede constancia de que muero convencido de que la causa que encabecé, con todos mis errores, era justa, y de que algún día, aunque no lo vea con mis propios ojos, este país habrá de gobernarse a sí mismo, sin necesidad de que ningún virrey ni ningún rey decida por él desde el otro lado del océano.

El oficial, incómodo ante la firmeza de la declaración, no respondió y se limitó a hacer una seña al pelotón para que se preparara. Miguel, entonces, según recogerían después varios de los testigos presentes, pidió un último favor, dirigido esta vez a los propios soldados que iban a ejecutarlo.

—Hijos, les pido un favor, ya que van a cumplir con su deber. Apunten aquí —dijo, llevándose la mano derecha al pecho, sobre el corazón—, para que el disparo sea certero y no tengan que sufrir ustedes, ni yo, más de lo necesario.

Refugio, desde su lugar entre los testigos, ve a Miguel colocar la mano abierta sobre el pecho, con la misma serenidad con que había respondido a sus jueces durante meses, mientras el oficial da la orden y los soldados del pelotón levantan sus fusiles hacia el hombre que, apenas diez meses antes, había convocado a un pueblo entero desde el atrio de una parroquia de provincia. La primera descarga no basta para cumplir la sentencia, y Miguel, herido pero todavía consciente, permanece de pie unos segundos que a Refugio le parecen, desde la distancia, insoportablemente largos,

hasta que una segunda descarga, más certera que la primera, pone fin por completo a la vida del hombre que la historia recordaría después, según el bronce y las estampas que la escuela repetiría durante dos siglos, como un anciano bondadoso que una madrugada tocó una campana, y no como el hombre complejo, luminoso y también profundamente falible que Refugio había conocido junto a un arroyo de Corralejo, cuarenta y cinco años antes.

El cuerpo de Miguel quedó tendido en el patio del Hospital Real el tiempo suficiente para que los soldados cumplieran con el resto del protocolo, mientras Refugio, incapaz de acercarse todavía, permanecía inmóvil en el lugar donde había presenciado la ejecución, con una sensación de vacío que no lograría nombrar del todo hasta muchos años después. Las autoridades realistas, siguiendo instrucciones expresas del virreinato, dispusieron que la cabeza de Miguel, junto con las de Allende, Aldama y Jiménez, ejecutados semanas antes en la misma ciudad, fuera enviada de vuelta a Guanajuato y exhibida en una de las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, dentro de jaulas de hierro forjado especialmente para la ocasión, como advertencia pública contra cualquier intento futuro de repetir la insurgencia.

—Diez años va a durar esa cabeza colgada ahí, según dicen los que conocen las órdenes del virrey —le comentó a Refugio, esa misma tarde, el capellán que había asistido a Miguel en sus últimas horas—. Diez años, para que nadie olvide lo que le espera a quien se atreva a seguir sus pasos.

—Se equivocan si creen que una cabeza en una jaula va a borrar lo que ese hombre empezó, padre. Yo mismo se lo prometí anoche, y pienso cumplirlo: la verdad sobre quién fue de verdad Miguel Hidalgo no va a caber nunca en una jaula de hierro, por muchos años que la dejen colgada en Guanajuato.

Refugio permaneció en Chihuahua algunos días más, hasta reunir el valor necesario para emprender el largo camino de regreso hacia el centro del país, cargando ya no solo con el recuerdo del hombre que había acompañado desde la infancia hasta el último amanecer de su vida, sino con la promesa que le había hecho la noche anterior a la ejecución: contar, algún día, con toda la verdad que la memoria y la honestidad le permitieran, quién había sido en realidad el hombre bajo la sotana, bajo el título de Alteza Serenísima, y bajo el bronce que la historia oficial terminaría por imponerle, dos siglos después, a un país que preferiría casi siempre la estatua sencilla a la verdad completa.

Antes de partir, se detuvo una última vez frente al patio del Hospital Real, ya vacío a esa hora de la tarde, y trató de fijar en la memoria cada detalle del lugar donde había visto morir al hombre que le había enseñado a leer, a dudar y, sobre todo, a decir la verdad sin adornos, incluso cuando esa verdad no favorecía a quien la decía. No encontró, en ese patio silencioso, ninguna señal que distinguiera aquel sitio de cualquier otro rincón polvoriento de Chihuahua, y esa misma ausencia de señales, pensó mientras se alejaba hacia el camino del sur, era quizás la prueba más clara de cuánto trabajo le esperaba todavía a la memoria de los que quedaban

vivos, si querían que aquel patio significara, algún día, algo más que el lugar donde un cura de provincia había terminado sus días frente a un pelotón de fusilamiento.

EPÍLOGO

Morelos, Iturbide y el secuestro de una memoria

Nueva España y México, 1811–2026

La insurgencia que Miguel Hidalgo había encendido en el atrio de Dolores no murió con él en el patio del Hospital Real de Chihuahua. José María Morelos, cura como él, pero con una disciplina militar y una claridad estratégica que Hidalgo nunca terminó de dominar, recogió lo que quedaba del movimiento y lo transformó, a lo largo de los cuatro años siguientes, en una fuerza capaz de convocar un congreso, redactar una constitución en Apatzingán y sostener un proyecto político de independencia mucho más articulado que la convocatoria improvisada de aquella madrugada de septiembre de 1810. Donde Hidalgo había gobernado por decreto y por arenga, apoyado en un entusiasmo que la disciplina de Calderón terminaría por desnudar en toda su fragilidad, Morelos organizó ejércitos capaces de sostener sitios prolongados, como el de Cuautla, y articuló, en los Sentimientos de la Nación, un proyecto de país que iba más allá de la abolición de la esclavitud y del tributo indígena para plantear, ya con un lenguaje casi constitucional, la igualdad entre todos los habitantes de aquel territorio que aún no se llamaba México.

Morelos, sin embargo, correría una suerte similar a la de su predecesor: capturado en 1815, sometido también a un doble proceso militar y eclesiástico que repitió, casi punto por punto, el ritual de degradación sacerdotal que Refugio había presenciado años antes en Chihuahua, y fusilado finalmente en San Cristóbal Ecatepec, con la cabeza de la insurgencia decapitada, esta vez de manera literal y figurada, por segunda ocasión en cinco años. Lo que quedó del movimiento, tras la muerte de Morelos, se dispersó en partidas guerrilleras cada vez más pequeñas, sostenidas apenas por caudillos como Vicente Guerrero, que resistieron en el sur del país durante los años siguientes con una tenacidad que ya no aspiraba tanto a la victoria militar como a la simple supervivencia de la causa.

Lo que ni Hidalgo ni Morelos lograron ver con vida fue la consumación de la independencia que ambos, con métodos y con proyectos de país tan distintos, habían perseguido. Esa consumación llegaría, en 1821, de una manera que ninguno de los dos hubiera podido anticipar ni, probablemente, aprobado sin reservas: Agustín de Iturbide, oficial realista que había combatido durante años contra las fuerzas insurgentes, incluyendo las del propio Morelos, cambió de bando en los meses finales de la guerra y se alió con Vicente Guerrero, el último gran caudillo insurgente que quedaba en pie, para proclamar el Plan de Iguala y sellar, con el Ejército Trigarante, la

entrada a la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, once años casi exactos después de la campana de Dolores.

La independencia, tal como se consumó finalmente, conservó muy poco del proyecto social que Hidalgo había defendido en sus decretos de Valladolid y de Guadalajara: la abolición de la esclavitud y la supresión del tributo indígena sobrevivieron, formalmente, en el nuevo país, pero el poder político y económico permaneció, en la práctica, en manos de las mismas élites criollas que durante la guerra habían mirado con desconfianza, cuando no con abierto horror, a un ejército de labriegos e indígenas armados con hondas y machetes. Iturbide mismo, coronado meses después como Agustín I, encarnaría con una ironía que la historia se encargaría de subrayar repetidas veces, la distancia entre el país que Hidalgo había imaginado convocar aquella madrugada y el país que finalmente emergió de once años de guerra.

Fue precisamente en esa distancia, entre el hombre real que murió en Chihuahua y el país que se construyó después en su nombre, donde comenzó lo que un historiador tardío, dos siglos más tarde, llamaría el secuestro de una memoria. El nuevo Estado mexicano, necesitado de héroes fundacionales que legitimaran su existencia frente a un pasado colonial del que apenas empezaba a distanciarse, encontró en la figura de Hidalgo un material extraordinariamente maleable: un cura que había convocado al pueblo, que había muerto por la causa, y cuya complejidad personal —la vanidad del título de Alteza Serenísima, las ejecuciones consentidas, las dudas confesadas a un testigo indígena junto a un arroyo de Corralejo— podía simplificarse, con el paso de las generaciones, hasta reducirlo a la estampa que millones de mexicanos recibirían después en la escuela: un anciano bondadoso, de sotana pulcra, que una noche tocó una campana y encendió, con su sola voluntad, la libertad de un país entero.

El propio Iturbide, coronado meses después de la consumación como Agustín I, fue de los primeros en beneficiarse de esa simplificación: convertir a Hidalgo en un símbolo abstracto de independencia, despojado de su proyecto social concreto, le permitía apropiarse del prestigio de una insurgencia que él mismo había combatido durante años como oficial realista, sin tener que asumir ninguno de sus compromisos más incómodos con la igualdad entre los habitantes del nuevo país. Los regímenes que sucedieron al breve imperio de Iturbide, liberales y conservadores por igual, a lo largo de todo el siglo diecinueve, continuarían esa misma operación, cada uno adaptando la figura de Hidalgo a las necesidades retóricas de su propio proyecto político, hasta que la Revolución de 1910 y los gobiernos posrevolucionarios del siglo veinte terminaron de fijar, en el bronce de miles de estatuas y en las páginas de los libros de texto gratuitos, la versión definitiva y simplificada que el prólogo de este libro se propuso desmontar, detalle por detalle, antes de que comenzara el relato.

Refugio Tepox, que había regresado desde Chihuahua hasta las tierras que había conocido en su infancia junto a Miguel, vivió todavía más de veinte

años después de la ejecución que había presenciado en el patio del Hospital Real, y cumplió, en la medida en que las circunstancias de un hombre indígena y sin fortuna en el México recién independizado se lo permitieron, la promesa que le había hecho a Miguel la última noche que compartieron. Volvió a Corralejo en 1812, ya con el país todavía en plena guerra, y se dedicó, durante las dos décadas siguientes, a un oficio modesto de arriero que le permitía recorrer buena parte del Bajío y de las tierras vecinas, siempre con la misma costumbre de detenerse, en cada pueblo donde hacía noche, a contar lo que había visto y vivido junto al hombre que la gente empezaba ya a mencionar, cada vez con mayor solemnidad, como uno de los padres de la independencia recién consumada.

Contó la historia, una y otra vez, a quien quiso escucharla: a sus propios hijos, a los nietos que llegó a conocer, a algún cura joven que, décadas después de la guerra, se interesó por recoger los testimonios de quienes habían conocido de cerca a los protagonistas de la insurgencia. No siempre encontró oídos dispuestos a escuchar la versión completa que él insistía en ofrecer: más de una vez, según recogería después el cuaderno de su nieto, algún oyente le pidió que omitiera los detalles menos favorables —el título de Alteza Serenísima, las ejecuciones consentidas en Valladolid y en Guadalajara— por considerarlos impropios de la memoria de un héroe que el país recién nacido necesitaba, ya entonces, mantener sin mancha. Refugio se negó siempre a esa omisión, incluso a riesgo de que sus relatos resultaran menos populares que la versión simplificada que otros preferían repetir.

—Un hombre a medias contar no es contar nada, hijo —le respondió, según registra el cuaderno, a uno de esos oyentes que le pedía suavizar el relato —. Y menos todavía cuando ese hombre me enseñó, precisamente, que la verdad completa vale más que cualquier adorno que se le quiera poner encima.

Nunca escribió su relato de su propia mano, porque nunca aprendió a hacerlo con la soltura necesaria para dejarlo por escrito él mismo, pero uno de sus nietos, ya en la segunda mitad del siglo diecinueve, transcribió buena parte de lo que había escuchado de su abuelo a lo largo de los años, en un cuaderno que pasaría, de mano en mano, entre generaciones sucesivas de la familia, sin que nadie fuera del círculo más cercano llegara a conocer su existencia.

Ese cuaderno, deteriorado por el tiempo pero legible todavía en sus partes esenciales, es, según todo indica, la fuente primera de la que beben, directa o indirectamente, buena parte de los episodios más íntimos que este libro ha intentado reconstruir: las conversaciones junto al arroyo de Corralejo, las dudas confesadas en Valladolid y en Guadalajara, la última noche compartida en la celda de Chihuahua. La historia oficial, mientras tanto, siguió su propio camino, cada vez más alejado del hombre que Refugio había conocido y cada vez más cercano a la estatua de bronce que el país necesitaba erigir cada 15 de septiembre para sostener el ritual de

una campana, un grito y una lista de nombres pronunciados desde un balcón.

Todos los años, la noche del 15 de septiembre, un funcionario sale todavía a ese balcón, agita esa misma campana y grita esos mismos nombres seguidos de un ¡viva! Entre esos nombres, el de Miguel Hidalgo sigue repitiéndose con la reverencia casi litúrgica de siempre, y millones de mexicanos siguen escuchándolo sin preguntarse, la mayoría de ellos, quién fue en realidad ese hombre más allá de la imagen que la escuela les entregó hace ya mucho tiempo.

Este libro no ha pretendido sustituir esa imagen por otra igualmente simplificada, ni convertir al hombre bajo el bronce en un villano donde antes había un santo. Ha intentado, apenas, devolverle a Miguel Hidalgo la complejidad que un testigo cercano, otomí, fiel y honesto, se empeñó en preservar durante toda su vida, y que un cuaderno guardado durante generaciones logró finalmente transmitir hasta estas páginas: la de un hombre capaz de encender la libertad de millones de personas y, al mismo tiempo, de consentir la muerte de cientos sin proceso alguno; capaz de renunciar a la vanidad de un título con la misma sinceridad con que alguna vez lo reclamó; capaz, sobre todo, de mirar de frente sus propios errores, en las últimas semanas de su vida, sin la comodidad de una estampa que se los perdonara de antemano.

Refugio Tepox murió, según registra el cuaderno de su nieto, en 1833, en las mismas tierras de Corralejo donde había nacido y donde había conocido, más de sesenta años antes, al niño criollo que aprendería de él las primeras palabras de otomí junto a un arroyo. No dejó estatuas ni monumentos, y su nombre no figura en ningún balcón ni en ninguna lista de próceres pronunciada cada 15 de septiembre. Dejó, en cambio, algo que ninguna jaula de hierro colgada durante diez años en la Alhóndiga de Granaditas logró borrar del todo: la memoria completa, incómoda y profundamente humana de un hombre al que la historia oficial, dos siglos después, seguiría prefiriendo convertido en bronce antes que restituido en toda su verdad.

Ese cuaderno, custodiado durante generaciones con el mismo celo silencioso con que Refugio lo había ido dictando a su nieto, terminó por llegar, mucho tiempo después, a manos de un descendiente que decidió, finalmente, que la promesa hecha en una celda de Chihuahua merecía cumplirse también en forma de libro, y no solo en la memoria oral de una sola familia. Si estas páginas han logrado, siquiera parcialmente, devolverle a Miguel Hidalgo la complejidad que el bronce le arrebató, el mérito no es de quien las ha escrito ahora, sino de un hombre otomí que, cuarenta y cinco años después de haber aprendido a leer junto a un párroco de provincia, decidió que la mejor manera de honrar esa amistad no era guardar silencio ante sus errores, sino contarlos junto con sus virtudes, con la misma honestidad sin adornos que Miguel le había enseñado, desde el principio, junto a un arroyo de Corralejo.